Deseo especial

ANNETTE BROADRICK

Destinados a amarse





Annette Broadrick
8º Serie Callaway
Destinados a Amarse (2006)
Título Original: Callaway Country (2000)
Serie: 8º **Callaway**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo Especial
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Clay Callaway y Pam McCall

Argumento:

Una explosión, una misteriosa llamada… y la mujer a la que nunca había podido olvidar.

Clay Callaway, uno de los últimos solteros de la familia, se vio obligado a volver a casa para investigar un suceso. Pero en su búsqueda del culpable, descubrió algo que llevaba mucho tiempo enterrado en su interior.

Pam McCall, su novia de la infancia, se encontraba de pronto en un rancho cercano, despertando sus emociones y tentándolo de un modo más peligroso que cualquier misión a la que hubiera tenido que enfrentarse en su trabajo…

Prólogo

Unas nubes negras oscurecieron el cielo, ocultando la tenue luz de la luna. Un silencio agorero cundió en la pequeña ciudad fronteriza de Texas, sólo roto de vez en cuando por el ladrido de algún perro.

Las estrechas calles estaban vacías. Todo el mundo dormía en sus diminutas casas erigidas en el acantilado próximo al Río Grande, el río que separaba Texas de México.

Una repentina explosión rasgó la somnolienta atmósfera y sacudió el ambiente pacífico de aquella pequeña comunidad. El fuego comenzó a arrasar una enorme fábrica y su almacén en las afueras de la ciudad. Las llamas coloreaban la noche de un naranja fantasmagórico.

La gente salió corriendo para intentar salvar lo que se pudiera del único negocio del pueblo, un negocio que mantenía a toda la población. Pero pronto se dieron cuenta de que no podían hacer otra cosa que observar cómo la fábrica, junto con su futuro, se esfumaba en el aire entre nubes de humo negro.

Al mismo tiempo que se quemaba la fábrica en la frontera, hubo otra explosión en un edificio de oficinas en el centro de Dallas, una tercera en una plataforma petrolífera en el Golfo de México y una cuarta en un depósito de petróleo al este de Texas.

Lo único que todos esos lugares tenían en común era que formaban parte de Callaway Enterprises, un conglomerado de empresas propiedad de la familia Callaway.

El mensaje estaba muy claro: alguien había declarado la guerra a los Callaway.

Capítulo Uno

Cuando la familia decidía organizar una fiesta, lo hacía a lo grande, pensó Clay Callaway mientras se detenía en la puerta del salón de baile del hotel Anatole.

Al fin y al cabo, así era como hacían las cosas los texanos.

Todo resplandecía, desde las enormes lámparas con sus colgantes de cristal hasta los cientos de diamantes y otras piedras preciosas que lucían las elegantes mujeres que habían acudido a la cena benéfica en Dallas, Texas.

La fiesta tenía el objetivo de hacer saber a todo el mundo que la familia estaba unida.

Siempre que había algún problema, los Callaway se juntaban y se cubrían las espaldas.

Esa noche era el comienzo de la batalla.

Clay observó a varios miembros del clan estratégicamente colocados en las mesas dispuestas por toda la estancia para codearse con la élite social, política y empresarial del país. También había rostros famosos del mundo del entretenimiento.

Clay no se habría imaginado que podría asistir, pero alguien con muchas influencias había logrado sacarlo de su misión de los Comandos Especiales. El día anterior había recibido órdenes de viajar a Texas y estar disponible para la presente noche. Él había logrado llegar a tiempo después de un gran esfuerzo y estaba un poco molesto ante el brusco cambio en su misión. Pero no porque no quisiera responder cuando se le necesitara; una vez que había conocido los problemas que tenía la familia, estaba deseando hacer todo lo posible por ayudar a resolverlos.

Lo que lo incomodaba era que las circunstancias habían conspirado contra él al obligarlo a regresar al hogar de su infancia. Él había logrado evitar acercarse allí durante años. Allí había demasiados recuerdos esperándolo para abalanzarse sobre él y había logrado evitarlos… hasta ese momento.

Clay reconocía su cobardía al no haber querido acudir solo a la fiesta.

—Menuda colección de amigos tiene tu familia —comentó su cita en voz baja.

Clay miró a Melanie Montez y sonrió. Ella no sabía lo agradecido que le estaba de que hubiera aceptado su repentina invitación a acompañarlo esa noche. Ella era una mujer hermosa y sexy sin proponérselo, así que esa noche, que se lo había propuesto, estaba despampanante.

Desde luego, él llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer, pero Mel le haría cuestionarse el celibato a un santo… y él no era ningún santo.

Clay deseó estar tan entusiasmado como ella. Al menos, Mel sería una forma de lo más agradable de cerrar la noche.

Melanie y él se habían conocido dos años antes en Estambul. El estaba de permiso de fin de semana y ella tenía un pequeño papel en una película que se rodaba allí. Se alojaban en el mismo hotel. Cuando descubrieron que los dos eran de Texas, entablaron conversación hasta construir entre ellos una amistad que él valoraba como un tesoro.

Como ninguno de los dos tenía mucho tiempo libre, les resultaba difícil verse. Así que, en cuanto él había recibido las órdenes de viajar a Texas, había localizado a Mel a través de su agente y había sentido un gran alivio cuando ella había accedido a acompañarlo.

La gente que sólo la conocía por su profesión nunca creería que Melanie podía tener un amor platónico con un hombre. Ella le había dejado muy claro a Clay desde el principio que no le interesaba una aventura fugaz. No tenía ninguna intención de convertir en pública su vida personal.

Él disfrutaba con su compañía, su inteligencia, su incisivo sentido del humor y su habilidad para reírse de sí misma mientras al mismo tiempo usaba su imagen sexy para construirse una carrera.

A él tampoco le interesaba una aventura y no tenía tiempo para poder mantener una relación estable. Sin embargo, le había propuesto a Mel reservar una habitación en el hotel durante el fin de semana y ella había aceptado, lo cual era buena señal.

Clay sentía que estaba preparado para dar un paso más en aquella relación e interpretaba que, si ella había aceptado su invitación, también estaba dispuesta.

—No me perdería esto por nada del mundo —comentó ella con los ojos brillantes.

—Me alegro de haberte tentado a venir —replicó él con una

sonrisa.

Ella se giró hacia él y le acarició la mejilla.

—Tú eres toda la tentación que necesito, aunque no debería decírtelo o se te subirá a la cabeza.

Él le tomó la mano y se la besó lenta y seductoramente. Algo captó la atención de ella cuando apartó la mirada de los ojos de Clay.

—¿Aquél de allí no es Cole Callaway? —preguntó Melanie haciendo una seña hacia el hombre alto y canoso que daba la bienvenida a la fiesta.

A Clay le resultó muy divertido su asombro reverencial. Su tío siempre causaba ese efecto.

—Sí, señorita, lo es. El tío Cole es la cabeza del clan. Y la mujer que hay a su lado es su mujer, Allison.

—¿Ésa es Allison Álvarez, la famosa escultora? Parece muy joven para llevar tanto tiempo siendo famosa.

—Le encantará saber que piensas así —comentó él y la condujo a la fila de personas que esperaban el besamanos.

Melanie rió alegremente y varias personas de la fila se giraron hacia ellos.

—Ni se te ocurra ponerme en una situación incómoda diciéndoselo, Clay. ¡Me prometiste que te portarías bien!

Clay intentó poner cara de inocente aunque sabía que ella no se lo iba a creer.

—¿Eres consciente de que vas a conocer a mis padres esta noche? —le preguntó él en tono burlón—. Estoy seguro de que mi padre querrá saber cuáles son tus intenciones hacia mí.

Ella le guiñó uno de sus deslumbrantes ojos verdes.

—Entonces tendré que confesarle que son muy deshonrosas —respondió ella haciéndolo reír.

La pareja delante de ellos terminó de saludar y Clay se encontró de frente con Cole, que le sonrió.

—Me alegra ver que estas divirtiéndote, Clay —lo saludó Cole estrechándole la mano——.

Y también me alegro de que hayas podido venir esta noche.

—Me parece que tú no dudabas de que fuera a venir, ¿verdad?

Cole sonrió.

—Tenemos que reunirnos un rato cuando acabe la fiesta… si

puedes dedicarnos un momento —señaló su tío lanzando una mirada a Melanie.

—Por supuesto que sí, tío. Lo estoy deseando —contestó Clay y acercó a Melanie hacia sus tíos—. Os presento a Melanie Montez. Mel, éstos son mis tíos, Allison y Cole Callaway.

Allison sonrió y le estrechó la mano a Melanie.

—Me alegro mucho de conocerla. Creo que usted es de Texas, ¿no es así?

Melanie asintió.

—Sí, de un pueblecito del sur del que nadie ha oído hablar.

—Qué suerte contar con su presencia esta noche. Tengo entendido que va a estrenar una película dentro de pocas semanas —comentó Allison.

Clay observó maravillado cómo su tía lograba que otra persona más se abriera a ella.

Allison nunca dejaba de sorprenderlo. Cole era afortunado de tenerla a su lado.

Clay abrazó a Mel por los hombros.

—Estoy hambriento. Busquemos una mesa y acabemos con el bufé.

Allison rió.

—Creo que tu madre espera que te sientes con ellos —le dijo señalándole una mesa en mitad de la sala.

—Fabuloso —comentó él y tomó a Mel de la mano—. Vayamos a la mesa, compañera.

Espero que estés preparada para esto.

—Si no te conociera, diría que estás nervioso de volver a ver a tus padres —señaló ella entre risas mientras se dirigían al centro del salón.

—Nervioso exactamente, no. Es sólo que llevan años intentando que venga a casa y hasta ahora no lo he hecho. Normalmente quedo con ellos en algún otro lugar durante sus viajes.

—¿Así que los va a sorprender verte aquí esta noche?

Él rió pero sabía que sonaba forzado.

—Parece que yo soy el único sorprendido —dijo volviendo la vista hacia Cole—. A veces se me olvida lo poderosa que es esta familia.

Cody, el padre de Clay, se puso en pie cuando los vio acercarse a

la mesa. Sonreía ampliamente.

—Me alegro de que hayas podido venir, hijo —le dijo dándole un gran abrazo—. No sé por qué, pero esperaba verte de uniforme.

—En el aeropuerto he aprovechado para afeitarme y ponerme el esmoquin. Te aseguro que no te hubiera gustado verme cuando me he bajado del avión hace un rato —le dijo y luego abrazó a su madre, Carina—. Es increíble, mamá, cada año pareces más joven.

Les presentó a Melanie.

—A las hermanas de Clay les va a hacer mucha ilusión conocerte, Melanie. Deben de estar al llegar —dijo Carina y lanzó una mirada a Clay que lo dijo todo—. No sabíamos que Clay te conocía.

Con una elegancia de lo más loable, Melanie rió y respondió:

—Sólo soy uno de sus muchos oscuros secretos, ¿no lo sabían?

Clay supo que era el momento de cambiar de tema.

—¿Habéis pasado por el bufé? —les preguntó a sus padres.

—No, estamos esperando a que no haya tanta gente en la fila —contestó Carina.

—Es evidente que no os habéis saltado tantas comidas como yo para llegar aquí

—replicó Clay y se dirigió a su acompañante—. ¿Qué te parece, Mel? ¿Crees que puedes obligarte a comer algo?

Ella lo amenazó con el puño en broma y luego se giró hacia sus padres.

—Veamos si esta bestia se calma comiendo, ¿no les parece? —dijo y precedió a Clay hacia el bufé dándole la oportunidad de admirar su fabulosa figura envuelta en un vestido rojo pasión que resaltaba cada una de sus curvas.

Se colocaron en la fila del bufé y Clay le acarició la espalda.

—¿Te he dicho lo exótica que estás con este vestido? —le susurró al oído.

Ella se apoyó ligeramente en él y giró la cabeza para encararlo.

—Empezaba a pensar que no te habías dado cuenta —contestó con una sonrisa picante.

—Puede que esté bajo los efectos del *jet lag,* pero no estoy muerto.

—De eso ya me he dado cuenta —señaló ella frotándose levemente contra él.

Él soltó una carcajada.

—¿Hace cuánto que no nos veíamos?

—No llevo la cuenta, pero algo así como ocho meses, cuatro días... y seis horas y media

—respondió ella.

—Desgraciadamente van a pasar algunas horas más hasta que podamos estar a solas.

No sé cuánto tiempo durará la reunión de esta noche.

—Debe de ser importante para tu tío que la reunión sea esta noche.

—Desde luego que sí —afirmó él—. Si no, Cole no se hubiera tomado tantas molestias para traerme aquí.

—Te estaré esperando, ven cuando puedas —dijo ella.

Él sonrió y le rozó los labios con un dedo.

—Cuento con ello.

Desde un extremo del salón, Pamela McCall contemplaba a la multitud y deseaba estar en cualquier otro lado salvo en aquella fiesta benéfica. Le resultaba extraño estar de nuevo en Texas junto a muchos de los electores de su padre. Ella siempre había evitado la vida política, de la que su padre formaba parte desde hacía años, pero había respondido a la invitación por lealtad hacia los Callaway, sobre todo hacia Carina y Cody. Su niñez hubiera sido muy solitaria de no haber sido por Carina, que cubrió el vacío dejado por la madre de Pam al morir.

Pam sabía que acudir a la fiesta era una forma de devolverles algo de lo que ellos habían hecho por ella, independientemente de que le gustara estar allí o no.

Aparentemente, la fiesta se ofrecía para recaudar dinero para varios proyectos de caridad, pero cualquiera que conociera a los Callaway sabía que esa reunión era una declaración de la familia: «Nadie puede con nosotros».

Su padre, un senador de Estados Unidos por Texas, había enviado a uno de los miembros de su gabinete, Adam Redmond, para que la acompañara esa noche. Pam siempre había luchado por mantener su independencia frente a su dominante padre, pero no tenía por qué ser brusca con Adam, que era un tipo agradable; era alto, de piel oscura, guapo y encantador... y sólo los más cercanos a él sabían que era homosexual.

Adam era además un buen amigo suyo. Pam lo miró y sonrió.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Adam. Hubiera sido horrible venir a algo así sola.

—Creía que conocías a algunas de estas personas, sobre todo a los Callaway —comentó Adam.

—Y los conozco. De hecho, prácticamente me crié con los hijos de Carina y Cody desde la escuela primaria. Sus hijas son como mis hermanas —le explicó ella mientras observaba detenidamente a los asistentes—. Por cierto, todavía no las he visto y... ¡oh, no!

—¿Hay algún problema?

Pam intentó quitar importancia al momento.

—Realmente no. Sólo que no esperaba verlo a él aquí esta noche —contestó ella colocándose de espaldas a la sala y mirando a Adam.

Adam rió.

—¿Y ese «él» no tiene nombre?

Pam recurrió a su sentido del humor para conservar su equilibrio emocional.

—Disculpa —dijo forzando una sonrisa—. Se llama Clay Callaway, es el único hijo varón de Carina y Cody.

—¿Y por qué no esperabas que acudiera esta noche? Antes has dicho que esta noche los Callaway quieren demostrar lo unidos que están.

Pam sacudió la cabeza. No quería hablar de Clay Callaway con nadie, ni siquiera con alguien tan comprensivo como Adam. Debería haberse imaginado que él acudiría a la fiesta, pero después de muchos años sin saber nada de él, había logrado sacárselo de la cabeza. O eso era lo que ella se creía.

Los doce años desde la última vez que se habían visto parecieron desvanecerse mientras ella daba cuenta de los cambios que él había experimentado. Entonces él tenía diecinueve años. Ahora era puro músculo, todo un hombre adulto.

Pam cerró los ojos un instante. Verlo después de todo ese tiempo no iba a suponer un problema; ella no permitiría que supusiera un problema.

—¿Quién es él? —le preguntó Adam al ver que ella no reaccionaba.

Pam hizo una seña hacia la mesa del bufé.

—¿Ves al hombre junto a la despampanante rubia del vestido

rojo? Ése es él.

—Vaya, vaya. Forman una pareja muy atractiva —comentó Adam.

Pam observó a Clay y a su cita apartarse del bufé con los platos llenos y dirigirse a una mesa en la que ella no había reparado antes. Carina y Cody estaban allí sentados, lo que significaba que ella tendría que acercarse allí en algún momento de la noche a saludarlos. Bebió otro sorbo de champán y decidió posponer ese encuentro lo más posible.

—¿Estás lista para ir a por algo de comer? —le preguntó Adam varios minutos después.

Con una renovada determinación de divertirse, Pam le sonrió agradecida.

—Por supuesto. Vayamos allá.

Después de comer más de la cuenta, a Clay lo invadió una sensación de sosiego. El hecho de que rellenaran la copa cada vez que la vaciaba un poco contribuía a ese estado de placidez. Melanie y él bailaron varias veces antes de que algún otro hombre le pidiera salir a bailar.

Clay sonrió con aquiescencia y se sentó junto a su madre, que acababa de regresar del tocador.

—Pareces molesta —le comentó él en voz baja—. ¿Algo no marcha bien?

—No es eso. Es sólo que algunas veces me enfurezco por cómo funcionan las cosas.

—¿Como cuáles?

—Acabo de encontrarme con Katie. ¿Sabes que ese canalla de Arthur Henley sigue haciéndoselo pasar mal aunque llevan seis meses divorciados?

—¿Te refieres a Katie la hija de Cole?

—Sí.

—No sabía que se había divorciado. ¿Cómo sucedió?

—Ella descubrió por fin que él derrochaba el dinero a espuertas, que tenía amantes, que cometía muchos errores en su trabajo. En cuanto ella le pidió el divorcio, Cole lo despidió porque muchas de sus decisiones como gerente habían costado millones a la compañía —dijo ella y bebió un sorbo de su copa—. Arthur acusó a Katie de haber perdido su trabajo. Supongo que se consideraba alguien

invencible por la forma en que vivía y su forma detestable de comportarse. Seguramente nunca pensó en que Katie podría hartarse un día de su comportamiento y abandonarlo. Y por lo que acaba de contarme ella, él está haciendo todo lo posible por acosarla, molestarla o intentar ganarse su simpatía.

—¿Y por qué se casó con él?

—Ya conoces a Katie. Entre sus ganas de vivir y su necesidad de cuidar de todo el mundo con quien se encuentra, se metió de lleno en su idea de ayudar a Arthur a desarrollar todo su potencial. Hay que admitir que el hombre es encantador cuando quiere serlo, y muy inteligente. Se centró en alimentar la debilidad de ella de sentirse necesitada y le mostró a un hombre valiente que se esforzaba por superar su pasado de pobreza. Te juro que quería que Katie se sintiera culpable porque él hubiera nacido en una familia pobre. Recuerdo que ella lo excusaba todo el rato. Pero con el tiempo, incluso nuestra optimista Katie tuvo que rendirse. Antes o después, cada uno tenemos que responsabilizarnos de nosotros mismos en lugar de echarles la culpa a los demás.

—¿Qué edad tienen ahora Trisha y Amber?

La expresión de Carina se suavizó.

—Tienen cinco años y son absolutamente adorables. Me recuerdan a Katie cuando tenía su edad, están tan llenas de vida...

—¿Y dónde está Katie ahora? —preguntó él echando un vistazo a su alrededor.

—Creo que está sentada con sus padres. La he encontrado llorando en el tocador.

Seguramente Arthur se ha pasado por aquí el tiempo suficiente para alterarla e intentar arruinarle la noche, y luego se ha marchado. Ella estaba furiosa por haberse dejado afectar tanto por él —dijo y la vio moviéndose entre las mesas—. Ahí va.

Clay se excusó de la mesa y fue al encuentro de su prima. Llevaba muchos años sin verla. Se le había oscurecido ligeramente el pelo a un caoba claro y sus hermosos ojos ya no tenían la chispa de antaño. Él no conocía a Arthur Henley, pero se le atravesó por haberle hecho sufrir a Katie.

—Hola, prima, ¿te apetece bailar? —le preguntó acercándose a ella.

Katie, que parecía diez años más joven de los cuarenta que tenía,

lo miró sorprendida.

—¿Clay? ¡Madre mía, no puedo creerlo! Has crecido mientras yo me he girado un momento.

Él la condujo a la pista de baile.

—Me alegro de verte de nuevo, Katie. ¿Dónde estás viviendo ahora?

—En Austin.

Él se sorprendió al tomarla entre sus brazos y darse cuenta de que era muy menuda; aunque llevaba zapatos de tacón, apenas le llegaba a él por el hombro.

—Estás muy guapa esta noche. El negro resalta tu belleza natural —dijo él.

Era cierto. Su piel clara, ojos ámbar y pelo pelirrojo destacaban más a causa del vestido negro.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Eres bueno para mi ego, Clay —susurró ella y desvió la mirada.

—No puedo creer que las gemelas ya tengan cinco años. Recuerdo cuando nos anunciaste su nacimiento. Supongo que he estado fuera más tiempo del que me parece. Quizá vaya a verlas esta vez.

Ella lo miró sorprendida.

—¿No tienes que regresar a tu misión enseguida?

—Tengo un permiso de treinta días, así que estaré por aquí unas cuantas semanas.

Ella sonrió ampliamente.

—¡Perfecto! Entonces, ¿por qué no nos haces una visita la semana próxima? A las niñas les encantará verte.

Él quería preguntarle por Henley, pero decidido que no era el momento adecuado.

En lugar de eso, mantuvo una conversación alegre y superficial. Para cuando terminó el baile, Katie reía y en sus ojos se adivinaba algo del brillo de antes.

Él la acompañó a la mesa donde estaban sus padres, hizo una reverencia y le dio las gracias por el baile de forma muy teatral, haciéndola reír de nuevo. Luego regresó a su mesa.

Melanie estaba bailando de nuevo. Clay vio a su padre enfrascado en una conversación con un hombre y le tendió una

mano a su madre.

—¿Quieres bailar?

Ella sonrió.

—Ya estás ocupándote de las mujeres olvidadas de sus maridos, ¿verdad? —dijo ella poniéndose en pie y apoyando su mano en la de él—. Me encantaría bailar.

El la llevó a la pista y dieron una vuelta entera bailando antes de que ella hablara de nuevo.

—¿Sabes cuánto tiempo vas a quedarte esta vez?

Él se encogió de hombros.

—Oficialmente tengo un permiso de treinta días, pero sé que si estoy aquí es por algo.

Voy a reunirme con Cole esta noche y seguramente me dirán lo que se espera de mí.

—Están todos muy preocupados, Clay. Y no están muy seguros de en quién pueden confiar. Quien sea que está detrás de esos ataques tiene dinero y poder. Tu padre cree que seguramente tendrán compradas a las autoridades.

—¿Y yo cómo puedo ayudar?

—Tu padre dice que en el ejército has desarrollado unas habilidades de lo más útiles que ayudarán a descubrir quién está detrás de estos ataques. Una vez que tengamos eso, Cole se ocupará de todo a partir de entonces.

—Voy a hacer todo lo que pueda, ya lo sabes. Siento curiosidad, ¿por qué no se lo pidió a su propio hijo? Clint ha trabajado en operaciones clandestinas y tiene más experiencia que yo en este tipo de investigaciones.

Ella sonrió.

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a Cole.

Una mujer que bailaba cerca de ellos llamó la atención de Clay: era alta y se movía con gran elegancia. El vestido color plata de cuello alto y manga larga que llevaba era provocativo en su simplicidad porque resaltaba las curvas perfectas de la mujer. Ella tenía el pelo rubio sujeto en un moño clásico que favorecía mucho a su bello rostro.

A Clay le pareció una princesa.

De pronto ella miró hacia él. Él sólo conocía a una persona con aquellos ojos tan azules que parecían púrpura... Sus peores temores

acababan de confirmarse: ella había acudido a la cena benéfica. Él debería haber supuesto que estaría allí, pero no lo había hecho y no estaba preparado para encontrársela de pronto después de tantos años.

De adolescente, era atractiva; de adulta, era una mujer despampanante.

—¿Qué está haciendo aquí Pamela McCall? Yo creía que estaba demasiado ocupada con su vida social en Washington —comentó Clay y buscó con la mirada por la sala—.

¿Ha venido también su padre?

Clay observó al hombre que bailaba con ella: era tan oscuro de piel como ella clara.

Formaban una pareja muy atractiva. Aunque eso a él le daba igual, por supuesto.

—Creo que el senador no ha podido acudir. Allison comentó que mandaba disculpas.

—Y ha mandado también a su hija. ¿Ése es su marido?

Carina miró hacia la pareja.

—No lo creo. No me suena que se haya casado.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró él girándose para no mirar en la dirección de Pam.

—Eso sucedió hace mucho tiempo, Clay —le dijo su madre con voz suave—. ¿No crees que ya es hora de perdonarla? Ahora los dos sois personas diferentes.

Clay casi no la oyó, el corazón le latía con tanta fuerza que lo ensordecía.

—Tienes razón —respondió él intentando controlar sus emociones—. Ella no significa nada para mí.

—Kerry y ella han sido amigas desde que eran unas niñas. Sé lo duro que es para ti que...

—No te preocupes, mamá, estoy bien —dijo él—. Bueno, cuéntame qué habéis hecho papá y tú desde que os vi en noviembre.

Durante el resto del baile él se concentró en la conversación de su madre e ignoró al resto de gente de la sala. Cuando terminó, Clay acompañó a Carina a la mesa.

Melanie se había sentado momentos antes. El se sentó a su lado y apoyó el brazo en la silla de ella.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó él al oído jugueteando con su oreja.

Ella soltó una risita.

—La verdad es que sí. Esta fiesta tiene todos los ingredientes de mis sueños de niña.

Codearse con las familias más ricas y famosas de Texas es algo que merece la pena.

Él se irguió.

—Ahora sé por qué te interesaste tanto por mí cuando nos conocimos por primera vez.

Ella parpadeó tímidamente y sonrió.

—Por supuesto, corazón. No me interesó lo guapo que eres ni tu cuerpazo. Lo único que me llamaba la atención era que eras un Callaway, eso alimentaba mis fantasías infantiles.

El soltó una carcajada.

—Me alegro de saberlo. No me gustaría pensar que estamos dando un paso hacia la intimidad en nuestra relación por alguna razón que no fuera cumplir tus fantasías.

Ella soltó otra carcajada de lo más contagiosa.

—¡Quién iba a decirlo! Y yo que he creído todo este tiempo que eras tú quien estaba interesado en salir conmigo para aparecer en la prensa como mi nuevo amante...

—Maldición, acabas de descubrir mi secreto.

Clay oyó que alguien llegaba a su espalda y vio a su madre sonreírle a esa persona.

—Pamela, siéntate un rato y cuéntanos cómo te va todo. Kerry estaba aquí hace unos momentos. Connor y ella volverán enseguida.

Clay intentó permanecer impasible mientras Pam pasaba por delante de él y se sentaba en la silla vacía entre Carina y él.

—Hola, mamá. Me alegro mucho de verte de nuevo —saludó Pam con voz ronca y se giró lentamente hacia Clay—. Hola, Clay.

Por lo menos ella no era hipócrita intentando fingir que se alegraba de verlo, pensó Clay.

—Pam, quiero que conozcas a Melanie Montez —comentó él y se giró hacia Melanie—.

Ella es Pamela McCall, hija del senador McCall. Es una buena amiga de la familia desde hace años.

Pam sonrió a Melanie.

—Hola. Estoy impresionada de conocerte en persona. Me gusta mucho tu trabajo.

Clay observó a Melanie estudiarla de arriba abajo.

—Gracias —respondió Melanie con una sonrisa. Clay se dio cuenta entonces de que las dos mujeres se parecían mucho: ambas era rubias, altas y despampanantes. No le gustó la idea de que su atracción hacia Melanie fuera por su parecido con Pam.

—No he tenido oportunidad de bailar aún contigo, ¿te apetece? —dijo Clay extendiendo una mano hacia Melanie y levantándose de su asiento.

Melanie le tomó la mano y se puso en pie.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo a Pam y siguió a Clay a la pista de baile—. ¿De qué iba eso?

Clay la apretó contra sí de forma que sus cuerpos se tocaran desde el pecho hasta las rodillas.

—No sé a qué te refieres —contestó él.

Ella se separó ligeramente de él y lo miró a los ojos.

—Qué interesante, es la primera vez que me hablas con evasivas —comentó ella y lo oyó suspirar—. Me refiero a qué ocurre entre la señorita McCall y tú. Entre los dos había una tensión palpable. Si no es asunto mío, dímelo y ya está, pero no finjas que no sabes de qué te hablo.

—Tienes razón. No quería responderte porque ella no es una de las personas a las que más aprecio tengo precisamente. Sin embargo, a mi familia le encanta. Creció como parte de nosotros, yo diría que pasaba más tiempo con nosotros que en su propia casa —contestó él mientras bailaban suavemente—. Y luego, estuvimos saliendo juntos en el instituto hasta que ella me dejó muy claro que no estaba interesada en tener un compromiso conmigo.

Vaya... Debías de estar muy enamorado o no seguirías dolido con ella hoy en día.

—Entonces yo era un niño. Y para tu información, no me preocupa haberla visto hoy, de veras. No me había acordado de ella en años.

Él supo que eso era mentira en cuanto lo dijo. Se había esforzado por no pensar en ella todo el rato y algunas veces lo había conseguido. Pero estaba decidido a dejar el pasado enterrado.

—Estoy mucho más interesado en el futuro que en el pasado —

afirmó con rotundidad, y era cierto.

—Es muy atractiva —murmuró Melanie.

Él le acarició la oreja con la boca.

—Tal vez, pero yo sólo tengo ojos para ti, muñeca.

Pam los observó bailar juntos unos momentos antes de volverse hacia Carina.

—Clay ha cambiado mucho, ¿no? —dijo y supo que se le notaba en la voz lo arrepentida que se sentía.

—El primer amor siempre es difícil de superar. El logró salir adelante, igual que tú.

Fueron tiempos difíciles para vosotros dos.

—Pero es muy evidente que no me ha perdonado.

Pam no comprendía por qué le preocupaba tanto después de tantos años que Clay siguiera considerándola su enemiga, pero lo cierto era que le dolía. En aquel tiempo ella era tan niña y estaba tan absorbida por su propio dolor, que no había sido consciente de las consecuencias de su comportamiento.

—A él le está yendo muy bien, ¿sabes? —comentó Carina señalándolo con la cabeza—. Le encanta su profesión, trabajar en los Comandos Especiales del ejército. No creo que se arrepienta de nada, sólo está así porque no se esperaba encontrarte aquí.

Pam lo observó unos minutos en silencio.

—Quiero que sea feliz. Me imaginé que se quedaría dolido durante un tiempo, pero esperaba que se diera cuenta de que evité que cometiéramos un grave error.

—Decirle a tu prometido la noche antes de la boda que no vas a casarte con él tiene su precio, cariño. Los dos erais demasiado jóvenes, es cierto, pero nadie quiso escucharme entonces. Para Clay fue muy duro. Se recuperó de ello lo mejor que supo

—dijo Carina y se la quedó mirando unos instantes en silencio —. Será mejor que dejemos el pasado en su sitio, ¿no crees? Cuéntame qué tal tu trabajo en el FBI y quién es el encantador hombre que te acompaña.

La canción terminó y la banda anunció un descanso.

—¿Sabes cuánto tiempo más necesitamos quedarnos? Estoy muy cansada —comentó Melanie.

—¿Por qué no subes a la habitación? Yo tengo que reunirme con mi tío y no sé cuánto voy a tardar, pero no tienes que quedarte aquí

hasta que hayamos terminado.

—Si no te importa, aprovecharé para descansar un rato —dijo ella apoyándose contra él.

El le dio un beso fugaz.

—Me parece que cuando se me pase esta ola de adrenalina yo también voy a caer rendido. En los últimos días no he dormido casi nada.

—¿De verdad no te importa?

—No, súbete. Por cierto, ¿qué habitación es? —le preguntó mientras salían del salón de baile.

—Es una suite, como tú querías. Insiste al llamar a la puerta, por si me he quedado dormida.

—Mejor aún, pediré otra llave en Recepción —le dijo él y la besó de nuevo, esa vez más apasionadamente—. Será divertido despertarte.

Clay la observó dirigirse hacia el vestíbulo. Ojalá pudiera subirse con ella en aquel momento, pero aún tenía que acudir a la reunión. Se giró y regresó al salón de baile decidido a concentrarse en el futuro que esperaba poder construir con Melanie y a borrar el pasado de su memoria.

Capítulo Dos

Cuando Clay regresó al salón de baile, vio que Pam se había marchado de la mesa de su familia y se sintió mucho más tranquilo. Sus hermanas lo recibieron alegremente y el tiempo pasó volando mientras se ponían al día de sus vidas.

—Carina, voy a robarte a tu marido y a tu hijo durante un momento —dijo Cole acercándose a su mesa.

Cody y Clay lo siguieron.

—Siento que la reunión sea a estas horas —se disculpó Cole—, pero el hombre que va a dirigir el grupo acaba de llegar y estaba deseoso de hablar con nosotros unos minutos. Y como vosotros aún estabais aquí, me ha parecido que podíamos celebrar la reunión.

Llegaron a una habitación y Cole la abrió. Al fondo había dos hombres hablando.

Clay reconoció inmediatamente a su tío, Cameron Callaway, que era el segundo al mando del emporio Callaway. Fue el otro hombre el que lo hizo detenerse en seco.

Cole entró y se dirigió a la mesa de reuniones.

—Sentaos y dejad que os presente al teniente coronel Sam Carruthers, que está aquí para explicar la razón de esta reunión —dijo y sonrió a Clay, divertido por su expresión de sorpresa—, y también para explicar por qué estás aquí, Clay. Sam, éstos son mis hermanos, Cameron y Cody. Y creo que ya conoces a Clay.

Aunque ninguno de los dos vestía de uniforme, Clay tuvo que esforzarse para no saludar a un oficial superior. ¿Qué demonios estaba haciendo allí ese hombre?

Carruthers los miró uno a uno.

—Antes que nada, quiero disculparme por haber llegado tan tarde —comenzó el militar—. Vengo de una reunión con el subdirector de la CIA, el subdirector de la Agencia de Seguridad Nacional y el general Allred, jefe del Departamento de Inteligencia del ejército. Todos estamos muy preocupados por los problemas que han ocurrido recientemente en varias de sus instalaciones.

Se detuvo un momento y examinó a los presentes.

—Durante los últimos cinco años, una de sus empresas ha estado trabajando en un combustible secreto para el ejército. Por eso nos

preocupan los ataques que han sufrido sus instalaciones. Me han designado jefe de la investigación —comentó el coronel y miró a Clay—. Mientras examinaba una lista de posibles hombres a los que escoger para mi equipo, me encontré con su nombre. Lo recordaba de la instrucción en Fort Benning.

Clay nunca olvidaría los entrenamientos en Georgia ni el hecho de que el coronel Carruthers era el instructor más duro de todos.

—Era fácil hacerlo formar parte del grupo y disponerlo todo para enviarlo a su casa

—continuó Carruthers—. Supuse que usted querría estar en esta misión, dado que afecta a su familia. ¿Estoy en lo cierto, capitán?

—¡Sí, señor! —respondió Clay.

Carruthers sonrió levemente.

—Me lo figuraba. Claro que eso nos deja con el dilema de por qué ha regresado a casa.

No queremos que nadie sepa que está en una misión.

—Estoy de permiso, señor. Como me debían uno, me han dicho que o lo usaba ahora o lo perdía.

—Eso nos servirá —afirmó Carruthers—. Supongo que sobra decirles que nadie debe saber que el Gobierno tiene una investigación privada en marcha, ¿verdad? Estoy seguro de que todos ustedes comprenden que debemos pasar lo más desapercibidos posible. Por tanto, yo también voy a realizar la misión de incógnito, así que durante la investigación me llamarán Sam.

—Sí, señor... digo, Sam —dijo Clay sintiéndose como un tonto al ver sonreír a los demás.

—Yo no estoy de acuerdo con la postura del Gobierno en este asunto, coronel

—comentó Cole—. Hemos mantenido una estricta seguridad en las pruebas del combustible. Salvo la explosión de la plataforma de perforación, ninguna de las otras explosiones tiene nada que ver con el Gobierno. Confío en que su investigación busque también quién puede querer vengarse de los Callaway.

—Sí, hemos comentado su teoría en la reunión de la que vengo. Supongo que, con lo cuidadoso que es usted, habrá comprobado las referencias de sus empleados.

—Llevamos haciéndolo desde hace varios años —intervino

Cameron—. Ésta no es la primera vez que nuestra familia es blanco de ataques. Y dudo que sea la última.

—Los comprendo —contestó Sam—. Dada la situación, he requerido a una de las mejores investigadoras del FBI para que realice unos perfiles sobre quién podría estar interesado en perjudicar a su familia. Pamela McCall me ha dicho que conoce a los Callaway y a eso se añade que ha vivido bastante tiempo en Texas. Ella dice que está deseando formar parte de este equipo.

El coronel se giró hacia Clay, que de pronto se sentía como si lo acabaran de golpear en el pecho, le faltaba el aire.

—Clay, Pamela y usted formarán pareja en esta misión. Nuestro otro hombre llegará mañana por la mañana; en cuanto esté aquí nos reuniremos todos. Mientras tanto, creo que a todos nos vendría bien dormir un poco —continuó Sam—. En nombre del Gobierno, sepan que apreciamos su colaboración en este asunto y que pretendemos llegar al fondo rápidamente.

—Nosotros también apreciamos su ayuda, Sam.

Carruthers se puso en pie y estrechó la mano de los demás. Luego se giró hacia Clay.

—Lo llamaré por la mañana para desayunar juntos. Creo que se aloja en el hotel, ¿no?

El anuncio de que iba a trabajar con Pam había dejado a Clay tan conmocionado que apenas había seguido el resto de la conversación.

—Sí, señor —respondió Clay saliendo de su estupor—. Es la habitación 937, señor.

Esperaré sus noticias.

Clay salió de la habitación sin poder creérselo: ¡Sam Carruthers lo había solicitado para esa misión! Ese hombre era de lo más respetado en los Comandos Especiales.

Clay lo admiraba profundamente y agradecía no haber sido nunca blanco de sus comentarios mordaces. También sabía que no podía pedirle no trabajar con Pam, pero por otro lado no soportaría formar pareja con ella el tiempo que durara la investigación. ¿Qué demonios iba a hacer?

Clay se dirigió al bar. Pidió un whisky doble y se sentó en una esquina.

Pamela McCall. Al verla esa noche, su pasado se le había

presentado delante y lo había golpeado en la cara. Pero seguro que los años que habían transcurrido desde aquello lo ayudarían a manejar el presente. El había sobrevivido a todas las pruebas a las que el ejército lo había sometido. De hecho, con cada una se había superado un poco más. Le gustaba lo que hacía. Tenía una función importante, se dedicaba a ataques terroristas. Y los ataques que habían sufrido las empresas de su familia encajaban en esa categoría.

Se sentía honrado de que el coronel lo hubiera requerido para el equipo y quería demostrarle que no se había equivocado con él. Entre esa noche y la mañana siguiente, él debía aclarar sus sentimientos hacia Pamela McCall.

Parte del problema era que ella había formado parte de su vida desde que él podía recordar. Al querer borrarla de su memoria había enterrado también años de cariño y risas con sus padres y sus hermanas. Un rato antes, sentado a la mesa con su familia, él se había dado cuenta de lo mucho que se había perdido por no visitarlos periódicamente.

Siempre que él pensaba en su familia, Pam formaba parte de ellos. Mientras él estaba en la escuela primaria, ella le parecía un fastidio, igual que sus hermanas, y se pasaba el tiempo escondiéndose de ellas.

Su mente se retrotrajo a cuando era un niño con tres hermanas que querían hacerle la vida imposible…

Clay eludió a las mujeres de su familia y se encaminó hacia el bosque que había cerca de la casa donde vivían. Se subió a uno de los enormes robles, se acomodó en una de las ramas y se acercó los prismáticos de su padre a los ojos.

Podía ver en muchos kilómetros y nadie sabía que él estaba observando.

Estaba harto de que sus hermanas lo incordiaran. A los doce años ya había aprendido a ponerse en alerta cada vez que ellas estaban cerca. Sherry Lyn era dos años mayor y más o menos lo ignoraba, con lo cual con ella no había mucho problema. Pero Kerry y Denise, de diez y nueve años respectivamente, siempre le seguían a donde quiera que fuera.

Pero ese día no. Ese día estaban jugando con Pam, que había llegado hacía una hora con una maleta y cara triste. Su padre tenía

que salir de nuevo de la ciudad porque era un hombre importante y lo necesitaban para sacar adelante el país.

A Clay siempre le resultaba fácil localizar a Pam cuando jugaba con sus hermanas.

Todas tenían el cabello oscuro y Pam resaltaba con su pelo rubio.

Clay perdió la noción del tiempo observando las montañas y los prados. Se detuvo para sacar una bebida de su mochila y de pronto vio a alguien moverse furtivamente cerca de la casa. Agarró los prismáticos y vio a Pam muy quieta junto al edificio; miró cautelosa por la esquina y salió corriendo en dirección al río. ¿Adónde iba?

Siempre que acudía de visita, Pam no se separaba de Kerry. Pero en aquel momento estaba sola.

Él decidió seguirla. Bajó del árbol y enfiló el camino que le había visto tomar a ella.

Cuando llegó al río, se agazapó y examinó el lugar a través de los prismáticos.

Entonces la vio, tan de cerca que se llevó un susto. Pam estaba sentada en una gran roca con la vista clavada en el río. La observó atentamente y entonces se dio cuenta de que ella estaba llorando en silencio. ¿Y si se escurría y se ahogaba en el río? Clay se dijo que tenía que acercarse y averiguar por qué estaba tan triste.

Ella no lo oyó hasta que él estuvo a pocos pasos. Para entonces ya era demasiado tarde para ocultar que estaba llorando. Se enjugó las lágrimas rápidamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella entre triste e irritada.

Él no quería molestarla. Se giró para marcharse pero no quería dejarla sola de aquella forma, así que se acercó a ella.

—¿Quieres mirar a través de estos prismáticos?

Ella lo miró.

—¿Sabe tu padre que los tienes tú?

—No, así que ahora ya puedes meterme en problemas si quieres —contestó él.

—¿Y por qué iba yo a querer hacer eso? —preguntó ella sorprendida.

El se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es lo que Kerry y Denise hacen para divertirse.

Siempre están revolviendo mis cosas, destapando lo que hago, metiéndome en problemas… Tienes suerte de no tener que soportar algo así.

Ella comenzó a llorar de nuevo. Estaba claro que él había dicho lo que no debía.

—¿Por qué lloras? —le preguntó él.

—¿Por qué no te marchas?

Clay se quedó sentado intentando pensar en una respuesta, pero no se le ocurría nada ingenioso ni brusco. Así que decidió decirle la verdad.

—Porque no me gusta verte tan triste. Y he pensado que igual hablar de ello te ayudaría.

—Hablar de ello no va a cambiar nada —replicó ella enfadada con la vista clavada en el agua.

A ella se le escapó un sollozo.

—Desearía tener una familia como la tuya. No sabes la suerte que tienes. Veo cómo se tratan tu madre y tu padre entre ellos y con vosotros: os reís, bromeáis… y eso me duele.

—¿Recuerdas a tu madre?

Ella se encogió de hombros.

—Yo tenía seis años cuando ella murió y ella ya llevaba mucho tiempo enferma.

Nunca la oí reír. Y ahora mi padre viaja mucho y casi no lo veo. Paulette hace cosas conmigo, pero es el ama de llaves, lo hace porque mi padre le paga para que me cuide, no porque le guste.

—Puedes ser parte de nuestra familia si quieres.

—Pero yo no me parezco a vosotros. Nadie se creería que soy una Callaway —dijo ella y sonrió levemente—. Y además es justo lo que tú no necesitas, Clay, otra hermana más.

Él lo pensó unos instantes.

—Eso estaría bien. Podríamos hablar de cosas, como ahora. Y podría enseñarte algunos lugares del rancho que nadie más conoce. Podrías imaginarte que soy tu hermano, ¿no? Alguien con quien hablar cuando estés triste o furiosa o lo que sea.

Ella se quedó en silencio un largo momento.

—No me importa lo que Kerry diga de ti —dijo por fin—. A mí me caes bien, Clay.

—Me alegro. Tú también me caes bien, Pam. Y me alegro de que

estés en el rancho con nosotros. ¡Pero si ya eres prácticamente de la familia!

Después de ese día, él se propuso estar pendiente de Pam, tanto cuando ella los visitaba en el rancho como en el colegio. Según crecían a él le fue resultando más fácil hablar con ella y contarle cómo le iba en el colegio, las peleas con sus hermanas y las visitas al director. Ella, por su parte, le hablaba de sus profesores, de lo que le gustaba hacer y de los compañeros de clase a los que intentaba evitar. Aprendieron a confiar el uno en el otro.

Clay aún recordaba su primer año de instituto, cuando había sido el responsable del tanto ganador en el partido de fútbol americano. Pam se había abierto camino entre la gente, se había lanzado en sus brazos y le había dado un beso entusiasta que lo había sacudido por completo.

Hasta ese momento, Pam era para él una amiga muy especial que lo escuchaba pacientemente cuando él le contaba su frustración con otras chicas, su esfuerzo por sacar buenas notas, su deseo de ir a la universidad. Pero en aquel momento descubrió que también era una mujer de lo más deseable. Respondió a su beso maravillado. No quería dejarla marchar, pero la soltó al oír los silbidos del resto del equipo.

Después de ese momento nada volvió a ser igual.

Durante los dos años siguientes, Pam y él fueron pareja. Y en el último año de instituto él decidió unirse al cuerpo de cadetes de la universidad de Texas. Era una agrupación de estudiantes con organización militar y daba la posibilidad a los cadetes de optar a un cargo en las Fuerzas Armadas estadounidenses.

A Pam le quedaba un año para terminar el instituto y ya tenía pensado trasladarse a una universidad del Este.

La noche en que Clay se marchó a la universidad las cosas cambiaron entre ellos una vez más.

—¿Adónde quieres que vayamos esta noche? —le preguntó Clay a Pam al recogerla en su vieja furgoneta.

Clay estaba nervioso. Tenía muchas ganas de ir a la universidad, era su sueño. Pero no había contando con el profundo vacío en su interior al pensar en que no vería a Pam cada día. Ella tenía la vista clavada en sus manos sobre su regazo.

—Me da igual —respondió ella encogiéndose de hombros.

—No estés tan entusiasmada de verme, por favor…

Ella se giró y lo fulminó con la mirada.

—¡Perdóname por no emocionarme con la idea de que te vas!

Él le acarició la nuca.

—Lo sé, cariño. Esto también es muy duro para mí.

—¿De veras? Tienes toda una nueva vida por delante. Yo soy la que va a tener que seguir yendo al mismo instituto y viviendo en el mismo lugar, sólo que sin ti.

Él la atrajo hacia sí y la besó dulcemente.

—Estaré contigo, no te preocupes. Estaré siempre que me necesites.

Ella se abrazó fuertemente a él.

—¡Siento mucho arruinarte tu última noche en casa, pero esto es tan duro…! Has sido mi mejor amigo durante años y ahora vas a marcharte. Sé que estarás cerca y llevo meses preparándome para este día, pero ha llegado demasiado rápido.

Aquella noche, después de ir al cine y tomarse un helado, él la llevó a su casa.

—Hace buena noche, ¿qué te parece si nos sentamos un rato en el cenador?

—Suena bien —dijo él.

La ayudó a bajar de la camioneta y, agarrados de la mano, se pasearon por el jardín de los McCall. El cenador no se veía desde la casa y les daba la impresión de que estaban solos bajo un cielo repleto de estrellas. Se sentaron en los mullidos cojines.

Pam le contó todo lo que recordaba de su niñez con los Callaway y rieron juntos.

—No quiero ni pensar en cómo hubiera sido mi vida si no os hubiera conocido a todos vosotros.

Él la acurrucó contra sí.

—Simplemente acuérdate de este momento el año que viene, cuando seas tú la que se marche del estado. El tiempo pasa volando.

Él la besó. Esa noche sus besos tenían que durar muchas semanas. Cuando se dio cuenta de que empezaba a perder el control, Clay se irguió y se separó de ella.

—No te vayas aún —susurró ella.

—Tengo que hacerlo —replicó él con voz temblorosa, igual que su cuerpo.

Pero no se fue. No sabía cómo pero dejaron a un lado el control que siempre habían logrado mantener. Fueron dos jóvenes inocentes expresando el amor que sentían el uno por el otro. Y para cuando él se marchó esa noche, habían hecho el amor, torpemente y con bastante vergüenza; ninguno de los dos sabía qué iba a suceder.

Luego él se asustó porque no se había puesto preservativo.

Tuvieron suerte, pero desde aquel momento él siempre usaba protección. Durante el año siguiente, siempre que podían estar juntos exploraban el terreno que acababan de descubrir. Aprendieron lo que más placer le daba al otro y hablaron de que se casarían cuando los dos hubieran, terminado la universidad y estuvieran bien situados en sus profesiones.

Su futuro estaba planeado… hasta la noche en que el senador McCall los encontró juntos y desnudos en el cenador y les exigió una boda inmediata.

El sonido de los hielos dentro del vaso vacío devolvió a Clay al presente. Comprobó la hora: ¡eran casi las dos de la madrugada! Había olvidado que Melanie estaba esperándolo en la suite; realmente estaba descentrado… Sacudió la cabeza. Llevaba demasiado tiempo sin dormir, sufría los efectos del *jet lag* y había bebido demasiado.

Necesitaba subir a dormir aunque fueran pocas horas.

Pasó por Recepción y recogió su maleta y la llave de la habitación. Subió a la novena planta y entró en la suite sin hacer ruido. Por las ventanas entraba una suave luz y vio a Melanie en la cama; estaba profundamente dormida.

Clay no pudo evitar sentir cierto alivio. Aquella tarde—noche le habían ocurrido demasiadas cosas como para poder manejar además sus sentimientos hacia Melanie.

El día anterior estaba decidido a comprometerse con ella, pero en ese momento se encontraba rodeado por los fantasmas del pasado y no le parecía justo comenzar una relación así.

Seguramente debería dormir en otra habitación, pensó, pero estaba tan cansado que no podía dar un paso más. Melanie estaría a salvo con él esa noche. Al día siguiente se disculparía con ella y continuarían desde entonces.

Clay se quitó la ropa de camino a la cama y se dejó sólo la ropa

interior. Se metió en la cama, suspiró y se quedó dormido casi al instante.

Pamela y él estaban en el cenador. Era de noche y sólo los iluminaba la suave luz de la luna. No era la Pamela adolescente que él recordaba, sino la mujer que había visto en el salón de baile. Todavía llevaba el mismo vestido plateado.

—No esperaba encontrarte aquí —comentó él acariciándole el cabello.

—Tenía que venir, Clay. Quería que supieras que yo... —comenzó ella y se detuvo unos instantes—. Que no quería hacerte daño. Nunca lo quise. Te amo desde hace años. Tú fuiste mi primer amor... mi único amor.

Ella se estremeció y él le colocó su chaqueta sobre los hombros.

—Eso me resulta difícil de creer, dadas las circunstancias —comentó él.

—Desearía poder explicarlo mejor. ¿Cómo puede una joven de dieciocho años explicar que está luchando por su vida? Había tantas cosas que yo quería conseguir antes de estar preparada para casarme...

—Sí, y eso fue culpa mía. No podía quitarte las manos de encima.

—Eso era lo que ambos queríamos, Clay, no sólo tú. Después de hacer el amor contigo la primera vez, no podía dejar de pensar en hacerlo de nuevo.

—Éramos unos críos entonces. Creí que tu padre iba a matarme por haberte tocado.

Ella le acarició la barbilla.

—Ahora somos adultos, Clay. Nadie va a interrumpirnos.

Él la miró estupefacto.

—¿Quieres hacer el amor conmigo?

Ella se bajó la cremallera del vestido y se quedó en ropa interior.

—Me muero de ganas —afirmó.

—No lo sé, Pam. Nos han ocurrido muchas cosas a los dos desde esos días. No podemos simplemente...

Pero no pudo seguir hablando porque ella le bajó los pantalones. En cuanto ella lo tocó, el cuerpo de él respondió. Ella agarró su miembro con cara de satisfacción.

La subió en brazos y la tumbó sobre los mullidos cojines. Se

desnudaron completamente y él le soltó el cabello.

—¿Tienes una idea de cuántas veces he soñado contigo, con hacerte el amor? —susurró él.

—Demuéstramelo, Clay —respondió ella atrayéndolo hacia sí.

Clay se arrodilló entre las piernas de Pam controlándose para no lanzarse salvajemente sobre ella; quería ir despacio y explorarla. Se inclinó sobre ella y le acarició los pezones, los lamió y mordisqueó. Sonrió al verla estremecerse.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

—En absoluto. Estoy ardiendo por dentro, esperando que tú te ocupes de ese fuego.

Clay recompensó su sinceridad con un beso que expresaba lo mucho que la había echado de menos todos esos años, lo mucho que la amaba y su dolor por haberla perdido. Luego fue besándole todo el cuerpo, memorizando cada parte con su boca y su lengua.

Ella gritó de placer cuando él acarició su centro más íntimo. Clay lo saboreó un momento y luego continuó su recorrido por los muslos y las corvas. Levantó la vista unos instantes y la vio resplandeciente bajo la luz de la luna.

Clay subió sus caricias por la otra pierna y se detuvo de nuevo en el vértice entre sus piernas, dándole a ella el placer que se negaba a sí mismo. Pam pronunció su nombre con voz ronca entre jadeos y comenzó a moverse, rogándole que la penetrara.

Entonces él no pudo contenerse más. Se introdujo en ella de un empellón y se obligó a mantener el control hasta que logró llevarla al clímax que ambos deseaban.

Pam le rodeó el cuerpo con las piernas, apretándolo contra ella, y lo acompañó en sus embestidas mientras lo besaba en la boca y el rostro.

Había transcurrido tanto tiempo desde la última vez... Clay ya no pudo controlarse más y aumentó el ritmo. Sintió que ella se ponía cada vez más tensa hasta que sus espasmos involuntarios indicaron que había alcanzado el clímax.

Cuando él alcanzó la cúspide, gritó el nombre de ella antes de quedarse inconsciente de nuevo.

El insistente sonido del teléfono despertó a Clay. Agotado, sin abrir los ojos, se llevó el auricular a la oreja.

—Diga —murmuró.

—Levántese y dése una ducha, Callaway. Tenemos trabajo que hacer —lo saludó Sam Carruthers—. Nos encontraremos en la cafetería dentro de veinte minutos.

—Sí, señor —respondió Clay automáticamente y colgó el teléfono.

Se sentía como si acabara de tumbarse en la cama. Se obligó a abrir los ojos y miró la hora: eran casi las ocho de la mañana. Al menos había dormido algunas horas.

Se tumbó boca arriba y entonces recordó que estaba compartiendo la cama con Melanie. ¿Le había hecho el amor la noche anterior, o lo había soñado? No lograba establecer la diferencia. Recordaba haber tenido un sueño, pero no sobre Melanie.

Había soñado con...

Se sentó en la cama y apartó las sábanas. Tenía que bajar a desayunar. Ese día le asignarían oficialmente su pareja de trabajo, una mujer a la que había deseado no volver a ver nunca.

Se giró hacia atrás y vio la horrorizada mirada de la mujer que estaba en la cama con él.

Clay cerró los ojos, debía de estar alucinando. Melanie tenía los ojos negros y los que lo miraban en ese momento eran de un azul cristalino.

Sólo conocía a una mujer con esos ojos. Pamela McCall.

Capítulo Tres

Clay miró conmocionado a la mujer que estaba en su cama.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntaron los dos al unísono.

Clay salió de la cama como una exhalación y entonces se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. «¡Maldición! ¿Cómo...?», pensó, pero los nervios no le dejaron seguir pensando. Sabía que esa vez tenía un auténtico problema. Se había metido en la cama con los calzoncillos puestos y sólo había una razón para que ya no los tuviera.

El sueño que recordaba había sido mucho más real de lo que debería.

Levantó la sábana de su lado de la cama completamente y gimió al encontrar los calzoncillos a los pies de la cama. Se los puso y sólo entonces se giró hacia ella. Pam se incorporó en la cama, tapándose con la sábana. Incluso en aquella situación tan desafortunada, estaba de lo más sexy. Aunque su expresión era todo lo contrario.

—Quiero saber qué estás haciendo en mi habitación —le exigió ella secamente.

—Esto... yo... ¡Maldita sea, no lo sé! —exclamó él—. Creía que ésta era mi habitación. No creerás que vine aquí anoche deliberadamente para...

Se detuvo, incapaz de enunciar lo que había sucedido.

—No sé qué pensar, Clay. Prácticamente me ignoraste toda la noche y luego tú... te metes en mi cama y...

Ella tampoco podía poner palabras a la situación.

—Sé que tenemos que hablar de esto —dijo él al cabo de un rato de silencio—, pero ahora no tengo tiempo. Tengo que ir abajo.

Estuvo a punto de preguntarle por qué, pero si ella no sabía que iba a tener que trabajar con él, él no quería ser quien se lo anunciara. La situación ya era suficientemente delicada tal cual estaba. Clay recogió la ropa que había dejado por el suelo. Ni siquiera recordaba haberse desvestido antes de meterse en la cama.

¿Cómo podía haber cometido un error tan estúpido?

Encontró su maleta y sacó lo primero que encontró, que fueron unos vaqueros desgastados y una camisa. Sin mirar hacia la cama,

se metió en el cuarto de baño. Se dio una ducha rápida y se vistió. Luego se puso unas deportivas y se marchó de la habitación.

¿Qué demonios hacía él en la habitación de Pam? ¿Acaso Melanie no le había dicho que estaría en la habitación 937? De pronto se detuvo y se masajeó la cabeza, que comenzaba a dolerle. ¿O Melanie le había dicho la 973?

Maldición, él debía de haberse confundido de número. Y de todas las personas con las que podría haber compartido la cama, ¿por qué había tenido que coincidir justamente con Pamela McCall?

Clay pasó por delante de la habitación y llamó a la puerta. Melanie la abrió, vestida con un camisón casi transparente y con una expresión de confusión. Y tenía toda la razón.

—Buenos días, Clay —dijo advirtiendo su nuevo atuendo y enarcando una ceja—.

Cuando anoche dijiste que te acostarías tarde no bromeabas...

El se apoyó en el quicio de la puerta y se masajeó el rostro.

—Sé que está siendo una cita terrible. Te lo explicaré todo cuando regrese de otra reunión —dijo él y se irguió intentando pensar en una disculpa creíble—. Sé que cuando escuches mi historia verás el humor que tiene, pero ahora ya llego tarde a la reunión y...

—Tus reuniones se están interponiendo en nuestro encuentro —le advirtió ella mirándolo con cautela—. Menos mal que no he detenido mi vida esperando a que mantuvieras tus promesas, Clay.

—No sabes lo mucho que lo siento —murmuró él sacudiendo la cabeza y le apretó la mano cariñosamente—. Estaré de regreso en cuanto pueda.

Se apresuró al ascensor y sintió alivio al verlo vacío. ¿Qué demonios iba a hacer?

¿Cómo podía explicarle a Melanie lo que no podía explicarse ni a sí mismo? Y

además, todavía tenía que enfrentarse a Pam.

Al llegar a la cafetería, Clay divisó a Carruthers sentado a una mesa en una esquina y se dirigió allí. Estaba hablando con otro hombre a su lado. Cuando Clay llegó a la mesa, los dos hombres dejaron de hablar. Sam lo saludó con la mirada y le sirvió café.

—Siéntate —le dijo el coronel con una medio sonrisa—. Tienes aspecto de necesitar esto.

«No sabes cuánto. Ojalá pudiera volver atrás veinticuatro horas», pensó Clay.

—Clay Callaway, le presento a Joe Chávez. Joe es uno de los mejores expertos en reconocimiento que conozco. Amablemente, se ha ofrecido voluntario para ayudarnos en nuestra investigación.

Clay le estrechó la mano.

—¿Así que voluntario, eh? —preguntó Clay.

—El coronel tiene un fino sentido del humor —respondió Joe en tono plano.

—Dejemos los cargos —les recordó Sam—. No tenemos que tratarnos con formalidad, ya que se supone que somos amigos del ejército pasando unos días de vacaciones.

Joe puso los ojos en blanco y Clay se sintió mejor al ver esa reacción. Así que él no era el único al que habían obligado a aceptar esa misión.

Sam miró su reloj.

—Por fin he hablado con Pamela McCall, hace unos minutos. Ha dicho que vendrá lo antes posible, pero que vayamos desayunando.

La camarera les tomó nota y en cuanto se fue, Sam retomó la conversación.

—Joe ya está al corriente de lo que ha ocurrido recientemente. Los dos estamos de acuerdo en que es sencillo colocar explosivos en tierra, pero la explosión de la plataforma petrolífera, con las cargas subacuáticas, la tuvo que preparar alguien con entrenamiento militar. Así que es posible que nos encontremos con sorpresas al buscar al responsable —comenzó el hombre y los miró detenidamente—. Os he escogido porque necesitaba a hombres en quienes pudiera confiar en cualquier situación. Los dos trabajáis bien solos, sois expertos en explosivos y sois capaces de poneros en la mente de quien ha realizado estas explosiones. Además tenemos que averiguar por qué, y por eso la señorita McCall forma parte del grupo. Ella se ocupará de investigar a los empleados.

—¿Sabe ella con quién va a trabajar? —preguntó Clay, incapaz de contener su curiosidad por más tiempo.

Sam negó con la cabeza.

—La mayoría del tiempo trabajará sola recabando información. Clay, tú vas a formar pareja con ella porque quizá ella necesite hacer trabajo de campo. Tiene experiencia, pero casi siempre ha

estado en una oficina. Prefiero saber que tú estás con ella, en caso de que nos encontremos con problemas inesperados. También vamos a necesitar un lugar que nos sirva de base para la misión.

—Mi familia tiene unos apartamentos en Austin que podríamos usar. Hay varios de ellos en el mismo bloque, no creo que tuviéramos problemas en quedarnos allí.

Sam asintió pensativo.

—Suena bien. Se lo comentaré a Cole en cuanto terminemos aquí. Además, vamos a necesitar medios de transporte. Cole dijo algo anoche de que podríamos usar el avión privado de la corporación para desplazarnos a Austin. Y allí ya alquilaremos un par de coches. ¿Alguno tiene alguna pregunta?

Chávez bebió un sorbo de café.

—¿Qué dicen las autoridades locales respecto a las explosiones?

—No se lo explican —contestó Sam—. No confío en ellos. Trabajaremos independientes de ellos y no compartiremos nuestra información. Uno de nuestros hombres va a entrar a trabajar en la plataforma petrolífera. Tenemos que saber cuanto antes si las cargas explosivas las colocó alguien de dentro o no. Chávez, tú te ocuparás de cubrir la frontera del sur de Texas y les dirás a todos que estás buscando a familiares tuyos, ésa será tu coartada cuando te hagan preguntas.

La camarera les llevó el desayuno. Sam esperó hasta que se hubo marchado para seguir hablando.

—Callaway, Pamela y tú trabajaréis conmigo en la zona central de Texas —dijo y vio acercarse a alguien y se puso en pie—. Buenos días, señorita McCall. Me alegro de que se una a nosotros.

Le estrechó la mano y la animó a sentarse con ellos. Clay levantó la vista a regañadientes y la miró. Ella estaba pálida, lo cual era comprensible dadas las circunstancias. A pesar de todo, parecía tranquila y ultra sofisticada.

—Quiero que conozca al resto del equipo. Éstos son Clay Callaway y Joe Chávez.

Caballeros, Pamela McCall.

Clay estaba muy impresionado con ella. Si no la conociera tan bien, no hubiera advertido la leve tensión en su rostro cuando los saludó con un asentimiento de cabeza. Luego se sentó con ellos. Eludió todo el rato la mirada de Clay.

Sam sirvió café en otra taza y se la ofreció a Pam. Ella la agarró y se la llevó a los labios sin levantar la vista de la mesa. La camarera se acercó para tomarle nota.

—Con el café tengo suficiente, gracias —dijo Pam.

Sam fue a decir algo pero sacudió la cabeza. Los tres hombres acabaron rápidamente con sus desayunos mientras Pam tomaba una segunda taza de café.

—Estaba diciéndoles a ellos que tenemos que tener una tapadera sencilla. Clay está de permiso. Yo estoy jubilado y estoy visitando a unos amigos. Joe está buscando a familiares suyos. Me han dicho que usted conoce a la familia Callaway. He pensado que tendría sentido que Clay y usted trabajaran juntos, nadie sospechará de ustedes si parecen una pareja.

Ella carraspeó y evitó la mirada de Clay.

—¿Eso es realmente necesario? Mi trabajo no requiere que esté en contacto con nadie.

Supongo que Clay tendrá que estar más al pie del camino.

—Eso es cierto —respondió Sam—. Pero tendrán que estar en permanente contacto el uno con el otro; si usted estornuda, quiero que él lo sepa. Esta misión nos va a llevar largas horas porque vamos a ser muy minuciosos. Si tiene algún problema en trabajar con Callaway, dígamelo ahora.

Pam lanzó una mirada a Clay. Él le sonrió desafiándola a contarle al coronel su pasado juntos. Él no pensaba mencionárselo.

—Lo que usted decida me parece bien —contestó ella.

—De acuerdo. Esto es lo que necesitáis conocer de mi pasado: soy de Virginia; nos conocimos hace algunos años; me he retirado del servicio activo en el ejército y estoy cuidando la granja familiar; he venido a ver a unos amigos —dijo Sam y miró a Clay—.

Tú te has enterado de que yo estaba en la ciudad y me has invitado a verte, digamos que... para renovar nuestra amistad.

Clay se recostó en el respaldo de su silla y miró a Sam.

—Supongo que eso funcionará —señaló y miró a Pam—. ¿Eso es lo que estamos haciendo nosotros... renovar nuestra amistad?

Pam miró a Carruthers y respondió rápidamente.

—Eso no importa mucho, ¿verdad? Lo realmente importante es llegar al fondo de este asunto lo antes posible y continuar después con nuestras vidas —dijo ella.

—Exacto. ¿Alguna otra pregunta? —dijo Sam y esperó, pero nadie dijo nada—. Entonces es todo por el momento. Chávez, será mejor que te pongas en marcha. Tienes un camino largo por delante. Tienes mi número de teléfono móvil, llámame cuando lo necesites.

—Sí, señor —respondió Chávez poniéndose en pie y marchándose.

A los pocos instantes Katie Henley se detuvo junto a su mesa.

—Clay, me ha parecido que eras tú. ¿Puedo sentarme a desayunar con vosotros?

Aunque me parece que llego tarde...

Clay, sin saber qué decir, miró a Sam y se quedó atónito ante el cambio en su expresión. Sam estaba mirando a Katie como si fuera un ángel. Sam se puso en pie inmediatamente.

—Por favor, únase a nosotros —dijo con una cálida sonrisa.

Clay observó maravillado cómo la sonrisa cambiaba el aspecto de Sam. Le presentó a Katie usando la tapadera de que se habían conocido cuando Sam estaban en el ejército y que en ese momento estaba visitando a unos amigos.

Katie sonrió a Sam.

—Es un placer conocerlo —le dijo y miró a Pam—. Me alegro de verte de nuevo, Pam.

Anoche no logré saludarte. Es fabuloso veros juntos de nuevo.

Sam enarcó una ceja.

—¿De nuevo?

Katie se dio cuenta de que quizá estaba poniendo a alguien en una situación comprometida y se sintió incómoda.

—Pam y Clay crecieron juntos. De hecho, creo que incluso hablaron de casarse, pero entonces eran muy jóvenes, todavía estaban en el instituto. Supongo que la idea no prosperó... —explicó Katie.

Clay agradeció que su prima se contuviera a tiempo antes de que el agujero que estaba cavando para él se lo tragara vivo. Sam lo miró inquisitivamente, pero acudió en su ayuda.

—Si hubiera sabido que Clay tenía una prima tan hermosa como usted, hubiera venido a verlo hace mucho tiempo —comentó con los ojos brillantes.

Clay advirtió que Katie se ruborizaba con el cumplido. Ella

estaba mucho más animada que la noche anterior, se parecía más a la Katie con la que él había crecido.

Le gustaba que conocer a Sam le diera un poco de vida; casi la perdonaba por haber sacado a relucir un tema tan delicado del pasado.

—Es usted muy amable —apuntó ella.

Sam soltó una carcajada.

—¿Amable, yo? Estoy seguro de que Clay no opinaría lo mismo.

Clay recordó situaciones de la instrucción. Desde luego, «amable» no era el mejor adjetivo para describirlo. Como sabía que ya no iban a seguir hablando de la misión con Katie delante, se arriesgó a enfadar a su superior.

—Si me disculpáis, tengo que ocuparme de algunos asuntos antes de marcharme.

Katie rió.

—No permitas que te entretenga, Clay.

—Lo cierto es que yo también tengo que marcharme —intervino Pam y miró a Clay—.

Creo que tenemos que terminar la discusión que empezamos antes, ¿tú no?

—Yo me quedaré aquí acompañándola, si a usted le parece bien —le dijo Sam a Katie—.

No tiene por qué desayunar usted sola.

Katie miró a Pam y a Clay, y luego a Sam.

—Si tenéis que iros, lo entiendo perfectamente —les aseguró.

Sam negó con la cabeza.

—No tengo prisa —dijo y asintió hacia Pam y Clay—. Os veré luego, muchachos, estoy seguro.

En cuanto salieron de la cafetería, Pam se giró hacia Clay.

—¿Has preparado tú esto?

—¿El qué, que Katie apareciera para desayunar?

—No, que Sam nos pusiera juntos para trabajar.

—No te hagas ilusiones. Hasta anoche yo no sabía que trabajas para el Gobierno y menos aún que te habían elegido para esta misión. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para el FBI? —le preguntó mientras se dirigían a los ascensores.

—Cinco años, ¿por qué?

—Por nada en especial. ¿Y antes de eso, qué hacías?

—Formarme. Pasé algún tiempo trabajando al otro lado del Atlántico con una ONG

antes de regresar a Estados Unidos y presentarme al puesto que ocupo ahora.

Entraron en el ascensor.

—¿A qué planta vas? —le preguntó ella.

—A la novena. Tengo que sacar mi maleta de tu habitación.

—Por cierto, ¿qué sucedió con tu cita de anoche? ¿Sabe ella dónde has pasado la noche?

El la miró sin sonreír.

—Luego hablaré con Melanie, no te preocupes por mí.

Ella desvió la mirada sin decir nada. Las puertas del ascensor se abrieron en la novena planta y los dos se encontraron de frente con Melanie Montez.

Sam Carruthers observaba desayunar a Katie Henley mientras se sentía como un tonto ilusionado. El nunca había tenido mucho tiempo para mujeres. A sus cuarenta y dos años, había decidido hacía tiempo que, a su pesar, siempre sería soltero. Lo último que esperaba era que, estando de misión en Texas, se volvería un sensiblero a causa de una sonrisa arrebatadora y unos ojos color miel de lo más expresivos.

Apenas se dio cuenta de que Pam y Clay se marchaban de la cafetería porque Katie reclamaba toda su atención. Ella pidió el desayuno a la camarera y lo miró tímidamente.

—Gracias por dejarme sentarme con ustedes. ¿Está seguro de que no lo entretengo?

—En absoluto —respondió él con una sonrisa—. Dígame, ¿vive usted en Dallas?

—No, en Austin. De hecho, regresaré a casa en cuanto desayune.

Una alarma interior hizo a Sam mirar las manos de ella... y advertir que no llevaba anillo de casada.

—Supongo que una mujer como usted está casada —murmuró él, sintiéndose muy torpe.

La sonrisa de ella se desvaneció y sus ojos perdieron su brillo.

—Lo estuve, Sam. Llevo seis meses divorciada.

El alivio que sintió Sam lo hizo alarmarse aún más. ¿Qué demonios le sucedía?, se preguntó. Acababa de conocer a aquella mujer y ya estaba siendo posesivo con ella.

Se le hizo un nudo en el estómago, casi como cuando iba a saltar en paracaídas. Y eso no era una buena señal.

—Tengo dos hijas de cinco años que me ayudan a centrarme en la vida y a la vez me vuelven loca —continuó ella con una sonrisa —. ¿Usted tiene hijos?

—No, señorita. Nunca me he casado.

Ella ladeó la cabeza y lo miró atentamente.

—¿De veras? ¿Y no echa de menos tener una familia?

—Ya tengo una familia... Yo era el mayor de varios hermanos. Era duro sobrevivir en la granja. Yo hacía todo lo que podía para asegurarme de que teníamos suficiente para comer. Supongo que ninguna mujer querría vivir así si pudiera evitarlo.

Katie fijó la vista en sus manos.

—Supongo que no tiene muy buena opinión de la gente como yo, que nunca hemos tenido que atravesar situaciones como ésa.

El sonrió. Lo divertía la actitud de ella.

—En absoluto. No le deseo ese tipo de vida a nadie.

Sam sabía que debía marcharse, pero necesitaba obtener una señal de que ella quería volver a verlo. Y como no sabía cómo lograrlo, continuó allí sentado mirándola. La camarera llevó el desayuno y Sam le preguntó sobre su vida mientras comía, quería conocerla mejor.

Antes de que se diera cuenta, él también estaba contándole cosas sobre su vida. Ella parecía sinceramente interesada, así que él le contó lo que era ser el mayor de seis hermanos, perder a su padre a los nueve años y hacer todo lo posible para cuidar de su familia.

Lo que no le dijo fue que la principal razón por la que se había alistado en el ejército había sido para mandar dinero a su casa.

Cuando Katie miró su reloj y le dijo la hora que era, Sam se sorprendió de lo rápido que había pasado el tiempo.

—Tengo que marcharme —comentó ella con cierta tristeza, según le pareció a Sam—.

Gracias por acompañarme.

—Permítame que la invite —dijo él agarrando el ticket.

—No tiene por qué hacerlo —dijo ella ruborizándose.

—Quiero hacerlo, Katie. Me gustaría verla de nuevo.

—¿Tiene pensado pasar por Austin?

—De hecho, Clay me ha invitado a pasar un tiempo en los

apartamentos que su familia tiene allí.

Ella sonrió claramente encantada y Sam se puso nervioso.

—En ese caso, tenga mi número de teléfono —dijo ella tendiéndole una tarjeta—.

Llámeme y cenaremos una noche.

Él se la guardó cuidadosamente en un bolsillo, se puso en pie a la vez que ella y le estrechó la mano, haciéndola ruborizarse de nuevo. Para él fue como una descarga eléctrica. No quería despedirse de ella pero debían separarse. La vio salir de la cafetería mientras él se dirigía a pagar los desayunos.

Melanie miró a Pam y Clay salir del ascensor. La sonrisa se desvaneció en su rostro al ver que él no estaba solo.

—Creo que ya entiendo esas supuestas reuniones que no podías perderte, Clay. Lo que no entiendo es por qué te has molestado en invitarme.

—Melanie, tenemos que hablar —comenzó él.

—Sí, eso es lo que has dicho antes. ¿Dónde has pasado la noche, eh?

Clay sabía que parecía culpable, porque era así como se sentía. Necesitaba decir algo que explicara lo que había sucedido y que no empeorara las cosas.

Melanie entró en el ascensor.

—No te preocupes, puedo suponerlo sin mucho esfuerzo.

—¡No! Espera un minuto. Por favor, tenemos que conseguir encontrar un hueco para...

Melanie lo ignoró y miró a Pam.

—¿Estuvo contigo anoche?

Clay gimió sin poder evitarlo. Oyó que Pam respondía afirmativamente.

—Me confundí con el número de la habitación —se apresuró a aclarar él—. No sé cómo ocurrió y lo siento de veras.

—Qué pena... Pero eso me da igual —dijo Melanie y pulsó el botón de bajada.

Las puertas se le cerraron a Clay en las narices. Él se giró hacia Pam.

—Podías haberme ayudado explicándole la situación —le reprochó él.

—Como no sé por qué estabas en mi habitación, me temo que no

puedo inventarme ninguna excusa para ti. Tengo que admitir que lo de confundir los números de la habitación es una historia muy original. Pero ¿que posibilidades hay de que sea real, Clay? —dijo ella—. Creo que harías cualquier cosa para humillarme. No sabía que, después de todos estos años, siguieras teniéndome rencor. Esta misión va a ser muy delicada.

Ella se giró y se encaminó hacia su habitación. Clay dio un paso hacia ella pero se detuvo. Tenía que encontrar a Melanie y explicarle lo sucedido. Llamó al ascensor y bajó al vestíbulo. Suspiró aliviado cuando vio a Melanie esperando en Recepción para pagar el hotel. Se acercó a ella.

—Melanie, por favor, no te vayas así —le dijo en voz baja.

Ella se giró hacia él y lo fulminó con la mirada.

—No sé a qué estás jugando, Clay, pero no me gustan las reglas y no quiero jugar.

Creía que teníamos una amistad que podía ir a más, o nunca te hubiera acompañado aquí. Pero es evidente que la que sentía algo era yo. Así que ¿para qué querías que viniera? ¿Para darle celos a tu novia? —dijo ella y bajó la voz—. Tienes suerte de que estemos en un lugar público. La parte que no me gusta de mi profesión es que mi comportamiento está siempre a examen. Pero si estuviéramos solos, te aseguro que te daría una patada donde más te doliera. Debía de estar loca por creer que podríamos tener más que una aventura ocasional. Maldito seas, anoche te creí cuando me dijiste toda esa basura de que me echabas de menos y que me deseabas...

A Melanie se le rompió la voz mientras buscaba un pañuelo de papel en su bolso.

—No voy a comportarme de nuevo como una estúpida por un hombre —dijo en voz baja como para sí misma mientras se llevaba el pañuelo delicadamente a los ojos.

—¡No lo había planeado, maldita sea! —protestó Clay—. Fue un accidente estúpido.

Cambié de sitio los números de la habitación, eso es todo. ¡Podría haberle sucedido a cualquiera!

Ella levantó la vista y clavó su mirada en él.

—¿Estás diciéndome que no le hiciste el amor?

—¡Creí que eras tú! Por supuesto que... —empezó él pero decidió que era mejor no continuar.

—¿Así que ella era solamente una amiga de la familia, eh? Desde luego eso sí que es ser amigable. Y ahora, si me disculpas, tengo que tomar un avión.

—Déjame que te lleve al aeropuerto al menos.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No me hagas favores.

El la observó mientras se acercaba al mostrador. Él no podía seguir con la discusión sin provocar una escena, y eso era algo que no deseaba. Recordó que su maleta seguía en la habitación de Pam. Le gustara o no, tenía que enfrentarse a ella de nuevo.

Capítulo Cuatro

Pam cerró cuidadosamente la puerta de su habitación y se dejó caer sobre un sofá. Le temblaban las manos y le dolía el estómago de hambre. Debería haberse obligado a desayunar algo en la cafetería, pero casi no había sido capaz ni de beberse el café.

Aún no se había repuesto de la conmoción de descubrir que Clay había pasado la noche con ella, cuando había recibido la llamada de Sam Carruthers pidiéndole que bajara para una reunión. Y lo que menos se esperaba era otra sorpresa tan monumental como que iba a tener que trabajar con Clay.

¿Qué iba a hacer? Se frotó la cara con las manos y suspiró. ¿Qué más podía sucederle?

Para empezar, no le habían dado opción a rechazar esa misión, las órdenes provenían de muy arriba. Ella había creído que la asignaban para esa misión porque conocía a casi todos los implicados. Pero no se le había ocurrido que Clay Callaway formaría parte del equipo.

Y mucho menos se había imaginado que se acostaría con él en su primera noche de regreso en Texas. Ella ni siquiera quería pensar en lo que había sucedido.

Ella había llegado a la fiesta agotada después de tres días de cerrar todos los trabajos previos para poder comenzar la nueva misión. Después de la fiesta, lo único que deseaba era meterse en la cama y dormir profundamente.

No la había sorprendido soñar con Clay. Él aparecía en sus sueños con una regularidad alarmante, sobre todo en los sueños más eróticos. Y desde luego que el sueño de la noche anterior había sido erótico. Pero la horrible verdad que tenía que afrontar era que no había soñado que hacía el amor con él. Después de todos esos años, había vuelto a terminar en brazos de Clay.

Y, como si todo eso no fuera suficiente, había descubierto unos alarmantes celos hacia la cita de Clay. Durante un instante, había sentido alivio de que él no hubiera pasado la noche con la otra mujer. ¿Eso en qué lugar la dejaba a ella? Ella no estaba interesada en Clay, en absoluto. Entonces, ¿por qué le importaba con quién se acostaba él?

Últimamente trabajaba demasiado, se dijo. O quizá estaba volviéndose loca.

El teléfono sonó a su lado. Lo descolgó.

—¿Diga?

—Pamela, soy Cole Callaway. Acabo de hablar con Sam Carruthers. Vuestro centro de operaciones estará en Austin. Ya he avisado para que preparen el avión, viajaréis allí con nosotros. ¿Puedes estar lista al mediodía?

Ella comprobó la hora, aún no eran las diez. Dios santo, todo lo que estaba sucediendo en unas pocas horas... Y el día se presentaba bastante movido también.

—Estaré lista. ¿Quedamos en el vestíbulo?

—Perfecto, en el vestíbulo a las doce.

Pam colgó y se masajeó la frente. Un fuerte dolor de cabeza comenzaba a apoderarse de ella. Agarró el auricular de nuevo y pidió comida al servicio de habitaciones.

Necesitaba conservar las fuerzas. Y también necesitaba pensar en cómo iba a hacer para poder trabajar con Clay todos los días durante lo que durara la misión.

Mientras hacía el equipaje se dedicó a revisar lo que sabía del asunto. Quizá si se concentraba en lo que tenía que hacer, sobreviviera a trabajar con Clay.

El día anterior había conseguido un listado de todos los empleados de las empresas de la familia Callaway y había creado varios grupos, según la procedencia, la edad, la antigüedad en el puesto, la experiencia... Antes o después aparecería algo que no encajaba en ningún perfil. Era un trabajo laborioso y minucioso, tenía que encontrar patrones que otros no hubieran advertido.

Pam estaba en el cuarto de baño recogiendo sus útiles de aseo cuando llamaron a la puerta. Se apresuró a abrirla.

—Gracias por ser tan... —comenzó, pero se detuvo al ver a Clay delante de ella.

—¿Por ser tan qué? ¿Qué ibas a decir, Pam? —preguntó él entrando en la habitación.

—Creía que eras el servicio de habitaciones. Lo estaba esperando.

—¿Y por qué no has desayunado abajo? —inquirió él enarcando una ceja.

Ella le dio la espalda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —replicó ella regresando al dormitorio para terminar la maleta.

—Ya te lo he dicho. He venido a por mi maleta —respondió él sentándose en un sofá—.

Te has asegurado de ponerme en un compromiso, ¿eh?

Ella se detuvo y lo miró.

—¿De qué estás hablando?

—De Melanie.

—¿Cómo? ¿Querías que mintiera por ti? —dijo ella y lo miró con desprecio—. Yo no tengo la culpa de que te presentaras aquí anoche, Clay, y lo sabes.

—¡No te estoy echando la culpa! Pero lo cierto es que estamos aquí por razones profesionales...

—Excepto que es una operación secreta y no puedes revelársela a tu cariñito.

—Maldita sea, Pam, ella no es mi cariñito. Sólo somos amigos.

Pam soltó una carcajada. Aquel hombre era increíble, realmente parecía incomprendido.

—Sí, ya me di cuenta de lo amigos que erais en la fiesta de anoche. ¡Casi le hiciste el amor en la pista de baile!

—¿Y qué? —inquirió él hundiéndose un poco más en el sofá.

Ella hizo un gesto de impotencia.

—¿Por qué estamos teniendo esta conversación? —preguntó elevando la vista al techo.

—Para no hablar de lo que ocurrió anoche —murmuró él en voz baja.

Ella se sentó en el borde de la cama y lo miró. Él le sostuvo la mirada.

Los ojos de Clay, tan negros, siempre le habían encantado. Incluso en aquel momento, con lo irritada y humillada que se sentía, aquellos ojos seguían cautivándola.

—De acuerdo —respondió calmadamente—. Hablemos de ello.

Él se irguió en el sofá y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Antes de nada, te debo una disculpa. Independientemente de cómo terminé aquí, fue culpa mía y lo siento.

¿Qué podía responder ella a eso? ¿Que no había problema, que lo perdonaba? ¿Que por culpa de eso los últimos doce años de su

vida parecían haberse esfumado y volvía a sentirse como una adolescente insegura?, pensó Pam.

Bajó la vista y vio que tenía las manos tan fuertemente entrelazadas que le dolían. Se obligó a soltarse y colocó una mano sobre cada muslo.

—Yo también lo siento —dijo sin levantar la vista.

El silencio se apoderó de la habitación. Por fin, Clay habló:

—Nunca me habría aprovechado de ti conscientemente, Pam, créeme, por favor.

Estaba soñando y, cuando me di cuenta de que no era un sueño, ya era demasiado tarde.

—Además, tú creías que estabas con Melanie —añadió ella sin apartar la vista de sus manos.

—Fue tu nombre el que grité —apuntó él en voz baja.

Ella lo recordaba. Ése era el problema. Recordaba cada detalle demasiado bien. Si estaba tan conmocionada era por lo fácilmente que había aceptado que él apareciera en su sueño... y en su cama.

El carraspeó.

—Tenemos otro posible problema —dijo él y justo en ese momento llamaron a la puerta.

Pam corrió hacia la puerta y comprobó aliviada que esa vez sí era el desayuno.

Decidió ignorar el nudo que tenía en el estómago al tener cerca a Clay. No podía permitir que volviera a sucederle lo mismo que en la cafetería o se moriría de hambre en la misión.

Cuando terminó lo que había pedido, se sintió mejor, más capaz de manejar la situación. Hasta que Clay habló.

—¿Estás usando algún tipo de anticonceptivo? Porque si no es así, podríamos tener más problemas que el de trabajar juntos.

Bueno, al menos eso indicaba que él tenía tan pocas ganas de estar con ella como ella de estar con él. No estaba segura de por qué, pero le dolía.

—No, Clay, no tengo ninguna razón para usar métodos anticonceptivos.

Él se frotó la cara con las manos y se encogió de hombros.

—Creía que... bueno, que si sales con alguien, tú... —comenzó pero se detuvo al mirarla a la cara.

Ella estaba tan furiosa que no lograba encontrar las palabras

para responderle.

—Para tu información, no me acuesto con todos los hombres con los que salgo, Clay

—le espetó apretando los dientes.

—No quería que sonara así —se disculpó él—. Sólo había supuesto que estás saliendo con el hombre que estaba contigo anoche.

¿Se refería a Adam? ¿Clay creía que entre Adam y ella había algo? Bueno, ¿por qué no?

—No voy a discutir mi relación con Adam contigo, Clay.

Clay suspiró.

—Sé que no estoy manejando este asunto nada bien —dijo.

«En eso sí que estamos de acuerdo», se dijo ella.

—El asunto es que podrías estar embarazada —insistió él.

«Por favor, eso no. No quiero entrar en ese tema», pensó Pam. Y de pronto pensó en la imagen de un avestruz con la cabeza enterrada en la arena. Se masajeó las sienes.

El dolor de cabeza se había vuelto más intenso. Respiró hondo varias veces y por fin miró a Clay.

—Hay alguna posibilidad, es cierto.

Él la contempló como queriendo leer algo en su rostro. Pam se obligó a mantener la calma. El se acercó y se sentó frente a ella.

—Necesitamos un plan, por si acaso.

Pam miró la hora y sintió alivio al comprobar que era casi mediodía.

—Cierto, pero no necesitamos diseñar el plan en este momento. Tu tío nos espera en el vestíbulo en unos minutos —dijo, y se dirigió al cuarto de baño.

Cerró la puerta y se apoyó contra ella temblando. Un bebé. Podía estar embarazada de Clay.

Qué ironía: había sido el temor a que ella se quedara embarazada lo que había hecho que su padre insistiera en que se casara con Clay doce años atrás.

Se llevó la mano al vientre y se preguntó cómo cambiaría su vida un embarazo no planificado en aquel momento de su vida; ella ya no era una adolescente…

Cerró los ojos. En toda su vida sólo había deseado tener hijos de un hombre: Clay Callaway. Y existía la posibilidad de que eso

ocurriera.

Cuando Pam salió del cuarto de baño, Clay había terminado de hacer las maletas y la estaba esperando para marcharse.

—¿No te olvidas nada?

Ella negó con la cabeza y él agarró todas las maletas. Cuando llegaron al vestíbulo, todo el clan parecía haberse congregado allí. Clay se acercó a sus padres y Pam se detuvo junto a Sam Carruthers, que estaba hablando con Katie Henley. Pam los miró sorprendida. Ella apenas conocía al hombre, pero era evidente que se sentía muy atraído hacia Katie.

—Carina y Cody van a llevar a algunos al aeropuerto. En cuanto Allison venga, saldremos nosotros —dijo Cole acercándose a Pam y se le iluminó la cara al ver aproximarse a su esposa.

Pam experimentó un sentimiento de envidia y pérdida, a ella nadie la había mirado nunca así. Ella siempre había estado al margen de las familias, deseando tener su propia familia.

Pam sabía que ninguno de los Callaway lo comprendería. Para ellos eran normales los fuertes lazos familiares que tenían. Y ella había destruido cualquier oportunidad de formar parte de aquella familia cuando había plantado a Clay la noche antes de la boda.

Ella se había negado a que el pasado le estorbara, hasta entonces. En aquel momento se sentía muy vulnerable y muy insegura.

Carina la tomó de la mano.

—Ha sido muy emocionante volver a verte, Pam. Clay me ha dicho que vas a trabajar con él —le dijo y le apretó suavemente la mano—. Siempre he creído que estabais hechos el uno para el otro, sólo que no había llegado vuestro momento.

Pam advirtió horrorizada que los ojos se le inundaban de lágrimas e intentó controlarlas.

—Yo también me alegro de verte. Por favor, no creas que porque estamos trabajando juntos, Clay y yo vamos a... —empezó pero no supo cómo seguir. «¿A ser amigos, amantes, una pareja...?».

—Doce años es mucho tiempo —comentó Carina con una sonrisa—. Los dos habéis desarrollado unas carreras muy emocionantes. Habéis tenido la oportunidad de haceros un espacio. Ya es hora de que hagáis las paces.

—Yo ya me quedé en paz con mi decisión hace mucho tiempo,

mamá C. Y si tuviera la oportunidad, seguiría sin cambiarlo. Nunca esperé que Clay me comprendiera ni me perdonara.

Cody se acercó a ellos.

—¿Qué tal si haces el trayecto al aeropuerto con nosotros, Pam? Cameron y Janine llevarán al resto.

Pam miró a Clay, que estaba detrás de sus padres. Su expresión era impenetrable.

Pam sonrió a Cody.

—Gracias, será un placer —dijo.

Mientras llegaban al coche, Pam estuvo a punto de reírse de lo absurdo de la situación. La risa sería mucho mejor que las lágrimas que latían bajo la superficie.

Capítulo Cinco

Clay ayudó al piloto a subir el equipaje, dio otro abrazo a su madre e hizo todo lo posible para retrasar el subirse al avión. Pero al final no tuvo más remedio que subir.

No lo sorprendió que todo el mundo hubiera elegido ya asiento. Sus tíos iban juntos y Sam se había sentado junto a Katie. Clay podía ser educado y sentarse junto a Pam o ser un antisocial y ocupar el asiento al final del avión. El hecho de que le costara tanto decidirse indicaba lo confuso que estaba.

Encontrarse de nuevo con Pam ya era malo y además, cuanto más tiempo pasaba junto a ella, más agitado se sentía.

—Siéntate de una vez, ¿quieres? —le dijo Cole.

Clay asintió y se sentó junto a Pam.

Ella se inclinó hacia él.

—Si no te conociera, diría que odias volar tanto como yo —le susurró.

El la miró sorprendido.

—¿Y tú qué tienes en contra de volar?

Ella cerró los ojos mientras el avión enfilaba la pista y despegaba. Cuando él ya no esperaba que le contestara, ella habló:

—Claustrofobia —respondió.

Clay sonrió. Acababa de descubrir algo nuevo de Pam. Aunque eso no era importante, por supuesto.

—¿Sabes dónde vamos a alojarnos? —le preguntó ella al cabo de un rato.

—En el bloque de apartamentos que la familia tiene en Austin. Cole tiene el apartamento más grande. Seguramente será nuestra base de operaciones. En cuanto tengamos alguna pista, yo me lanzaré a comprobarlas in situ mientras Sam y tú recopiláis datos.

—¿Y cómo vamos a movernos?

—Mi padre va a llevarme mi camioneta mañana. Y creo que Cole va a dejarle uno de sus coches a Sam.

—¿Y yo?

—Si necesitas ir a alguna parte, lo harás conmigo.

—¿De quién ha sido esa idea? —preguntó ella poniendo los ojos en blanco, indignada.

—Mía no, desde luego —respondió él con firmeza—. Hace tiempo que dejaste muy clara tu opinión sobre mí.

—No lo hice. Lo que te dije fue que no podía casarme contigo.

Él se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Es cierto, se me había olvidado. Según recuerdo, no te importaba tener sexo conmigo, pero para ti no era más que una diversión fugaz.

Ella se le quedó mirando unos instantes y luego se giró para comprobar si alguien los había oído. Pero con el ruido del avión y sus propias conversaciones, los otros no les prestaban atención.

—Te estás comportando de forma odiosa.

El se recostó en el respaldo de su asiento y cerró los ojos.

—Ya ves, es uno de mis múltiples encantos.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto privado cerca de Austin, lo único que Clay deseaba era instalarse en el apartamento y comenzar su misión. Al bajar del avión vio dos coches esperándolos.

—¿De quién es ése? —le preguntó a Cole señalando un deportivo.

Cole sonrió.

—Es mío. He pensado que a Sam le gustaría usarlo mientras está aquí. Los apartamentos no están lejos, Pam y tú podéis ir hasta allí en el coche. Cody va a llevarte mañana una furgoneta, ¿no?

Clay asintió ausente mientras estudiaba el coche. La única forma de que Pam y él cupieran en el coche era si ella se sentaba en su regazo.

Si no los conociera, Clay juraría que había una conspiración familiar en marcha.

Sam se despidió de Katie y Cole se acercó a él y le dio las llaves. Sam observó el deportivo en silencio.

—Qué interesante —comentó.

—A los Callaway nos gusta lo inesperado —señaló Clay sonriendo.

Sam lo miró pensativo.

—Gracias por la advertencia —dijo y cargó las maletas en el coche.

Pam los siguió. De pronto se detuvo atónita.

—No hay asiento trasero —señaló.

—No —respondió Sam—. No te importa compartirlo con Clay,

¿verdad?

Clay esperaba que ella protestara. La vio debatirse, pero al final se encogió de hombros sin decir nada y se dirigió al asiento del copiloto. Clay se sentó primero y ella después encima de él.

—¿Esto no es ilegal? —preguntó ella con una evidente irritación.

—Sin duda —respondió Clay, incómodo al sentir las suaves curvas contra su cuerpo—.

Pero no vamos muy lejos.

Al menos, el hecho de que a ella también la incomodara la situación tranquilizó un poco a Clay.

El apartamento estaba al oeste de la ciudad y tenía vistas al lago Austin. Era un vecindario tranquilo, apartado de las calles principales de la ciudad.

—Qué bonito —comentó Sam aparcando el coche en el garaje subterráneo.

—Sí —contestó Clay—. Lo construyó una de las empresas de la familia.

—¿Cómo se siente uno al formar parte de una familia como los Callaway? —le preguntó Sam camino del ascensor con las maletas.

Clay vio que Pam se había quedado junto al coche y respiraba para tranquilizarse.

—Es una pregunta difícil —respondió Clay girándose de nuevo hacia Sam—. No tengo nada con qué compararlo. Mi familia está muy unida: se visitan los unos a los otros a menudo, trabajan juntos, van de compras juntos, se cuidan los hijos unos a otros...

—¿Por qué tú no te metiste en uno de los negocios familiares? —inquirió Sam.

Pam por fin se unió a ellos; parecía perdida en sus pensamientos. El ascensor abrió sus puertas. Entraron y Clay apretó el botón del piso superior.

—Soy demasiado inquieto como para pasarme el día encerrado en una oficina. Mi madre dice que soy igual que mi padre. Él dirigió el rancho familiar al sur de San Antonio durante años. Yo lo considero un cumplido.

Llegaron a la planta superior. Pam salió y miró alrededor sin hacer comentarios. Sam la siguió.

—Y lo es. Envidio la relación que tienes con tus padres. Yo nunca tuve algo así. Estaba demasiado ocupado cuidando de mi

madre y de mis hermanos como para pensar en cómo sería que alguien cuidara de mí —dijo Sam.

Clay se detuvo en la puerta del apartamento.

—Este es. La llave tiene que estar con el juego que le ha dado Cole —le dijo a Sam.

Sam buscó la llave, abrió la puerta y dejó pasar a Pam. Luego entró él y por último Clay. El sabía que el apartamento producía una honda impresión en quien lo visitaba por primera vez. Su tía Allison había desplegado todo su talento para decorarlo, incluso con esculturas suyas. Las habitaciones eran muy amplias y, como era el ático, los techos eran muy altos.

—No puedo creerlo —comentó Sam maravillado—. ¿Es muy grande?

Clay sonrió.

—No sé cuántos metros cuadrados tiene, pero tiene cuatro habitaciones, cinco cuartos de baño, un comedor y una cocina —respondió y miró a Pam, que estaba junto a la ventana—. No has dicho nada, Pam. ¿Crees que estarás cómoda aquí?

Ella miró alrededor.

—¿Quién no lo estaría?

—Creciste en lugares así, como si esto fuera lo normal —señaló Sam—. No sabes lo afortunado que eres.

—Con todo el respeto, coronel, yo me crié en un rancho, nunca fui un niño mimado.

Ninguno de mis hermanos lo fuimos. Usted, mejor que nadie, sabe el entrenamiento al que me he sometido desde que entré en el ejército. Y sí, soy plenamente consciente de lo afortunado que soy. Pero no porque mi familia tenga habilidad para hacer dinero, sino porque tengo una familia que me quiere y que está siempre a mi lado pase lo que pase. Mi familia es lo más importante en mi vida.

—Admito la corrección —contestó Sam con una sonrisa—. Tienes razón. Estaba sacando conclusiones basándome en lo que veo. Pero yo ayudé a entrenarte, sé por lo que has pasado. Un niño mimado nunca hubiera sobrevivido.

Sam entró en el comedor y dejó su maletín sobre la mesa.

—Éste será nuestro centro de trabajo —anunció sacando su ordenador portátil y una pila de archivos.

—¿Quiere asignar las habitaciones? —le preguntó Clay.

Sam lo miró con incredulidad.

—¿Disculpa? Dentro de nuestro grupo no usamos el trato militar. Escoge la habitación que quieras —contestó sentándose y encendiendo su ordenador.

Definitivamente, el efecto calmante que Katie había tenido sobre el coronel había desaparecido, pensó Clay mientras se encogía de hombros. Agarró su maleta y se dirigió a la primera habitación que encontró. Dejó la maleta sobre la cama y se giró.

Pam estaba en la puerta.

—El coronel no parece estar de muy buen humor —comentó ella en voz baja.

—Al contrario, ahora está de buen humor. Será mejor que te acostumbres. ¿Has elegido ya habitación? La principal está al final del pasillo.

—Ésa no la quiero —respondió ella—. De hecho, una de las otras habitaciones está dispuesta como estudio, justo lo que necesito. Y tiene un sofá—cama, que para mí es suficiente.

—¡Callaway! —llamó Sam—. Necesito que me expliques este mapa.

—¡Sí, señor! —respondió Clay y miró a Pam—. Espero que estés lista para comenzar el día.

—¿A las cuatro de la tarde? —preguntó ella.

Él asintió y se dirigió hacia el comedor.

—El coronel no se irá a dormir hasta después de medianoche. Es un ave nocturna.

Ella se irguió.

—Cuanto antes empecemos, antes podremos irnos de aquí —apuntó ella y se marchó por el pasillo con su maleta.

Clay se obligó a apartar la mirada de ella. Pam ya no significaba nada para él, tenía que dejar de estar pendiente de cada uno de sus movimientos. Tenía cosas más importantes que hacer.

Y en aquel momento, tenía que responder a la llamada de un oficial superior.

Capítulo Seis

Sam se restregó la cara con las manos agotado. Llevaba tres días trabajando muy duro, igual que su equipo. Miró la hora: eran más de las ocho de la tarde.

Pamela estaba trabajando en su habitación. Sam llevaba todo el día revisando informes de la Agencia Antidroga. Se habían tomado un breve descanso para comer y luego cada uno había regresado a su trabajo.

Clay había salido de madrugada para comprobar las empresas del este de Texas.

Pam le había dado una lista del personal. Clay estaba demostrando que tenía habilidad para el trabajo de campo. Como se parecía más a los Ramírez, la familia de su madre, que a los Callaway, Clay se movía con otra identidad para curiosear donde le correspondía. Había prometido que no levantaría sospechas entre los distintos brazos del Gobierno que investigaban por su cuenta las explosiones. Sam esperaba que eso fuera cierto. Además, lo había preocupado descubrir que Pamela y Clay habían sido pareja hacía tiempo. Clay le había asegurado rotundamente que eso no lo distraería para la misión. Sam había aceptado su afirmación, ya que él mismo se debatía internamente porque no lograba sacarse a Katie Henley de la cabeza.

La había visto el domingo por última vez y ya era martes. No había dejado de pensar en ella, pero se felicitaba por no haberla llamado aún, lo que indicaba que tenía un serio problema.

Estaba comportándose de forma completamente atípica en él y lo sabía. Hacía mucho tiempo que él había renunciado a tener una relación estable. Estaba contento con su vida. Entonces, ¿por qué lo perseguía el recuerdo de Katie? Esa noche incluso había soñado con ella.

Sam buscó en su bolsillo y sacó el número de teléfono que ella le había dado. Podía llamarla en ese momento, no era demasiado de noche. Seguramente ella se preguntaría por qué la llamaba, pero después de todo había sido ella quien lo había animado a hacerlo. Además, él no quería irse a dormir sin haber hablado con ella. No había nada de malo en saludarla un momento.

Sam fue a su dormitorio, que tampoco era el principal, se sentó en la cama y marcó el número. El teléfono sonó varias veces. Seguramente ella no estaba en casa. Una mujer como Katie sin duda tendría una agitada vida social. Alguien descolgó el teléfono.

—¿Diga? —respondió una voz infantil.

Él sonrió.

—Hola. ¿Está tu madre?

—Sí, pero ahora no puede ponerse al teléfono. ¿Quién la llama?

Sam se dijo que su desilusión estaba fuera de lugar. ¿Qué esperaba que sucediera?

—Dile que la ha llamado Sam, ¿de acuerdo?

—¡Mamá! —gritó la niña al otro lado—. Es Sam y dice que te diga que ha llamado.

Sam oyó voces al otro extremo y luego la pequeña habló de nuevo.

—Dice que si puede llamarte luego porque está cortándole el pelo a Amber porque Amber se lo ha manchado con chicle —dijo la niña con evidente asco.

—Me parece bien. Recuérdale que estoy en los apartamentos de su padre en Austin.

—¿Estás en Austin? Qué guay. Estás cerca de nosotras, vivimos en Lakeway. ¿Sabes dónde está?

—Me temo que no. Estoy de visita y es la primera vez que vengo por aquí.

—¿Tienes hijos?

—No, no estoy casado.

—Mi mamá tampoco está casada pero tiene dos hijas. A nuestro padre no le gustamos, nunca viene a vernos a Amber ni a mí.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Trisha.

—Es un nombre muy bonito.

La niña le dijo algo a alguien al otro lado pero Sam no entendió el qué.

—¿Sam? —contestó Katie al teléfono sin aliento.

—Hola, Katie. Siento haberte llamado en mal momento.

Ella soltó una deliciosa carcajada.

—¡Si tú supieras, Sam! ¡El ritmo por aquí siempre es frenético!

—¿Prefieres llamarme tú más tarde?

—Sí, eso sería fabuloso. Te llamo en cuanto acueste a las niñas. Mientras tanto, vete pensando en venir a cenar mañana. Siempre que no tengas ningún otro plan, claro está.

—Suena fantástico. Ya me dirás cómo llego hasta tu casa y a qué hora.

—Gracias por llamar, Sam. No te haces idea de lo mucho que me anima saber de ti.

—El placer es mío, créeme —dijo él y colgó.

Había un espejo al otro lado de la habitación. Sam se vio sonriendo como un idiota; además, tenía el corazón acelerado. Sacudió la cabeza exasperado y regresó al comedor. Pam lo estaba esperando.

—Aquí tienes información que deberías pasarle a Joe —comentó ella tendiéndole varias páginas—. Algunos de los trabajadores de la fábrica de la frontera tienen alias. Quizá no signifique nada, pero supongo que debemos comprobarlo.

Sam asintió.

—Le he dado una lista similar a Clay esta mañana con el personal del almacén

—continuó ella—. Había un par de asuntos cuestionables en las referencias de un hombre y él tendrá que comprobarlas.

—Gracias. Estás haciendo un trabajo excelente.

Pam sonrió.

—No hay de qué. De hecho, me está gustando. Aquí nadie interrumpe, no suenan los teléfonos... al menos, no para mí.

—Ya que lo mencionas, estoy esperando una llamada dentro de poco. Mañana por la noche saldré un rato. ¿Estarás bien aquí sola?

—Clay me ha dejado su camioneta. Dice que es muy fácil de reconocer, así que ha alquilado un coche. Estaré bien.

Sam asintió. Miró las pilas de papeles sobre la mesa.

—Encontraremos algo entre todo esto.

—O nos dejaremos los ojos intentándolo —añadió ella con una sonrisa—. Creo que me voy a tomar la noche libre. Mañana seguiremos buscando.

Pam se dio media vuelta y salió del comedor. Era una mujer encantadora, pensó Sam. Si había estado prometida con Callaway en algún momento, debía de ser difícil para él tener que estar a su lado de nuevo.

Sam sentía curiosidad de por qué Cole Callaway había insistido tanto en que ella formara parte del equipo. Por supuesto que ella era muy buena en su trabajo, pero había algo más. Cole Callaway no había llegado donde estaba por casualidad, así que debía de saber que Pam y Clay trabajarían bien juntos. ¿Qué más razones tenía Cole para querer que coincidieran?

A las cinco de la tarde del día siguiente, Sam detuvo el coche frente a la casa de Katie en Lakeway. Ella le había dado las indicaciones la noche anterior por teléfono y él había encontrado el lugar fácilmente.

La casa estaba en una colina y recordaba a la época de las plantaciones.

Sam llamó al timbre. Al poco rato, dos voces agudas gritaron casi al unísono:

—¡Abro yo!

Se oyeron carreras en el interior de la casa y por fin la puerta se abrió y aparecieron dos niñas pelirrojas, una con el pelo considerablemente más corto que la otra.

—¡Hola, tú debes de ser Sam! —dijo la niña del pelo más largo —. Hablamos anoche por teléfono.

—Hola Trisha, me alegro de conocerte —dijo él y se dirigió hacia la otra niña—. Y tú debes de ser Amber, ¿no?

—Supongo —contestó ella sin gran emoción—. No me gusta ese nombre. Ojalá me hubieran llamado Scarlett.

—Como Scarlett O'Hara —explicó Trisha.

Sam no supo qué decir. El no se relacionaba con niños desde que él mismo era pequeño. Y nunca había conocido a niñas pequeñas tan despiertas.

Él oyó un ruido y levantó la vista a tiempo para ver a Katie aparecer tras la esquina del pasillo y dirigirse hacia él.

—¿Pensáis dejar a nuestro invitado en el porche toda la noche? —preguntó ella sonriendo a Sam como compartiendo la broma con él.

Tiempo después, él recordaría la escena y sabría que en ese momento se había enamorado por primera vez en su vida.

—¿Te ha costado mucho encontrarnos? —le preguntó Katie mientras cada niña lo tomaba de una mano y lo hacía entrar en casa.

Él estuvo tentado de responder que sí, que llevaba años buscando una mujer como ella, pero no era eso a lo que ella se refería... y él tampoco quería desvelar demasiado.

—Me diste muy bien las indicaciones para llegar —respondió él sabiendo que estaba sonriendo como un estúpido, pero no le importó.

—Parece que ya conoces a Trisha y a Amber —continuó Katie.

—Es un placer conocerlas —respondió él mientras las gemelas lo llevaban hasta lo que parecía el centro de la casa, una habitación con un televisor, un piano, una chimenea, y sofás y sillas de aspecto cómodo. Varios ventanales daban al jardín trasero, que tenía una piscina y una pista de tenis.

—Qué sitio tan agradable —comentó él, recordándose que ella era una Callaway.

—A mí me gusta mucho. Era de mis padres. Lo construyeron cuando yo era pequeña, antes de que mis hermanos gemelos nacieran. Cuando hablaron de venderla, yo pedí quedármela. Mi madre quería algo con menos escaleras, pero yo necesito hacer ejercicio.

Las niñas, que hasta entonces no se habían despegado de Sam, le soltaron las manos y salieron corriendo hacia el jardín.

—Menuda energía —señaló Sam, después de que la puerta se cerrara de un portazo.

Katie sonrió mientras las veía jugar con un perro.

—Sí. Me alegro de que se tengan la una a la otra —dijo y miró a Sam—. Cuando yo era pequeña echaba de menos alguien con quien jugar. Tenía a los gemelos, pero no era lo mismo. Ellos se tenían el uno al otro, no necesitaban a nadie más.

Él se imaginó unos instantes cómo debía de haber sido ella de pequeña: con tanta energía como sus hijas, pero estando sola. Impulsivamente, Sam se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Gracias por haberme invitado esta noche. Me siento como un vagabundo sinvergüenza, incapaz de decir que no a una comida casera.

Ella rió y le apretó suavemente la mano.

—No seas tonto. Me alegra mucho saber que estás en Austin. Y espero verte alguna vez más antes de que regreses a tu casa.

El le había contado la tapadera porque era necesario. En una

misión como aquélla, todo el mundo debía saber lo estrictamente necesario. Él nunca había tenido problemas con esa restricción. Pero en aquel momento deseó poder hablarle a aquella mujer de su carrera militar, de la soledad y de lo bien que comprendía cómo se sentía ella.

—Soy tan mala anfitriona como las niñas —se disculpó Katie—. Te tengo aquí de pie en lugar de ofrecerte algo de beber y un lugar para que descanses. ¿Quieres una copa?

—Soy hombre de bourbon, si tienes. Con hielo, por favor.

—Por fin encuentro a alguien como yo —comentó ella alegremente dirigiéndose al bar—Tengo una teoría acerca de la gente que prefiere el bourbon al whisky escocés.

—¿Ah, sí?

Ella lo miro con los ojos brillantes.

—Pero tengo que conocerte mejor para contarte mis teorías.

—Eso puede solucionarse.

Ella se ruborizó, lo que a él le encantó. No era tan descarada como parecía por sus bromas. Katie le entregó su copa y se sirvió un vaso de vino tinto. Sam esperó a que Katie se sentara y luego se acomodó en una silla frente a ella. Katie dio un sorbo a su copa y lo miró. Seguía con las mejillas encendidas y apartó la mirada al comprobar que él no le quitaba los ojos de encima.

—He pensado que podíamos cenar en el patio, si te parece bien —comentó casi sin aliento.

—Suena fabuloso.

—Debería haberte dicho que te trajeras un bañador. Podrías haberte dado un baño en la piscina.

—Ya lo haré la próxima vez, si logro que vuelvas a invitarme.

—¡Por supuesto que sí! Quiero decir, me encantaría tenerte... —dijo Katie y se detuvo, respiró hondo y suspiró—. Hace tanto tiempo que no me divierto, que me siento muy torpe.

—Quizá la próxima vez me permitas que os lleve a ti y a las niñas a cenar fuera. Tú decide el sitio y ya está.

—Hay un lugar fabuloso en el lago, desde donde se contempla la puesta de sol mientras se cena. Es muy popular entre los que visitan la zona.

El sonrió.

—Vayamos mañana por la noche.

A ella se le iluminó el rostro.

—¿En serio? Quiero decir, ¿tan pronto? Estoy segura de que tienes muchas cosas que hacer... —dijo, y dejó la frase en el aire como si no estuviera segura de sí misma.

—Estaré por aquí un tiempo, pero no sé exactamente cuánto. Así que no quiero perderme ni una oportunidad de pasar tiempo contigo.

Katie se concentró en su copa como buscando las palabras.

—Eres muy bueno para mi ego, Sam —murmuró por fin, sin levantar la vista—. Me temo que este último año se ha llevado una buena paliza.

Su ex marido obviamente era un idiota por dejarla marchar y un imbécil por hacerla sentirse tan insegura. Sam se prometió a sí mismo que, durante el tiempo que él estuviera en Texas, haría todo lo posible por mantener el brillo en aquellos ojos y por hacerla sonreír lo más posible.

La cena había terminado hacía varias horas. Sam estaba en el patio mientras Katie acostaba a las niñas. Comprobó la hora y se sorprendió maravillado al ver que eran casi las diez de la noche, ¡llevaba allí casi cinco horas!

Las niñas lo habían entretenido durante la cena contándole sus aventuras. Eran un par de diablillos que parecían muy equilibradas, teniendo en cuenta por lo que su familia había atravesado en los últimos meses.

Recordó lo que Trisha le había dicho por teléfono la noche anterior: ella creía que su padre no las quería porque nunca iba a visitarlas. A Sam le había dolido mucho oír aquello, en parte por la naturalidad con que ella lo había dicho, como si lo tuviera asumido.

En cuanto Katie regresara, él se despediría por esa noche. Oyó que la puerta de la casa se cerraba cuidadosamente tras él.

—Siento haber tardado tanto —dijo Katie—. Como siempre, tenían miles de preguntas y de historias que contar. Lo que sea con tal de acostarse más tarde.

En cuanto la oyó entrar, Sam se puso en pie y se giró hacia ella. Estaban en semioscuridad, iluminados sólo por la luz que salía de la casa. Vio la silueta de ella acercarse hacia él. Quiso decir algo ingenioso, pero había perdido la capacidad de hablar. En lugar de eso, la atrajo hacia sí y la abrazó cuidadosamente, como si ella

fuera un regalo precioso que necesitara un trato especial.

Con una dulce inocencia que lo emocionó, ella elevó el rostro hacia él y cerró los ojos en un gesto de completa confianza.

Sam advirtió que estaba temblando por el esfuerzo de no subirla en brazos y tumbarla en un diván cercano, donde lentamente la recorrería y acariciaría desde la coronilla hasta los dedos de los pies.

En lugar de eso, la besó con cautela. Pero eso duró poco. Al saborearla fugazmente sintió una acuciante necesidad de más. La besó más profundamente y le encantó que ella suspirara y le rodeara el cuello con los brazos, apretando sus senos contra él y disparando su erección.

Ella entreabrió los labios y él aceptó la invitación de explorar, saborear y disfrutar.

Deslizó una mano bajo uno de los senos de ella y sintió su peso, mientras se esforzaba por controlar el deseo que se estaba apoderando de él.

A lo lejos sonó el timbre de la puerta. Él se separó a regañadientes de ella.

—Tienes compañía —murmuró con ironía.

Katie abrió los ojos lentamente. Parpadeó y entonces fue cuando pareció comprender las palabras de él y salió corriendo hacia la puerta. Como él iba a marcharse, la siguió. Le había encantado la mirada de ella cuando se habían separado: sus mejillas sonrosadas, sus labios ligeramente hinchados y húmedos, sus ojos medio adormilados...

Maldición. Tenía que lograr apartar esos pensamientos de su cabeza. No había necesidad de que quien hubiera llamado supiera en qué condición estaba él.

Miró el reloj: eran las once de la noche. Y entonces oyó voces: una era de Katie, que sonaba crispada, y la otra era grave, de hombre. Sam oyó que el hombre decía:

—No intentes convencerme, Kathleen. He sido tu marido, por si no lo recuerdas.

Conozco cómo eres después de haber hecho el amor. Lo único que quiero saber es a quién tienes metido en tu cama últimamente.

Sam llegó al vestíbulo y se acercó a la pareja, que estaba en la puerta de la calle. Era evidente que Katie no quería que el hombre

entrara. Si, por lo que él había entendido de la conversación, el hombre era su ex marido, Sam comprendía lo avergonzada que ella debía de sentirse.

Ninguno de los dos había advertido su presencia en el vestíbulo. Eso le dio la oportunidad a Sam de analizar al otro hombre. Tenía que admitir que era increíblemente guapo. Parecía una estrella de cine con su pelo rubio y ondulado.

Medía más de un metro ochenta, algo más que Sam. Llevaba un traje a medida que resaltaba sus anchos hombros y su estrecha cintura. Comparado con aquel ejemplar, Sam se sintió un adefesio.

Sam carraspeó y los otros dos se giraron hacia él. Katie parecía a punto de llorar, lo que enfureció a Sam. Ella había estado tan relajada y contenta toda la noche... A él no le gustaba verla triste. Sam se acercó al hombre y extendió la mano.

—Creo que no nos conocemos. Soy Sam Carruthers —dijo lo más amablemente que pudo, dadas las circunstancias.

El hombre activó todo su encanto. Sonrió mostrando unos dientes perfectos, obra de un buen y caro dentista.

—Arthur Henley —respondió el hombre estrechando la mano de Sam en una infantil prueba de fuerza.

Sam se negó a entrar en ese juego.

—¿Ha venido a ver a sus hijas? —preguntó Sam con una leve sonrisa, miró su reloj y luego a Katie—. Gracias de nuevo por haberse apiadado de este viejo compañero de Clay del ejército, señora Henley. He disfrutado mucho con usted y con sus hijas.

Henley lo miró alarmado.

—¿Está usted en el ejército?

Sam sonrió.

—Lo estuve, en el de tierra, pero ya no. Ahí fue donde Clay y yo nos conocimos hace años. Él no paraba de hablar de Texas, así que decidí venir de vacaciones y comprobar lo que él tanto ensalzaba.

—Vosotros los de tierra nunca me gustasteis. Yo estuve en los Marines. Allí recibí mi entrenamiento como SEAL, pero me harté de aquel sinsentido y me salí del ejército.

Lo mejor que he hecho en mi vida fue regresar a la vida de civil.

—¿Usted era un SEAL? —preguntó Sam, poniéndose en alerta.

—Hice parte del entrenamiento, pero nunca lo terminé. Aprendí lo suficiente como para saber que no quería formar parte del

sistema militar. ¿Y cuál era tu rango?

—Teniente —respondió Sam sin darle importancia, omitiendo el resto de su rango.

—Se me había olvidado que el primo de Katie seguía sirviendo al viejo tío Sam —dijo el hombre y miró a Katie.

Sam también la miró. Ella estaba pálida y parecía cansada. Sam le agarró la mano y la apretó suavemente.

—Gracias de nuevo. Le daré recuerdos a Clay de su parte.

—Sí, por favor —dijo ella con una ligera sonrisa.

Arthur abrió la puerta de la casa y lo despidió con la mano.

—Ha sido un placer conocerte —exclamó.

Sam no podía ser tan hipócrita. Lo saludó secamente con la mano y se dirigió a su coche. Arthur tenía un BMW descapotable, reluciente. Sam agradeció el coche que le habían prestado, menos resplandeciente pero igual de caro.

Así que Arthur Henley había sido entrenado para ser un SEAL… Sam revisaría los archivos del ejército en cuanto estuviera en el apartamento.

Capítulo Siete

Pam entró en la cocina pasadas las diez de la noche y decidió preparase un café.

Estaba cansada pero contenta. De los informes que había estudiado, comenzaba a extraer unas pautas. Se las comentaría a Sam por la mañana. Hasta entonces, disfrutaría de un café descafeinado, un baño caliente y un sueño reparador.

Oyó que abrían la puerta de la calle y gritó:

—Estoy en la cocina. Llegas justo a tiempo para tomar una taza de café conmigo.

Preparó dos tazas de café y añadió:

—¿Qué tal ha ido la cena?

—Aún no he cenado —respondió Clay llegando a la cocina.

Pam se giró rápidamente, sorprendida y abrumada.

—¡Clay! No te esperaba tan pronto.

Él parecía agotado. Por un instante, ella sintió un poderoso deseo de acercarse a él y masajearle los hombros, lo que indicaba lo cansada que debía de estar: sus defensas contra aquel hombre estaban debilitándose.

—¿Hay algo de comer? —preguntó él abriendo la nevera.

Sacó unos trozos de pizza y los metió en el microondas.

—¿Cómo es que has regresado tan temprano? —le preguntó ella.

—He encontrado lo que estaba buscando. El almacén tenía pocos empleados. Dos de ellos llevaban poco tiempo trabajando allí cuando se produjo la explosión y se marcharon una semana después. Sus referencias no son ciertas: las direcciones son falsas, los supuestos familiares no los conocen… Así que, como verás, tenemos un par de sospechosos a los que investigar.

El timbre del microondas sonó. Clay sacó la pizza, agarró la taza de café y se sentó a la mesa de la cocina. Pam se quedó conde estaba, como si poner distancia entre ellos la protegiera de la poderosa atracción sexual que experimentaba en presencia de él.

—Déjame adivinar, eran miembros de una milicia local, ¿no es así? —dijo ella.

—Nadie ha llegado al punto de decirme eso, pero no me sorprendería que fueran miembros de algún grupo clandestino.

Ella se inclinó sobre la mesa con los brazos cruzados.

—Lo que yo estoy encontrando en mis análisis son una serie de empleados que están descontentos con el actual Gobierno y que son parte de un grupo que se reúne habitualmente.

—¿Y eso qué tendrá que ver con los Callaway?

Pam se encogió de hombros.

—Seguramente los consideran parte de ese sistema que apoya al Gobierno.

—Así que no crees que sea un ataque personal, ¿no es así?

—No lo sé —respondió ella—. He encontrado un grupo de empleados que coinciden en su rechazo a los políticos y las grandes corporaciones. Me gustaría enseñaros la lista a Sam y a ti. Parece que tienen conexión con un activista muy conocido que reside en el centro de Texas.

El devoró la pizza antes de continuar hablando.

—Estás disfrutando esto, ¿verdad? —le dijo él.

Pam lo miró sorprendida.

—¿Disfrutar el qué?

—Buscar sospechosos, encontrar pautas... ese tipo de cosas. Te brillan los ojos, a pesar de las ojeras.

Ella sintió.

—Estoy contenta por haber logrado progresar tanto tan pronto. Acabas de confirmarme que vamos en la dirección correcta.

Él se estiró y bostezó.

—Bueno, por hoy yo ya he terminado. Estoy agotado.

Él se puso en pie y llevó su plato al fregadero.

Ella se giró para dejar su taza sobre la encimera y se encontró frente a frente con Clay. Dio un paso atrás y la frenó la nevera. Él la siguió y colocó sus brazos junto a la cabeza de ella, uno a cada lado, acercando su rostro a pocos centímetros. Pam intentó respirar con normalidad.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó débilmente, inundada de poderosas sensaciones que la excitaban.

Él le soltó el pelo y se lo acarició.

—Eres tan hermosa... —murmuró como para sí mismo—. Da igual cuántas horas hayas estado trabajando, sigues estando arrebatadora.

Ella se obligó a respirar. ¿Cómo iba a pensar con claridad si él

estaba tan cerca?

—Clay, yo...

—Shh —susurró él y acercó sus labios a los de ella—. Sólo déjame...

Sus bocas se acoplaron con una alarmante familiaridad. Pam sabía que aquello era lo último que deseaba. Tenían que trabajar juntos, no podían dejarse llevar por la poderosa atracción sexual que se creaba entre ellos cuando estaban juntos. Esa atracción que les había causado tantos problemas hacía años.

Pam le rodeó la cintura con los brazos y se abrazó a él con una intensidad que no había sentido en años, y nunca con otro hombre.

Gimió cuando él le introdujo la lengua en su boca y comenzó a explorarla y acariciarla. El deslizó las manos hasta sus caderas, la levantó y la sentó en la encimera. Le entreabrió las piernas y se colocó en la «V» resultante sin dejar de besarla.

Clay se detuvo un momento para tomar aire y luego siguió reclamándola. Ella le abrió torpemente los botones de la camisa y se la quitó. Quería sentir el pecho desnudo de él, explorarlo y acariciarlo.

Clay le levantó la camiseta que llevaba, dejando al descubierto su sujetador de encaje, y buscó el cierre. Se lo soltó y ella sintió las manos de él sobre sus senos. Pam se arqueó hacia atrás, apretándose contra él, deseando que él...

Los dos oyeron abrirse la puerta principal y se quedaron inmóviles. Clay se apartó un paso de ella con los ojos ardiendo de pasión, los labios húmedos y una evidente erección.

Pam se imaginó el aspecto que debía de tener sentada en la encimera, con el pelo suelto y los senos al descubierto. Estaba demasiado perpleja para poder reaccionar, pero Clay le bajó la camiseta y se quedó de espaldas a la puerta.

Los dos vieron pasar a Sam por delante de la cocina sin mirar dentro. Se quedaron inmóviles, aguantando la respiración, hasta que oyeron cerrarse la puerta de su habitación. Entonces Clay dejó escapar un suspiro de alivio y apoyó su cabeza sobre el hombro de Pam. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se quedaron en silencio hasta que sintió que los hombros de él se movían ligeramente. Se inclinó para verle el rostro, él levantó la cabeza y la miró a los ojos. Ella se sorprendió al verlo reír en silencio. ¿Estaba riéndose cuando

habían estado a punto de que los descubrieran besuqueándose en la cocina como un par de adolescentes?

Un par de adolescentes. Caramba, aquello era una repetición de las docenas de veces que casi los habían sorprendido en casa de ella o de él. Pam abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que había sucedido. Se tapó la boca con una mano y ahogó una risa.

—¿Estamos locos? —susurró—. ¿En qué estábamos pensando?

El deslizó su mano por la mejilla de ella, por su cuello, y la dejó reposar sobre uno de sus senos.

—Lo único en lo que yo pensaba era en lo mucho que deseo hacerte el amor —contestó suavemente.

Pam se debatió entre su conciencia y su orgullo. Venció la verdad.

—Yo también —admitió tímidamente.

Como si el comentario de Pam fuera el permiso que él necesitaba, la levantó de la encimera y la tomó en brazos, apagó la luz de la cocina con el codo y se dirigió a su dormitorio.

Cerró la puerta apoyándose en ella y con Pam todavía en brazos.

La habitación estaba a oscuras.

—Clay... —comenzó ella.

—No pienses, Pam. Sólo siente.

Él se dirigió a la cama con pasos seguros y dejó a Pam sobre ella. Le quitó la camiseta y el sujetador, y luego los pantalones y los zapatos.

Pam también le quitó los pantalones a él y la camisa después. Cuando ambos se quedaron desnudos, Clay se colocó entre las piernas de ella.

—Oh, Dios mío —le susurró él al oído—. Tenemos una maravillosa cama bajo nosotros y estamos totalmente despiertos. Parece que las maravillas nunca terminan.

Él sonrió y la besó en la boca. Luego siguió por sus pechos, lamiéndolos primero y mordisqueándolos después. Eran tan potentes las sensaciones que despertaba en ella que Pam comenzó a moverse sin poder evitarlo. Le rodeó las caderas con las piernas y lo abrazó fuertemente mientras ella a su vez lo exploraba a él.

Clay continuó con su camino de besos dulces por el cuerpo de ella, siguiendo por su muslo, rodilla y gemelo antes de subir por la otra pierna y llegar al vértice entre sus piernas. Se detuvo y escuchó

la respiración entrecortada de Pam, casi al mismo ritmo que la suya propia. Ella agarró cuidadosamente su miembro erecto. Él gimió y se apartó ligeramente.

Pam oyó que abría un cajón y él le colocó un pequeño paquete en las manos.

—Toma. Quizá sea algo tarde, pero... —comenzó él pero se detuvo con un gemido cuando ella le colocó el preservativo.

Se inclinó sobre ella y fue bajando sus besos hasta el centro de su placer. Pam tuvo que morderse los labios para no gritar de anticipación.

—Clay, por favor... —rogó abrumada de deseo—. Por favor...

Él le separó un poco más las piernas, se inclinó sobre ella y la penetró con firmeza.

—Oh, Clay, sí. Oh, sí... —murmuró Pam.

Clay comenzó a moverse dentro de ella, jugueteando como si cada embestida fuera la última. Pam atrajo el rostro de él hacia el suyo y comenzó a besarlo con tanta pasión que Clay perdió la concentración y el ritmo.

Ella elevó sus caderas hacia él, acompañándolo en su ritmo, elevándolo más y más, moviéndose cada vez más rápidamente hasta que los dos estuvieron jadeando con los cuerpos húmedos de la pasión.

El grito de éxtasis de Pam al alcanzar el clímax quedó ahogado en el beso de Clay. El continuó un poco más hasta que los dos se quedaron temblando de alivio y placer.

Clay se tumbó de lado con ella aún abrazada a él; sus cuerpos formaban uno solo, envueltos en sudor y pasión.

¿Cómo habría podido rechazar a aquel hombre?, se preguntó Pam antes de caer en un profundo sueño.

Clay siguió abrazando a Pam mucho después de que ella se durmiera agotada. El también estaba exhausto, pero su mente no paraba de pensar. No podía creerse lo que acababa de hacer. ¿Cómo era posible que hubiera cumplido sus fantasías?

Ahí estaba haciéndole de nuevo el amor a la mujer que le había roto el corazón.

¿Acaso no había aprendido nada? Su cerebro parecía desconectarse cada vez que estaba cerca de ella. Era lo suficientemente sincero consigo mismo como para saber que

volvería a suceder, una y otra vez, si tenía oportunidad de ello. Era como si entraran en combustión espontánea cada vez que estaban cerca. Lo que tenía que recordar era proteger su corazón.

Era evidente que ella disfrutaba haciendo el amor con él. Entonces, ¿por qué no iban a acostarse juntos de vez en cuanto mientras estaban en aquella misión? Pam le había dejado muy clara que su independencia era más importante que cualquier compromiso que él deseara con ella. Pues que así fuera. Él se había vuelto realista con los años, había aprendido a dejar de ansiar lo que no podía tener.

Pam nunca sería suya constantemente. Así que él tomaría lo que pudiera obtener, tan a menudo como fuera posible, durante tanto tiempo como fuera posible.

Cierto tiempo después se despertó con Pam acurrucada sobre su pecho y se dio cuenta de que no habían ni abierto la cama. Él apartó las sábanas y los cubrió con ellas. Se inclinó sobre Pam y le besó los senos, encendiéndose de nuevo al ver su inmediata reacción ante sus caricias. Ella se tumbó de lado y lo buscó con la mano.

Suspiró, agarró el sexo erecto de él y lo guió a su interior una vez más.

Estaban tumbados de lado, frente a frente. Ella colocó su pierna sobre la cadera de él, permitiéndoles un movimiento que a Clay lo dejó sin aliento de tanto placer.

Se movían lentamente mientras se besaban largamente, con sus lenguas entrelazadas.

Entonces Clay sintió que su cuerpo reaccionaba. Comenzó a moverse más rápido mientras su cuerpo se tensaba hasta que explotó con una intensidad apabullante. La respuesta de Pam fue igualmente potente.

Él estaba a punto de quedarse dormido de nuevo, saciado y relajado, cuando de pronto pensó en cómo había cambiado su vida en poco tiempo. Había sobrevivido a muchas misiones peligrosas, pero ¿sobreviviría a Pamela McCall?

El sonido de una alarma lejana puso en alerta a Clay. Se obligó a despertarse de un profundo sueño y comprobó la hora en el reloj de la mesilla.

Aún no eran las seis de la mañana. El coronel comenzaba pronto

el día.

El coronel.

Sólo de pensar en él, Clay se incorporó en la cama, dejando al descubierto a la mujer con la que se había acostado la noche anterior. Se frotó la cara con las manos. ¿Cómo iba a explicarle eso al coronel?

¿Tenía que hacerlo? ¿Acaso a alguien le importaba que Pam y él se hubieran acostado juntos la noche anterior? Lo que había sucedido cambiaba su relación. De nuevo.

Miró a Pam, con su cabello sobre la almohada y el rostro relajado y bellísimo. Clay se frotó el pecho esperando que eso aliviara su dolor. Ya no era un adolescente inexperto suspirando por su compañera ideal. No tenía por qué apenarse porque aquella mujer deseara acostarse con él pero no quisiera comprometerse.

Pero debía plantearse qué podía suceder en el futuro. Tenía trabajo que hacer y otro día que afrontar. Tenía que informar a Sam de lo que había descubierto el día anterior, y de alguna forma tenía que continuar tratando a Pam como si no fuera para él más que otro miembro del equipo.

Salió de la cama, se vistió y salió de la habitación. El edificio estaba silencioso a esas horas pero había luz en la cocina, lo que significaba que Sam ya estaba levantado.

Clay se dirigió hacia el aroma a café recién hecho.

Se detuvo en la puerta de la cocina. El coronel estaba sentado a la mesa con una taza de café humeante entre las manos; la estudiaba como si pudiera encontrar respuestas a sus preguntas.

—Buenos días —murmuró Clay yendo directo hacia la cafetera.

Sam elevó la vista sorprendido.

—¿Qué estás haciendo aquí? Creía que habías planeado quedarte varios días por el este.

Clay se sentó a la mesa con una taza de café.

—Creo que he encontrado a un par de sospechosos, pero como se han marchado de la zona, no he visto razón para quedarme por allí.

—¿Quiénes son? —preguntó Sam entrecerrando los ojos.

—Tienen alias, pero espero que Pam pueda encontrar dónde están. Dos hombres que decían ser hermanos fueron contratados poco antes de la explosión. Desaparecieron poco después, así que no

estaría mal encontrarlos y preguntarles un par de cosas.

—Esa información no sale en ninguno de los informes ni de las autoridades locales ni de los investigadores del Gobierno. ¿Cómo la has conseguido?

Clay sonrió.

—Con talento, coronel. De hecho, he tenido buena suerte. Me encontré con un antiguo compañero del instituto que estaba encantado de que un representante de la familia estuviera comprobando la versión oficial de la explosión del almacén. Él fue ascendido al equipo de dirección al poco de abrir el lugar. Supongo que ha habido cierta fricción entre los del consejo directivo general y él, que era quien gestionaba el almacén.

—¿Crees que alguno de ellos puede estar implicado?

—Es otra de las cosas que quiero que Pam compruebe. Confío en mi fuente, pero ojalá estuviera equivocado.

—Tiene sentido que, si era un empleado desde hacía tiempo y está implicado, preferirá acusar a los empleados que acaban de entrar.

—Sí, por eso lo invité a comer y escuché todas sus quejas y comentarios. Su historia cuadraba con todo lo que yo había logrado averiguar hasta él momento. Le pedí que no le dijera a nadie quién era yo. No sé si el que me reconociera me ayudó o me perjudicó, pero no me pareció que fuera necesario que me quedara por allí después de eso.

—Bien pensado. Yo hubiera hecho lo mismo.

A Clay le sonaron las tripas.

—Voy a hacer unos gofres. ¿Le apetece uno?

Sam sonrió levemente.

—Siempre y cuando seas tú quien los cocine —dijo y se sirvió otra taza de café—. ¿Qué sabes de Arthur Henley?

Clay reunió los ingredientes para los gofres y preparó la sartén.

—Sólo lo que mi madre me dijo el fin de semana pasado. ¿Por qué? ¿Está interesado en él a causa de la investigación o hay una razón más personal?

A Clay lo sorprendió ver que el coronel se ruborizaba. «Vaya, vaya, esto se está poniendo interesante», pensó.

—Un poco de ambas cosas, supongo —respondió Sam con una ingenuidad que Clay valoró mucho—. Anoche cené con Katie y sus

hijas. Arthur se presentó en la casa bastante tarde por la noche, sin ninguna razón más que molestar a Katie. Ella nos presentó y él mencionó que había estado en los Marines y había recibido entrenamiento de SEAL.

—Eso sí que no lo sabía —comentó Clay calentando la sartén—. Un militar entrenado podría causar daños importantes si lo deseara.

—Eso es lo que he pensado —señaló Sam—. Me encantaría pillar a ese bastardo haciendo algo ilegal sólo para que no pudiera volver a molestar a Katie ni a las niñas. Pero eso indica que no estoy siendo objetivo con él.

—¿Se lo ha comentado a Pam?

Sam negó con la cabeza.

—Anoche llegué demasiado tarde como para molestarla, pero veremos qué puede averiguar de ese tipo esta mañana —contestó Sam y miró su reloj—. Además tengo que hablar con Joe. Esperaba que él me hubiera llamado ya.

Clay se apoyó sobre la encimera pensativo.

—Mi madre mencionó que Henley solía trabajar para una de las empresas de la familia y fue despedido cuanto Katie le solicitó el divorcio. Eso podría haber provocado que quisiera vengarse.

—Ciertamente —dijo Sam—. Tengo que admitir que parece el hombre ideal de toda mujer.

—Según Katie, todo su encanto y su buen aspecto no lo convertían en un marido decente ni un buen padre —comentó Clay poniendo los gofres ya hechos en un plato y llevándolos a la mesa junto con sirope de arce—. Cómaselos mientras están calientes.

—Caramba, tienen un aspecto delicioso —apuntó Sam sirviéndose.

—Ya ve, soy una caja de sorpresas —dijo él preparando otro gofre—. Creo que voy a avisar a Pam. No quiero que se pierda mis dotes de cocinero.

Sam levantó la vista del plato.

—¿Qué tal llevas lo de trabajar con ella? Una de las razones por las que te había enviado al este de Texas era para aliviar la tensión que se respiraba por aquí. Cada vez que los dos estáis juntos en una habitación, se crea un poderoso campo de fuerza a vuestro alrededor.

Clay soltó una carcajada.

—Ya veremos cómo evoluciona el asunto.

Pensó en la noche anterior. ¡Sin duda, mucha de la tensión se había aliviado después de lo que había sucedido! Él había dormido mejor que en toda la semana.

—Debo admitir que fue un shock encontrármela después de tantos años.

—Si no quieres hablar de ello, lo entenderé. No es asunto mío, siempre y cuando no afecte a tu trabajo.

—No sé muy bien cómo me siento respecto a Pam. Después de que se negara a casarse conmigo, hice todo lo que pude para olvidarme de que existía. Y ahora, años después, me encuentro examinando mi pasado con ojos de adulto. Yo siempre supe lo importante que era para ella su educación. Pam creía que no podría seguir estudiando cuando se casara; si yo lo hubiera sabido, le hubiera asegurado que podría seguir todo lo que quisiera —explicó Clay y se detuvo para tomar aire—. Pero no tuvimos oportunidad de hablarlo porque el senador estaba decidido a casarnos antes de que se produjera el más mínimo escándalo en la familia. Supongo que pensó que tendríamos todo el tiempo del mundo para hablar de los estudios una vez que estuviéramos casados. Lo irónico fue que el hecho de que ella cancelara la boda en el último minuto creó un pequeño escándalo después de todo. Conociendo a Pam y lo mucho que quería complacer a su padre, debió de ser muy difícil enfrentarse a él en este asunto. Creo que fue muy valiente por enfrentarse a él y a mí también.

Clay suspiró pesadamente.

—En aquel tiempo yo estaba demasiado envuelto en mi propio dolor como para pensar en lo que estaba atravesando ella. Debo admitir que la admiro por su determinación. El senador es un adversario difícil.

Sam enarcó una ceja.

—Hablas como si lo supieras por propia experiencia.

Clay rió.

—Es cierto. Hubo un tiempo en que creí que el hombre iba a matarme. Creo que lo hubiera hecho si él hubiera podido salir indemne. Es evidente que no soy una de sus personas favoritas.

—¿Por qué? ¿Porque te enamoraste de su hija?

Clay sacó el segundo gofre con parsimonia y preparó otro antes

de contestar a Sam.
Se sentó frente a él y comenzó a cortar el bollo.
—De hecho, por haber seducido a su hija inocente.
Sam intentó disfrazar su risa en una tos.
—Ya veo... Comprendo que ése sea un tema delicado para todo padre.
—Pam y yo éramos un par de críos, ninguno de los dos sabíamos muy bien lo que estaba sucediendo. Sólo disfrutábamos de las sensaciones que íbamos descubriendo juntos, y una noche no pusimos freno a esas exploraciones.
Clay se dio cuenta de que Sam tenía la mirada perdida, como si estuviera pensando en otra cosa.
—Son unas sensaciones maravillosas y muy poderosas —añadió Clay—, independientemente de la edad que se tenga.
Clay continuó comiendo. No quería saber qué recuerdos había despertado en su superior.
—Algo aquí huele tremendamente bien —dijo Pam entrando en la cocina—. ¿Os importa si me uno a vosotros?
Clay se puso en pie.
—Llegas justo a tiempo. El gofre está listo y lleva tu nombre.
Intentó cruzar la mirada con ella, pero descubrió que ella sonreía a los dos y que era una sonrisa artificial. También se dio cuenta de que tenía rozaduras de la barba de él en la mejilla, la mandíbula y el cuello. Mal asunto; de adolescente, él no tenía ese problema.
Mientras ella se servía café, él colocó el gofre en un plato y lo llevó a la mesa. La conversación se centró en lo que había sucedido el día anterior. Hubo un momento en que Pam fue a su habitación y regresó con un cuaderno y un bolígrafo para tomar notas. Su actitud era de concentración total, toda una profesional trabajando.
Ella no lo estaba ignorando, advirtió Clay. Escuchaba atentamente su informe, tomaba notas y hacía preguntas incisivas. Pero no lo miraba a los ojos.
Clay tuvo que admitir que la actitud de Pam lo ayudaba a calmar sus propios nervios. Ella estaba tan insegura de sí misma después de la noche anterior como lo estaba él. Así que estaba improvisando. El no tenía problemas con eso.
La misión era lo importante. No estaba muy seguro de querer

definir en qué punto estaban Pam y él en aquel momento. Le bastaba con saber que ella se sentía tan atraída hacia él como él hacia ella. Eso significaba algo.

Sólo el tiempo diría exactamente el qué.

Capítulo Ocho

Sam localizó a Joe a media mañana.

—¿Diga? —contestó Joe al teléfono.

—¿Puedes hablar?

—Sí, estoy en mi habitación.

—¿Qué información has conseguido?

—Bastante poca. La gente se cree mi historia y son bastante amigables. En el pueblo no se habla más que de la reciente explosión, así que yo me limito a escuchar.

—Bien, es justo lo que esperaba. ¿Hay alguna teoría?

Joe soltó una risita.

—Todo el mundo tiene su teoría, desde que ha sido un grupo de personas que quiere la independencia de Texas hasta que han sido alienígenas borrando sus huellas.

—Parece que lo estas pasando bien. Mantenme informado. Tienes el número del apartamento y también el de mi móvil.

—¿Qué tal van las cosas por ahí?

—Estamos siguiendo varias pistas. Todavía no sabemos si encontraremos algo.

—Bueno, al menos tenéis pistas. Yo no he logrado encontrar nada que parezca fuera de lo habitual. No hay contrataciones nuevas ni dimisiones repentinas.

—Quizá no se trate de la gente local. Espérate por allí un par de días más. Si no averiguas nada, ven a Austin —dijo Sam y sonrió al pensar en el dormitorio principal, que seguía vacío—. Aquí hay sitio para ti.

—De acuerdo, a ver qué puedo hacer. Nos vemos pronto —se despidió Joe.

Sam colgó y clavó la vista en los papeles delante de él. Pam y Clay estaban trabajando en el despacho de ella esa mañana. Sam estaba contento porque había advertido que la tensión entre ellos se había aliviado.

Pamela McCall era difícil de interpretar. El nunca sabía lo que ella sentía acerca de nada, pero era una mujer muy eficiente en su trabajo. Al ritmo al que iban, lograrían aclarar las cosas en poco tiempo.

Sam decidió dejar de batallar contra su urgencia de hacer otra llamada y descolgó el teléfono.

Katie respondió al segundo timbre.

—¿Diga?

Sólo de oírla, Sam sintió que se encendía de deseo. Caramba, le había dado fuerte.

—Hola, Katie, soy Sam.

—¡Hola! ¡Qué alegría saber de ti! —exclamó ella con voz cantarina—. Te debo una disculpa. Me imaginé que, después de que mi ex apareciera por aquí anoche, no volvería a saber de ti.

—No es tan fácil deshacerse de mí —respondió él en tono de broma—. Además, los ex maridos no me preocupan, ellos ya no forman parte de la función.

Ella suspiró.

—Ojalá eso fuera verdad. Mientras estuvimos casados, él nunca nos prestó atención.

Pero ahora siempre tiene una excusa para llamar o para pasarse a horas de lo más intempestivas.

—Trisha comentó por teléfono que su padre no las quería porque nunca iba a visitarlas.

—Sí, ella lo dice a menudo. No sé qué es peor, intentar excusar a ese hombre o que mis hijas sientan que no son importantes para él.

—Podemos hablar de ello esta noche, si la cena sigue en pie.

—Sería maravilloso. Sé que las niñas lo pasarán bien.

—Si no te importa, haz tú la reserva. Pasaré a buscaros hacia las seis.

—Será un placer —dijo ella—. Gracias, Sam.

—¿Por qué?

—Por ser tan agradable.

Él rió.

—Nena, si me conocieras mejor, sabrías que «agradable» es lo último que la gente diría de mí.

—Lo cierto es que podría decir muchas mas cosas de ti, pero seguramente nos ruborizaríamos los dos.

El recordó el tórrido beso que habían compartido la noche anterior.

—Quédate con esa idea. Analizaremos algunos de esos adjetivos esta noche, ¿de acuerdo?

—Es usted muy bueno para mi ego, señor Carruthers —respondió ella con una risita.

Él hizo una mueca al oír que ella lo trataba como un civil. Eso le recordaba que no le había contado toda la verdad acerca de sí mismo. Cuanto antes acabaran la misión, antes podría explicárselo. Estaba seguro de que ella lo comprendería.

—Te veré esta noche, cielo —dijo él y colgó. Después de haber hecho esa llamada, Sam se sentía más capaz de concentrarse. Habló con sus contactos en Washington así como con su hombre en la plataforma petrolífera.

Cuando les comentó a Pam y a Clay que tenía planes para la noche, Clay le dijo que había invitado a Pam a cenar y quizá al cine. Sam no estaba seguro de por qué Pam se había ruborizado al oír aquello, pero las mejillas coloreadas le sentaban bien.

Seguía sonriendo ante la reacción de ella cuando aparcó el coche frente a la casa de Katie por la tarde. Ella lo saludó y le propuso que fueran en su coche, un sedán más grande que el deportivo de Sam. Él estuvo de acuerdo. Ella le ofreció las llaves.

—Ya que eres tú la que conoce el camino, ¿por qué no conduces tú? —le dijo él con una sonrisa.

Ella lo miró maravillada.

—¿No te importa que una mujer te lleve?

—Estoy seguro de que podré superar el trauma —contestó él con una risita.

Trisha y Amber charlaron sin parar todo el viaje al restaurante. Tenían miles de preguntas y Sam se esforzó por contestarlas todas. Para cuando se sentaron a la mesa del restaurante, Katie ya había llegado a su límite.

—De acuerdo, niñas, ya es suficiente. No es educado monopolizar la conversación.

—¿Qué es monopolizar? —preguntó Trisha.

—Hablar todo el rato.

—¿Estábamos haciendo eso?

—Sí —respondió Pam.

—Lo siento —se disculpó la pequeña lanzando una mirada angelical a Sam.

—A ver, veamos lo que queréis comer antes de que venga la camarera, ¿de acuerdo?

—continuó Katie.

—Aquí hacen mi comida preferida en todo el mundo —le dijo Amber a Sam.

—¿De veras? Pues a mí me pareció que la cena que cocinó tu madre anoche estaba estupenda —replicó Sam.

Amber asintió.

—Mamá no cuenta, ella es la mejor cocinera del mundo. Pero me gusta venir aquí porque puedes comer viendo las barcas y ver cómo el cielo cambia de color y el agua también. Es precioso.

Katie miró a Sam.

—Amber ha heredado el amor de mi madre por los colores.

—Y también puedo dibujar como la abuela. Ella me ha regalado un montón de lápices de colores. ¿A ti te gusta dibujar? —le preguntó Amber a Sam.

—Creo que no sé hacerlo. No lo he practicado mucho.

—Es fácil —le aseguró Amber—. Yo puedo enseñarte si quieres.

—Amber —dijo su madre en todo de advertencia—, elige lo que quieres comer, por favor.

La camarera se acercó a ellos y les sonrió.

—Qué hijas más guapas tienen —dijo mirando a Sam—. Deben de estar muy orgullosos de ellas.

Sam vio que Katie lo miraba y sonrió al advertir su turbación.

—Sí, lo estamos —contestó él mirando fijamente a Katie.

Ella se ruborizó.

—Pero... —protestó Amber.

—Cállate, Amber —le dijo su hermana y colocó su mano sobre la de Sam—. No hay problema, no nos importa.

La camarera pareció confusa. Sam sintió un hondo dolor por aquellas niñas pero no se le ocurrió nada que decir. Oyó que Katie pedía para las tres y tuvo que admitir que le gustaba la idea de formar parte de aquella familia tan particular. ; Horas más tarde, cuando las niñas ya se habían acostado, Katie y Sam estaban en el cuarto de estar bebiendo café. Katie estaba sentada junto a él en el sofá; se había descalzado y tenía los pies sobre el cojín.

—¿Qué tal en el trabajo? —le preguntó ella con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá.

Él no podía explicarle lo que había hecho, así que se encogió de hombros.

—Haciendo lo menos posible —respondió él y siguió sin pensar en lo que decía—. Y

contando las horas para verte de nuevo.

Ella se ruborizó y él se reprendió por haber sido tan atrevido. Era evidente que sus habilidades sociales no eran las mejores.

—Lo siento, yo... —se disculpó.

Ella soltó una risita.

—¿Sientes haber contado las horas?

Fue el turno de él de sentirse avergonzado.

—Eso no, siento...

—¿Ser sincero?

Él suspiró.

—Tengo la tendencia de soltar lo primero que pienso cuando estoy contigo.

—Qué gusto. Con Arthur nunca sabía lo que él pensaba o sentía. Es agradable no tener que andárselo preguntando.

—¿Aún estás enamorada de él?

Ella lo miró sorprendida y negó con la cabeza.

—Nunca me habían hecho esa pregunta antes. Todo el mundo ha sentido lástima de mí porque había perdido a un hombre tan inteligente, guapo y encantador. Cuando lo cierto era que, más allá de sus encantos físicos, no tenía nada. Así que no, no estoy enamorada de él, pero como es el padre de mis hijas, me siento culpable por no sentir nada por él.

—¿Qué quería anoche?

—Recordarme mis defectos como mujer, esposa y madre. Es lo que hace siempre que nos vemos.

—¿Y no podría haberse detenido porque vio mi coche en tu puerta?

Ella se quedó atónita ante la sugerencia y luego sonrió.

—Eso nunca se me habría ocurrido. Claro que eso significaría que tiene la costumbre de pasar por delante de mi casa en coche, aunque eso no me sorprendería.

—¿A qué se dedica?

—Realmente no lo sé. Solía trabajar como jefe de contabilidad en dos de las empresas de la familia. Mi padre encontró varias discrepancias en los libros de contabilidad de ambas empresas pero nunca me lo dijo hasta que yo me divorcié de Arthur. Entonces él lo

despidió. Hasta entonces, mi padre había tapado los agujeros y había dejado todo en orden sin decir nada.

—¿Pudo probar que Arthur era la causa?

Ella sonrió.

—Mi padre no necesita probar nada a nadie. Una vez que ha investigado y averiguado lo suficiente para estar seguro de quién es el infractor, lo despide y lo desafía a presentar una queja ante el consejo laboral.

Sam asintió.

—No sé por qué pero no me sorprende. Tu padre me da la impresión de ser el tipo de persona con el que uno no quiere llevarse mal.

—Yo siempre creí que Arthur se sentía intimidado por mi padre pero, en sus esfuerzos porque no se le notara, era casi agresivo en nuestras reuniones familiares. Aunque estoy segura de que en el trabajo no adoptaba esa actitud, o lo hubieran despedido

—dijo ella y fijó la vista en su taza—. Perdona por quejarme tanto de mi pasado, seguro que estoy aburriéndote. Traeré más café.

El la detuvo sujetándola suavemente del brazo.

—No me aburres, Katie. Nada tuyo, ni de tu pasado ni de tu presente, podría aburrirme.

Le quitó la taza de las manos y se inclinó sobre ella. Luego la rodeó con los brazos y la besó lentamente, con el corazón desbocado.

Cuando él se separó, los dos respiraban entrecortadamente.

—A tu lado me olvido de todo: de las niñas durmiendo arriba, de que nos hemos conocido hace pocos días... Lo único en lo que puedo pensar es en hacerte mía

—comentó él y se adelantó a que ella hablara—. Lo sé, es muy pronto y tú estás atravesando un duro período de adaptación. Sólo quiero que sepas que, cuando estés preparada para una relación con otro hombre, te acuerdes de mí.

—Sam, gracias por tu comprensión... Nunca creí que, después del divorcio, conocería a alguien con quien quisiera tener una relación. Encontrarme contigo está creándome muchos sentimientos conflictivos —dijo ella evitando su mirada—. Me alegro mucho de haberte conocido. Estás ayudándome a descubrir que aún puedo tener fe en los hombres. Es sólo que me asusta...

—¿El qué te asusta?

—Lo que Arthur pueda hacer si ve que estoy con otro hombre. El nunca fue posesivo conmigo cuando estábamos casados, pero desde el divorcio se comporta de forma muy extraña. Lo que pudiera sentir por mí desapareció al poco de casarnos, así que no comprendo por qué hace y dice todas estas cosas odiosas.

—No quiero complicarte la vida aún más —dijo él y comprobó la hora—. Tengo que marcharme. Llámame cuando tengas ganas de verme, ¿de acuerdo?

El teléfono sonó y ella dio un respingo, señal de que estaba muy tensa. Sam se enfadó consigo mismo. Hasta entonces, él nunca había tenido problemas en mantener su autocontrol. Pero lo enfurecía lo que le había provocado a ella.

En cuanto Katie contestó al teléfono, se puso rígida y adoptó la misma expresión de la noche anterior. Sin duda el que llamaba era su ex marido. Las palabras de ella confirmaron sus sospechas.

—Es muy tarde, Arthur, y no hay ninguna razón para que me llames. Te agradeceré que nos dejes en paz.

Hubo otra larga pausa. Sam oyó la voz de Arthur gritando cada vez más.

—¿Cuánto más tenemos que repetir esto? —le preguntó ella—. Por favor, continúa con tu vida, igual que estamos intentando hacer las niñas y yo.

El dijo algo más y colgó. Katie hizo una mueca de disgusto y se frotó la oreja antes de colgar.

—Podrías conseguir una orden de alejamiento, ¿lo sabes? —le dijo Sam en voz baja.

Ella se masajeó las sienes.

—Lo sé. Voy a tener que llegar a eso. Esperaba que no fuera posible, pero no puedo soportarlo más.

Sam se puso en pie y le tendió la mano.

—Voy a marcharme ya y a dejarte que descanses. Gracias por dejarme pasar la velada contigo y con tus hijas.

Ella se acercó a él y le tomó la cara entre las manos.

—El placer ha sido nuestro, Sam, no lo dudes. Tienes tanta paciencia con las niñas...

Las escuchas, les hablas con respeto. No puedo explicarte lo mucho que eso significa para mí —dijo y lo besó impulsivamente—.

Te llamaré, ¿de acuerdo?

Él le devolvió el beso y luego se separó muy a su pesar.

—Cuídate. Eres una mujer muy especial. Nunca lo olvides —dijo él ignorando diplomáticamente las lágrimas de ella.

Si no se marchaba de allí enseguida, seguramente no se iría hasta la mañana siguiente, se dijo. Atravesó la puerta principal y esperó hasta oír que ella echaba el cerrojo. Entonces se dirigió a su coche.

Estar con Katie era como vivir un sueño; nada más en su vida parecía real cuando estaba cerca de ella.

Pam y Clay salieron del apartamento en silencio. Él esperó a que ella subiera a la camioneta para luego hacer lo mismo.

—No tienes por qué hacer esto, lo sabes, ¿no? —dijo ella con tranquilidad.

Él la miró sorprendido.

—¿Hacer el qué? ¿Comer? Quizá no, pero mi estómago no tiene por qué sufrir.

—No, me refería a comer fuera. Podríamos haber pedido que nos lo trajeran.

—Lo sé, pero quería hacer algo diferente esta noche. He hablado con Katie y me ha recomendado un par de sitios que me han parecido agradables —comentó él y miró a Pam—. A menos que tú tengas alguna otra idea.

Ella negó con la cabeza.

—La verdad es que no me importa adónde vayamos.

Ninguno de los dos dijo nada más. Clay pensó en encender la radio o comenzar una conversación superficial, sobre la misión, por ejemplo, pero no quería que esa noche el trabajo se metiera por medio. Quería estar con Pam, sencillamente. Así que él también se quedó callado, preguntándose si ella estaría tan incómoda como él.

Llegaron al restaurante y les dieron una mesa inmediatamente. Pidieron la comida y se quedaron en silencio.

—Con la cantidad de cosas que hemos compartido a lo largo de los años, uno diría que tendríamos mucho de qué hablar —comentó él cuando les llevaron la comida.

Ella jugueteó con su ensalada y levantó la vista. Tenía los ojos llorosos. Clay se quedó atónito. ¿Qué había hecho para hacerla llorar?

—Precisamente estaba pensando que eso es porque hemos compartido tantas cosas que no tenemos nada que decirnos en este momento de nuestras vidas.

—¿Y eso por qué lo supones?

Ella se encogió de hombros ligeramente.

—Me cuesta trabajo mantener las distancias contigo.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Porque me recuerdas una parte de mí que llevo años intentando olvidar.

Ella miró su plato y dejó el tenedor encima. Bebió un poco de agua y luego elevó la barbilla y miró a Clay.

—¿Por qué no olvidamos el pasado? —propuso él—. Hagamos como si acabáramos de conocernos. Ahora somos distintos a como éramos. ¿Qué hay de malo en eso?

—Yo creo que lo malo es que no funcionaría. Mira lo que ocurrió anoche. Dos personas que acabaran de conocerse no se habrían comportado con tanto descaro —dijo ella y sacudió la cabeza—. No sé lo que me pasa contigo, que pierdo la cabeza. He estado sola durante años, desde que cancelé la boda y mi padre se desentendió de mí, y nunca he tenido problemas para mantener mis emociones a raya. Me considero una mujer fuerte, inteligente, independiente y que controla sus reacciones. Pero has regresado a mi vida, y ahí estoy, en la cama contigo.

El camarero les llevó el segundo plato.

—¿Tu padre se desentendió de ti? —señaló Clay—. No lo sabía.

—¿Y por qué ibas a saberlo? No era problema tuyo, sobre todo después de que yo cortara toda comunicación entre nosotros al cancelar nuestros planes de boda.

El miró sin ver a través de la ventana.

—Yo estaba tan metido en mi propio dolor que nunca me planteé qué te había llevado a cambiar de opinión.

—Lo cierto es que nunca cambié de opinión. Si lo recuerdas, mi padre nunca nos dio a ninguno de los dos la posibilidad de comentar qué nos parecía el casarnos. Tú regresaste a la universidad mientras él forzaba todos los planes para que, cuando regresaras a casa en verano, el trato estuviera cerrado. No me creí capaz de explicarte por carta cómo me sentía. Desgraciadamente, no llegaste a casa hasta el día antes de la boda.

Él la miró asombrado.

—Pues aquella noche cuando llegaste al rancho no tuviste problemas en decirme cómo te sentías. Cuando terminaste de hablar, yo me sentía como si te hubiera metido en la situación más horrible a la que te habías enfrentado nunca. Como no tenía ni idea de que tenías esos sentimientos, asumí que yo no te había importado nunca, que sólo habías continuado viéndome porque era amiga de la familia.

—¡Cómo puedes decir eso! Desde que hicimos el amor por primera vez no pude quitarte las manos de encima. A eso me refiero: cada vez que estaba cerca de ti, tenía esta especie de reacción incontrolable, ¡mi cerebro dejaba de funcionar y las que me impulsaban eran las hormonas!

—Eso me ayuda mucho a aliviar mi dolido corazón...

—Vamos, Clay, tu corazón nunca estuvo en juego. Los adolescentes chicos son peores que las chicas en lo referente a las hormonas.

—Así que crees que nos habríamos comportado igual con cualquier otra persona que fuera nuestra pareja.

—Creo que tú te habrías comportado igual, sí.

—Ya veo. Así que tú eres la única persona que puede tener sentimientos honestos hacia otra persona, ¿no es así?

Ella puso los ojos en blanco.

—Yo no tenía ni idea de lo que sentía por ti en aquel momento. Eso es lo que intento decirte. Tú me produces una extraña reacción química, me sucedía entonces y volvió a ocurrirme anoche. Y seguramente por eso sucedió lo que sucedió en Dallas.

—Los dos estábamos dormidos cuando todo comenzó.

—Lo sé. Y tú creías que yo era Melanie Montez. Lo recuerdo perfectamente. Lo que no comprendes es que yo había estado soñando contigo. Todos los sueños sexuales que he tenido han sido contigo. Para cuando me desperté, sabía perfectamente con quién estaba haciendo el amor, independientemente de cómo llegaras a mi cama. En ese momento no me pregunté por qué estabas ahí. ¿No te parece que eso es un poco enfermizo?

—¿Enfermizo?

—¡Es una locura! Debería haberme puesto a gritar. ¡Había un hombre en mi cama!

—Supuse que creías que era Adam.

—Adam y yo somos amigos, no amantes. No me acuesto con todos los hombres con los que salgo.

—A mí me ocurre igual. Para tu información, nunca me he acostado con Melanie. Ese fin de semana iba a ser la primera vez que estuviéramos juntos.

Ella se tapó la boca con la mano.

—Estás de broma —le dijo abriendo mucho los ojos—. Oh, Clay, eso es horrible. Vuestra primera noche juntos, ¿y terminaste en la cama de otra mujer?

Pam lo encontraba muy divertido, pero a Clay la situación no le parecía para reír, ni lo más mínimo. Pero podía comprender que desde fuera resultara graciosa.

—Intenté disculparme con ella, pero no me fue muy bien.

Había pensado en telefonearla, pero luego había llegado a la conclusión de que ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse. No podía explicarle que Pam era parte de sus reuniones, parte de su razón para estar en Texas. Además, lo que había sucedido era inexcusable. ¿Y si se hubiera acostado con una completa extraña?

Hubiera sido un desastre.

Así que no, no lo encontraba nada divertido. Forzó una leve sonrisa.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? Digamos que la noche del sábado no fue uno de mis mejores momentos.

Siguieron cenando sin decir nada más. Pidieron el postre y, cuando ya estaban con el café, Clay habló:

—Lo peor de lo que sucedió entre nosotros fue que te perdí como amiga.

Ella asintió.

—Yo no sólo perdí a mi mejor amigo, además perdí una familia. Me sentía demasiado avergonzada como para seguir en contacto con Kerry o con tu madre. De no ser por la herencia que me dejó mi madre para ir a la universidad sin la ayuda de mi padre, no sé qué hubiera sido de mí. Me sentí huérfana de todas las personas a las que amaba, y tuve que enfrentarme al hecho de que yo era la responsable de esa situación. Podría haber dejado que todo siguiera su curso y haberme casado contigo, haber vivido en College Station

mientras tú estudiabas y haber pasado los veranos en el rancho con tu familia.

—Yo no me di cuenta de que no seguiste en contacto con mi familia. Después de ese episodio, tu nombre nunca se mencionaba delante de mí. Supuse que todo el mundo lo hacía por consideración hacia mí.

—Supongo que yo sentía que me merecía el castigo por haber esperado tanto para enfrentarme a mi padre —dijo ella mirándolo fijamente—. Algún día te hablaré de los diarios que mi madre escribió meses antes de morir. Yo era demasiado joven para apreciar que era una oportunidad de conocer mejor a la mujer que me había dado a luz. Aquellas semanas antes de la boda, me sumergí en ellos noche tras noche y me di cuenta de todo a lo que había renunciado al casarse con mi padre.

—Y creíste que, si te casabas conmigo, te sucedería lo mismo —terminó él.

Ella asintió.

—Sí. Fue como si, al hacerme con el control de mi vida, le diera una segunda oportunidad a mi madre. Ahora cuando miro atrás me pregunto cómo tuve el valor de haceros frente tanto a ti como a mi padre.

—Por lo que yo recuerdo, estaba tan conmocionado que no pude ni discutir contigo.

—Tú sí, pero mi padre no. Al día siguiente llegó desde Washington y me dijo que quería verme fuera de casa antes de que él llegara. Recuerdo que me sentí muy agradecida de que me dejara quedarme con mí coche.

El camarero les llevó la cuenta, pagaron y se marcharon en silencio. Clay estaba tan perplejo con aquellas revelaciones como la noche en que ella había roto su compromiso. Él había asumido que su padre aceptaba la decisión de ella, ya que a él nunca le había tenido mucho aprecio.

Regresaron al apartamento sin hablar mucho más. El lugar estaba muy tranquilo.

—Sam debe de estar de nuevo en casa de Katie —comentó Pam.

—¿De nuevo?

—¿No lo sabías? Estuvo allí anoche. Y hoy ha dicho algo de que iba a verla de nuevo.

—Eso sí que es interesante... Cuando he hablado con mi querida prima antes, no me ha dicho nada de que había quedado con Sam esta noche.

—Quizá no se siente cómoda hablando de ello.

El se estiró y bostezó.

—Quizá —dijo él y miró a Pam—. Me pregunto si mi irresistible poder sobre ti funciona esta noche. No me gusta la idea de pasar la noche solo sabiendo que tú estás tan cerca.

Ella rió.

—Eres incorregible, ¿lo sabes?

—Es parte de mi encanto.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que los dos somos suficientemente adultos como para reconocer la atracción sexual que hay entre nosotros sin tener que hacer teatro al respecto.

Él se acercó a ella y la sujetó por la nuca.

—¿Eso crees, eh? —le preguntó y la besó suavemente.

Pam se puso rígida pero él no se detuvo. Le masajeó el cuello y los hombros mientras seguía besándola dulcemente. Ella dejó escapar un gemido y se relajó por fin, abrazándolo y devolviéndole el beso sin contenerse. Y no protestó cuando la subió en brazos y la llevó a su dormitorio.

A la mañana siguiente, Sam recibió una llamada de Joe.

—¿Qué sucede?

—No estoy seguro, pero he creído que deberías saber que anoche me encontré con Melanie Montez en un bar de aquí. Resulta que ella nació aquí.

—¿Melanie Montez no fue la acompañante de Clay en la fiesta de Dallas? Creo que oí que alguien decía que ella había estado allí.

—No mencionó específicamente el nombre de él, pero está furiosa con un hombre, un novio que se portó mal con ella, dice. Sé que no es gran cosa, pero si está enfadada con un Callaway, quizá haya alguna conexión.

—¿Crees que eso es posible?

Joe suspiró.

—La verdad es que no. Supongo que esperaba que quisiera ponerla bajo vigilancia.

Eso animaría un poco mi estancia aquí.

Sam soltó una carcajada.

—Buen intento. Ya que lo mencionas, creo que tenemos varias pistas potentes por esta zona para que vuelvas. Si sales de viaje esta mañana, llegarás aquí por la noche. Creo que ha llegado el momento de poneros a todos a trabajar sobre el terreno para localizar a algunas de estas personas.

—Me parece un buen plan. Os veré esta noche.

Sam colgó el teléfono y miró a Pam y a Clay.

—Tengo algunas direcciones que quiero que comprobéis. Según el mapa, yo diría que están en un radio de ciento cincuenta kilómetros. A ver si averiguáis si alguno de estos hombres aún está por la zona, si trabajan, para quién y a qué grupos pertenecen

—dijo Sam y miró a Pam—. Creo que tienes algo que decir.

—Si yo tuviera un coche —comenzó Pam—, podríamos dividir la lista. Y terminaríamos mucho antes.

Sam asintió.

—Eso es cierto. Pero si alguno de vosotros se encuentra con alguien que está metido en algo de esto, preferiría que sintierais que alguien os cubre las espaldas.

Pam miró a Clay. Sam los observó a los dos, pero sus expresiones eran impenetrables.

—¿Tenéis algún problema en trabajar juntos?

—No, señor —contestó inmediatamente Clay y miró su reloj—. Podemos estar de camino en una hora.

—Seguramente necesitaréis dos días para cubrir todo el territorio. Mientras tanto, nuestro hombre en la plataforma petrolífera ha llamado y ha dicho que va a venir con un informe. Y Joe llegará aquí esta noche. Los pondré a trabajar juntos y haré que comprueben las direcciones de la parte este de Texas. Llevaré mi teléfono móvil conmigo todo el rato, por si necesitáis cualquier cosa.

—Voy a preparar la maleta. Estaré lista en quince minutos —anunció Pam y salió de la habitación.

Sam miró a Clay.

—¿Crees que esto va a ser demasiado para ti? Puedo esperar y mandarla con Joe.

—¡No! Quiero decir, no me importa trabajar con ella. Anoche cenamos juntos y hablamos de lo que nos sucedió hace tiempo. Creo

que limpiamos un poco el ambiente. Los dos estamos muy volcados en nuestras carreras y eso no va a cambiar.

Puedo manejar la situación y sé que ella también puede.

—Tened cuidado cuando estéis por ahí. Si éste es el grupo responsable de las explosiones, sabemos que son peligrosos.

—¿No le parece extraño que nadie se haya atribuido la responsabilidad de las explosiones? Las dos últimas semanas todo ha estado demasiado tranquilo. Seguro que alguien quiere llevarse el mérito o exigir alguna cosa. Creo que el silencio es un mal augurio.

Sam suspiró.

—Eso he estado pensando yo también. Por eso quiero que mis agentes que están sobre el terreno vayan en pareja. Aún no sabemos con quién estamos tratando o qué más puede querer hacer.

El sábado por la mañana, dos días después de que Pam y Clay se marcharan a hacer averiguaciones sobre el terreno, el teléfono del apartamento sonó.

—¿Diga? —contestó Sam.

—Hola —saludó Katie con voz un poco temblorosa—. No sabía si habrías salido a hacer turismo.

Una ola de sorpresa y felicidad invadió a Sam al oír a Katie. No habían vuelto a hablar desde la última vez que habían cenado juntos. Él se había obligado a dejarle su espacio. Así que estaba emocionado de que ella lo hubiera llamado. El comentario de ella le recordó que se suponía que él estaba de vacaciones.

—Lo pensé, pero estoy demasiado perezoso como para hacer planes hoy.

Lo cierto era que esa llamada era el primer descanso que se tomaba desde el amanecer.

—Tengo una proposición —dijo ella un poco dudosa.

—Cuéntamela.

—Mi prima Trisha ha estado en mi casa esta mañana y se ha ofrecido a quedarse con las niñas. Va a llevarlas junto con sus hijos a pasar el día a San Antonio, dormirán allí y me las devolverá mañana por la tarde —explicó ella y se detuvo un instante—. Así que me preguntaba si...

—Sí —se apresuró a contestar él.

Ella soltó una risita.

—No sabes lo que iba a proponerte.

—No importa. Si significa volver a verte, quiero hacerlo.

—¡Oh!

Como ella no dijo nada más, él se reprendió a sí mismo. Tenía que aprender a no asustarla.

—Me había prometido no avasallarte y acabo de fastidiarlo —murmuró él.

—El problema es... que yo me siento igual —respondió Katie lentamente—. Y eso me asusta.

Sam esperaba que ella dijera cualquier cosa menos eso. No lo hubiera sorprendido que ella le hubiera colgado el teléfono, pero ¿admitir que se sentía atraída hacia él?

Sam advirtió que le temblaban las manos.

—Yo también estoy asustado, cariño —admitió al fin—. Como ya te he dicho, no ha habido muchas mujeres en mi vida... y desde luego ninguna como tú.

—Bueno... Como sé que estás conociendo la zona, quizá sea muy atrevida al proponerte que salgamos juntos. Pero sin las niñas, hay varios lugares que seguro que te gustan. Austin es famosa por su música. Había pensado que podía darte a conocer algo de la vida nocturna de la ciudad.

El sonrió encantado con la iniciativa de ella.

—Creo que es un plan magnífico.

—Me acercaré a la ciudad y te veré en los apartamentos sobre la una, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Propongo que primero cenemos algo y luego nos demos una vuelta y me lleves a donde quieras. Empiezo a aburrirme de visitar todo yo solo.

Siempre y cuando llevara consigo su teléfono móvil, podía moverse a donde quisiera, pensó Sam.

Ella rió.

—Me haces mucho bien, Sam.

—Me alegro. Tú has añadido una chispa a mi vida, si me permites que te lo diga.

—Nos vemos pronto.

El la oyó colgar y luego colgó él lentamente. Tenía el corazón acelerado. Estaba comportándose como si fuera a enfrentarse a una de sus misiones. Diablos, seguramente estaría mucho más tranquilo

y se sentiría más preparado en una misión que pasando la tarde con Katie Callaway Henley.

Capítulo Diez

A media tarde, Pam y Clay entraban en la calle principal de uno de los pueblos de Texas repartidos por Hill Country. Habían escogido ese pueblo en concreto porque se encontraba en el centro del área que tenían que investigar.

—¡Mira, Clay! —exclamó ella—. Qué hotelito tan adorable.

—Justo lo que yo buscaba —respondió él deteniendo la camioneta en la puerta.

—¿Vamos a alojarnos aquí?

—Es un lugar perfecto para nuestra tapadera. Podemos hacer muchas preguntas y los dueños siempre cuentan muchas cosas de la zona.

—¿Y cuál es nuestra tapadera?

El sonrió.

—Que somos justo lo que parecemos, una pareja que quiere pasar más tiempo juntos.

Tendremos que fingir que estamos casados, pero te prometo que es lo más cerca del matrimonio que estarás conmigo.

«Nada de expectativas», se recordó Clay. No había ninguna razón para creer que ellos dos podían tener un futuro juntos, pero iba a disfrutar al máximo cada momento que pasara junto a ella.

Clay salió de la camioneta y ayudó a bajar a Pam. La condujo a la puerta principal de la casa rural y llamó al timbre de la recepción. Una mujer menuda y de pelo blanco acudió enseguida.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarlos?

—Hola. Soy Clay Ramírez y ésta es mi esposa, Pam. Hemos querido escaparnos el fin de semana, pero como nuestra decisión ha sido tan repentina, no hemos tenido tiempo de reservar nada. ¿Por casualidad tendrían una habitación libre?

La mujer sonrió.

—Por supuesto que sí. Vayamos a la planta de arriba, les enseñaré la habitación.

La habitación daba al jardín trasero, frondoso y bien cuidado; no era muy grande, pero cubría sus necesidades y tenía un bonito cuarto de baño dentro.

Después de registrarse y pagar dos noches, Clay sacó las maletas

de la camioneta.

Pam estaba esperándolo en la habitación.

—¿Clay Ramírez?

—Es el apellido de soltera de mi madre. El apellido Callaway siempre le suena a la gente y me preguntan si tengo alguna relación con la famosa familia de Texas.

—¿Y entonces ahora qué hacemos?

—Tenemos el resto de la tarde para recorrer la zona y ver lo que podemos averiguar con las direcciones que tenemos —contestó él y lanzó una mirada a la cama—. A menos, claro está, que prefieras...

Ella se lo quedó mirando un largo rato y luego sonrió.

—Tú sueñas, vaquero —bromeó ella—. Sé que va a ser difícil para ti y para tu mente que sólo piensa en una cosa, pero tenemos que concentrarnos en el trabajo que debemos sacar adelante. No sé tú, pero yo he dejado demasiado trabajo pendiente en nuestro cuartel general como para estar más tiempo del necesario en esta excursión.

Él se acarició la barbilla pensativo.

—Ahora que lo dices, si tengo que elegir entre hacer el amor contigo o buscar a quien está detrás de las explosiones, escojo sin dudar el trabajo.

—Eres incorregible, ¿lo sabes, Callaway? —dijo ella, dándole la espalda y subiendo al piso de arriba.

Clay la siguió contento porque habían aligerado un poco su relación. Incluso podían bromear sobre ella.

Lo cierto era que él preferiría estar con Pam por encima de cualquier otra cosa. Y no necesariamente haciéndole el amor, sino simplemente a su lado, viéndola cada día.

Él ya no podía seguir engañándose respecto a sus sentimientos hacia ella. Hasta entonces, su orgullo le había impedido admitirse a sí mismo lo mucho que la había amado, lo mucho que aún la amaba. ¿Por qué si no iba a haberle dolido tanto que lo rechazara?

Pero las cosas habían cambiado. Los dos eran más mayores y, era de esperar, más maduros. Sintiéndose de pronto optimista sobre su vida por primera vez en mucho tiempo, Clay silbó y se sentó junto a Pam en la camioneta para comenzar a buscar posibles sospechosos.

Sam oyó a Katie llamar a la puerta y comprobó la hora. Ella era

puntual. Sam se apresuró a ir hacia la puerta, la abrió y se quedó atónito. Ella se había arreglado con esmero, sacándose el máximo partido. Llevaba un vestido verde que moldeaba su figura perfecta y resaltaba su pelo caoba.

Desde luego, Katie no parecía una madre. Sam tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no tomarla entre sus brazos y llevarla a su cama en aquel mismo momento. En lugar de eso, se hizo a un lado y la invitó a entrar. Ella pasó a su lado dejando un rastro delicioso y haciendo que la siguiera.

—Estás fabulosa —comentó él.

Ella sonrió.

—Muchas gracias. Ha sido divertido tener tiempo para arreglarme sin tener que estar pendiente de las niñas. Las echo de menos, por supuesto, pero a veces me gusta pensar que soy algo más que una madre de gemelas.

—Te diré que, cuando he abierto la puerta, lo último en lo que he pensado ha sido en que eras madre.

Ella rió y esperó a que él cerrara la puerta para dirigirse al salón.

—Me encanta este lugar. Me recuerda mucho a mi madre —comentó ella y se giró hacia Sam—. Han comentado que iban a juntarse este fin de semana. Así que, si estás disponible…

—Estaré aquí —dijo él—. Tu padre mencionó que viven cerca de Canyon Lake. ¿Eso está cerca de Austin?

—A una hora en coche más o menos —contestó ella acercándose a la ventana—. No le he dicho a nadie de mi familia que estoy viéndome contigo. Me está gustando lo de tener una vida secreta que no incluye a nadie más. Sin embargo, me gustaría que pasaras algún tiempo con ellos, si no te importa.

Sam se preguntó qué pensaría Cole Callaway si supiera que él estaba pasando parte del tiempo de la misión con su hija. Tenía la impresión de que a Cole no iba a hacerle mucha ilusión. Sam deseó que comprendiera su acuciarte necesidad de ver a Katie lo más posible. Su comportamiento estaba totalmente fuera de lugar y era consciente de ello, pero no sabía qué podía hacer al respecto. No estaba descuidando su trabajo, lo que hacía era dormir menos.

—Me gustará conocer mejor a tu familia —le aseguró él.

Ella sonrió y el rostro se le iluminó.

—Me alegro.

Sam se dijo que si no salían de aquel ambiente íntimo, tendrían un problema.

—¿Nos vamos?

—Será mejor que sí. Tengo un montón de cosas que enseñarte: el campus de la universidad de Texas, los jardines, el cementerio... Si quieres, podemos ir a Waco y ver el museo de los Rangers de Texas.

—Tú mandas. Yo voy a hacer de turista hoy.

—Si lo prefieres, podemos ir a San Antonio, ver El Álamo y ese tipo de cosas.

Él le tomó la mano y le acarició los nudillos.

—Lo que tú quieras hacer me parecerá bien.

Sam ayudó a Katie a subirse al coche y luego fue siguiendo sus indicaciones para comenzar la ruta.

Horas más tarde estaban de regreso en Austin para cenar. Sam no prestó mucha atención al restaurante, ni a la comida. Sin embargo, hubiera podido describir cada detalle de Katie: la forma en que su pelo se rizaba enmarcando su rostro; la forma en que se ruborizaba cuando él la miraba largamente; la forma en que sus ojos brillaban a la luz de las velas; el sonido de su risa.

A Sam le dolía profundamente que algo o alguien pudieran apenarla. Ella se merecía ser amada y protegida.

Sam no dejaba de repetirse que su mundo era diferente al de ella. El llevaba demasiado tiempo solo como para ni siquiera contemplar la posibilidad de adaptarse a una mujer con dos hijas. Pero ninguna de sus advertencias parecía funcionar. En lugar de eso, él accedió a la proposición de ella de ir a algún sitio a bailar. El nunca había bailado antes, con lo cual sus ganas de hacer el ridículo indicaban lo mucho que ella lo afectaba.

Sam no recordaba haberse sentido nunca tan feliz y despreocupado, siguiendo entre risas las indicaciones de ella de cómo bailar distintos pasos de country.

Según abandonaban la pista de baile para tomarse un descanso, Sam oyó a alguien mencionar que se acercaba una tormenta. Se detuvo y preguntó si había algún problema. El otro hombre asintió.

—Estamos en alerta por mal tiempo. Una tormenta se acerca con fuertes vientos, lluvia y seguramente granizo.

Sam se giró hacia Katie.

—Quizá deberíamos regresar a casa. No tenemos por qué estar fuera con ese tiempo.

Se subieron al coche y él se encaminó hacia Lakeway.

—Mi coche está en el bloque de apartamentos —le recordó ella.

—No te preocupes. Podemos ir a por él más tarde. Prefiero que no conduzcas con mal tiempo.

Fuertes ráfagas de viento y lluvia golpeaban el coche. Katie se estremeció.

—Soy la primera que admito que no me gusta conducir en estas condiciones, pero vas a tener que enfrentarte a ellas cuando vuelvas a tu casa —comentó mirándolo preocupada.

—Dudo que la tormenta dure mucho. Si hace falta, puedo esperar a que amaine en tu casa —dijo él lanzándole una mirada—. Eso, siempre que no te importe.

Se oyeron truenos a lo lejos.

—De hecho, aprecio tu compañía. Sin las niñas en casa, no tengo que fingir que soy valiente. Y lo cierto es que las tormentas con relámpagos me aterran.

En cuanto llegaron a Lakeway, varios rayos iluminaron el cielo, seguidos de potentes truenos. Comenzó a llover seguido de granizo.

—Mete el coche en el garaje —le dijo Katie—. Llevo una llave extra del garaje en el bolso, afortunadamente.

Era un garaje para tres coches, pero aparte de algunas herramientas y utensilios de jardinería, estaba vacío.

—¿Tú tienes el único coche?

Ella asintió.

—Es todo lo que necesito. Cuando Arthur vivía aquí, guardaba aquí su todoterreno y su BMW —dijo ella y sonrió—. Al menos estamos secos. ¿Entramos en casa?—

Katie abrió una puerta que comunicaba con una habitación contigua a la cocina.

—Tienes una casa preciosa, Katie —comentó Sam al entrar—. Estoy impresionado.

—Es más casa de lo que necesito, pero es el único hogar que he conocido —le explicó ella y se detuvo junto a la encimera—. ¿Qué tal si vas a la sala de estar mientras yo preparo café?

Sonó un fuerte trueno y Katie dio un respingo.

—Sé que soy una tonta. El ruido no va a hacerme daño.

—Si lo prefieres, puedo esperar aquí...

—No, por favor. Estaré bien —dijo ella y lo tomó de la mano—. No sabes cuánto me alegra que estés aquí.

Soltó la mano de él y comenzó a preparar el café.

—El café estará listo en un par de minutos.

Sam se dirigió a la sala de estar, donde Katie había dejado una lámpara encendida. Se acercó a las puertas que daban al jardín. Habían tenido suerte de llegar a la casa antes de que la tormenta alcanzara su apogeo. El viento arrastraba las sillas del jardín y el granizo cubrió rápidamente el césped de hielo, que reflejaba la luz del cielo y cegaba.

Las luces de la casa parpadearon y luego se apagaron.

Sam oyó que algo caía al suelo en la cocina. Agradeció el brillo del granizo, que le permitió llegar fácilmente a la cocina.

—¿Estás bien? —le preguntó a Katie, deteniéndose en la puerta.

Katie era una sombra junto a la encimera.

—Un poco torpe, me temo, pero eso es todo —dijo ella fingiendo que no la afectaba la tormenta, pero no le funcionó—. Se me ha caído una de las tazas justo cuando se ha ido la luz. Menos mal que aún no le había echado el café...

Él se acercó cuidadosamente a donde estaba ella.

—¿Dónde está la escoba? Limpiaré esto.

—Ahora no puedes ver nada. Espera a ver si encuentro unas velas...

Sam la oyó abrir un par de cajones y suspirar aliviada. Al cabo de unos minutos, había encendido dos gruesas velas.

Sam fue a por la escoba y el recogedor y recogió los restos de la taza. Katie vertió el café en una jarra y colocó dos tazas en una bandeja.

—Deja, yo lo llevaré —dijo él—. Tú puedes llevar las velas, te sigo.

—Menos mal que el café ya estaba hecho cuando se ha ido la luz —comentó ella con voz temblorosa.

—Por lo que parece, yo diría que el rayo ha golpeado un transformador cercano.

Sam la siguió a la sala de estar y, una vez que ella dejó las velas en la mesa baja, él depositó allí la bandeja.

—Se me han olvidado las galletas para acompañar el café —dijo ella.

Sam la sujetó del brazo, la hizo sentarse y la abrazó.

—No necesitamos nada más, Katie. Simplemente relájate.

Ella suspiró y le rodeó el cuello con los brazos.

—Me alegro tanto de que estés aquí... —le susurró al oído—. Soy como una niña grande.

Él sonrió; le encantaba sentirla entre sus brazos. Deslizó su mano hasta el tobillo de ella y le quitó un zapato. Ella soltó una risita y elevó el otro pie para que le quitara el otro zapato.

—Yo también me alegro de estar aquí. Lo he pasado muy bien esta noche. Como ya te habrás dado cuenta, no tengo costumbre de bailar.

Ella lo miró a los ojos con una mirada brillante.

—No puedo creer que sólo nos conozcamos de hace unos días —dijo en voz baja—. Siento como si te conociera de toda la vida.

—Quizá nos conocimos en otra vida. Cuando te vi por primera vez, te reconocí inmediatamente como alguien muy importante para mí.

Ella se inclinó sobre él y lo besó suavemente en los labios.

—Yo siento lo mismo, Sam.

Otro trueno hizo temblar la casa. Katie dio un grito y se acurrucó contra Sam.

Más tarde, Sam miraría atrás y se daría cuenta de que su error había estado en pensar que podía consolarla y distraerla sin excitarse increíblemente. Si no la hubiera besado, quizá no hubiera perdido el control de sus emociones.

Pero la besó y nunca nada volvió a ser igual.

La tormenta había golpeado Hill Country varias horas antes. Pam y Clay lograron llegar a la casa rural justo antes de que el cielo

descargara toda su furia: viento, lluvia y granizo. Entraron en la casa riendo.

—Menos mal que he visto esas nubes negras en el horizonte por la tarde. No querría estar en la carretera con esta tormenta.

Un trueno sacudió la casa. Pam observó cómo el viento inclinaba los árboles.

—Está claro que esta noche no podemos regresar a Austin. No pienso salir con este tiempo.

—Bueno, tenemos la noche pagada. Pensé que quizá necesitaríamos un día extra por si acaso.

Ella se giró hacia él con los ojos brillantes.

—Creo que tenemos algo, Clay. Hemos encontrado el hilo que conecta a todos esos hombres.

Él asintió.

—Sí. Sam se alegrará. Pero podemos esperar a regresar para darle la información. La tormenta se habrá calmado en unas horas. Por la mañana regresaremos a Austin

—dijo.

Se acercó a ella, le rodeó la cintura con los brazos y comenzó a besarle el cuello.

—Mientras tanto, tengo un plan para que no nos aburramos mientras esperamos

—murmuró él.

Ella se giró hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Estoy abierta a sugerencias —susurró ella.

Hubo muy poca conversación después de aquello. Pam disfrutó del momento pero sabía que sus problemas no estaban resueltos ni de lejos. ¿Qué les depararía el futuro a Clay y a ella?

Capítulo Once

Pam perdió la noción del tiempo. La tormenta había derivado en una lluvia intensa.

Ella sabía que debería haber dormido un rato, pero estaba feliz apoyada en el hombro de Clay mientras contemplaba la lluvia golpear en los cristales. Aquel hombre había tenido un gran impacto en su vida, ¿se atrevería ella a quedarse tan cerca de él? Hacía falta mucho valor para enamorarse, ¿podía ella arriesgarse?

Clay se estiró arqueando la espalda perezosamente. Ella lo besó en el pecho.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Un poco. Aunque me resulta difícil tener que abandonar nuestro nido para salir a buscar comida con este mal tiempo —contestó ella.

—Quizá si esperamos un poco la tormenta termine.

—O quizá tendremos tanta hambre que desafiaremos a los elementos —replicó ella con una sonrisa—. Estaba pensando en cuando éramos niños. Me sorprendió mucho enterarme de que habías escogido la carrera militar. Por lo que recuerdo, a ti no te gustaba nada que te dijeran lo que tenías que hacer. Me cuesta imaginarte aceptando órdenes de nadie.

Clay se movió y se colocó la almohada debajo de la cabeza.

—Supongo que de pequeño era un demonio. Me imagino que era porque tenía que defenderme para que mis hermanas no me vistieran con volantes y me trataran como a una de sus muñecas.

—¿Cómo era tener tres hermanas y vivir en una familia acogedora y feliz?

—Tú estabas allí, viste cómo era. Bastante ruidoso, por lo que recuerdo.

—Lo que yo veía era una familia llena de amor que disfrutaba de estar junta. El ruido provenía de las risas y las bromas.

—¿Y cómo era tu hogar?

Ella se encogió de hombros.

—Muy silencioso. Cuando papá estaba en casa, siempre estaba ocupado. Y cuando no lo estaba, el ama de llaves no permitía ruidos de ningún 'tipo, ni siquiera música.

—Pero tú estabas en tu casa, ¿por qué no la ignorabas?

—Porque entonces hubiera obtenido uno de los sermones de mi padre sobre por qué yo causaba tantos problemas cuando no era para tanto.

—No me extraña que te gustara venir a mi casa.

Ella sonrió.

—Sí. Nunca olvidaré la primera vez que Kerry me llevó a vuestra casa. Yo supuse que mi padre y los tuyos habían acordado cuánto tiempo iba a quedarme. Lo único que sabía era que iba a pasar las vacaciones de primavera con vosotros. Kerry tenía dos camas en su habitación y por las noches, antes de dormirnos, hablábamos durante horas. Era como tener una hermana.

—¿Qué edad tenías tú entonces?

—Ocho años. Estábamos en tercer grado. Recuerdo que tu madre siempre os recogía a todos del colegio en lugar de que os llevara el autobús.

—Es cierto, me había olvidado de eso —comentó Clay.

—Cuando ella llegaba, todos ibais al coche corriendo felices.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo? El colegio había terminado por ese día, ¡era la hora de jugar!

—A mí me cuidaba una pareja cuando mi padre estaba fuera y venía a buscarme el hombre. No era lo mismo.

—Me imagino que te sentías sola.

—Me sentí mejor desde que mi padre me permitió quedarme con tu familia cada vez que él estaba fuera. Solía sentirme culpable de sentirme tan feliz cuando él tenía que marcharse. Sé que él lo hizo lo mejor que podía estando él solo para cuidar de una niña. Nunca lo culpé por lo que tuvo que hacer para sacarme adelante.

—¿Lo ves a menudo últimamente?

—Lo cierto es que no. Los dos tenemos unas vidas muy ocupadas.

—Ojalá él te perdonara por oponerte a él y hacer lo que realmente querías con tu vida.

—El nunca ha dicho eso. Mi parte cínica cree que él nunca me ha perdonado porque yo impedí que él formara parte del clan de los Callaway. Estoy segura de que él creía que eso sería un punto positivo en su carrera política.

—Tienes razón. Es una visión cínica de ese hombre.

—Nunca he vuelto a verlo igual desde que leí los diarios de mi madre. Sé que ella lo amaba, pero tuvo que renunciar a casi todos sus sueños para encajar en los de él. Él estaba tan acostumbrado a salirse con la suya que, cuando intenté razonar con él, se había convertido en un tirano y no quería escuchar nada de lo que yo tenía que decir.

—Pues sí que te escuchó, o te habría obligado a casarte conmigo.

—Por eso hablé primero contigo. Para cuando él lo supo, el daño ya estaba hecho. Yo sabía que tú nunca querrías casarte conmigo después de eso.

—En eso tienes razón —afirmó él acariciándole el brazo—. Si en aquella época alguien me hubiera dicho que después de los años estaría en la cama contigo una tarde lluviosa, le hubiera dicho que estaba loco.

Ella lo miró a los ojos.

—Quizá los locos somos nosotros, ¿nunca se te ha ocurrido?

—Lo he pensado un par de veces, sí.

—No estoy segura de qué estamos haciendo aquí juntos.

—Las circunstancias nos han traído a este punto. El resto han sido nuestras reacciones mutuas. La química es muy poderosa.

—Pero ¿qué va a suceder cuando terminemos la misión?

Clay la abrazó y comenzó a besarla.

—Volveremos a nuestras misiones previas con mejores recuerdos del otro —respondió entre besos.

Pam sabía que eso era más de lo que se merecía… pero el problema era que estaba empezando a desear mucho más.

Una lámpara se encendió de repente y despertó a Sam de un sueño profundo.

Parpadeó y miró a su alrededor buscando su ropa. Katie y él estaban acurrucados juntos en el sofá. Él la observó, pero la luz no la había despertado, ella seguía apaciblemente dormida abrazada a él.

Sam comprobó la hora en un reloj de pared. Eran casi las tres y media de la madrugada. La lluvia seguía cayendo incesante en el patio.

Haciéndose consciente del cambio, Katie abrió por fin los ojos lentamente. Miró unos instantes a Sam soñolienta y entonces

recordó lo que había sucedido.

—Oh, Dios mío —susurró ella ruborizándose.

—Por lo menos estoy al nivel de un «Oh, Dios mío» —comentó él irónicamente.

Ella le obsequió con una sonrisa arrebatadora, la que le había hecho a Sam perder la cabeza.

—Me alegro de que no te fueras —dijo ella.

Él la besó en la punta de la nariz.

—Yo también me alegro de haberme quedado.

—Estaríamos mucho más cómodos en la cama, en el piso de arriba.

—Eso me resulta difícil de imaginar.

Ella suspiró y le acarició distraídamente el pecho.

—Bueno, al menos tendríamos más espacio. Debo de pesarte bastante, apoyada sobre ti.

—Pues a mí me gusta.

Katie se movió ligeramente, activando la insaciable pasión de él. Ella se dio cuenta y le sonrió traviesa.

—No tengo ningún control sobre la forma en que algunas partes de mí responden ante ti. Sólo ignóralo.

—¿Ignóralo? ¿Tratas a tu miembro como a un ente autónomo?

—Es la realidad, parece que piensa por sí mismo. Si hubiera sido por mí, me hubiera comportado como un perfecto caballero y me hubiera marchado a casa a una hora razonable.

—Ya entiendo —dijo ella solemnemente—. Me alegro de que él se impusiera a tu decisión.

El la apretó contra sí.

—¿Qué voy a hacer contigo, Katie?

Ella se incorporó junto a él. Sus senos desnudos eran deliciosos. Sin poderlo evitar, él acercó su mano a uno de ellos y lo acarició cuidadosamente.

—Eres muy hermosa.

—Tú haces que me sienta hermosa, Sam. Nunca me había sentido tan admirada y valorada —respondió ella poniéndose en pie y tomándolo de la mano—. Vayamos a la cama, ¿de acuerdo?

Sin decir nada, él recogió su ropa, haciendo que ella también la recogiera rápidamente, y la siguió a su dormitorio.

Una lamparilla del baño iluminaba tenuemente la habitación.

Katie dejó la ropa en una silla y le indicó a Sam que hiciera lo mismo; luego lo tomó de la mano y lo condujo al cuarto de baño. Allí, encendió la ducha, se metió dentro y lo animó a que se uniera a ella.

Sam se preguntó si todo sería un sueño y pronto se despertaría solo en el apartamento de Austin.

Agarró el jabón y comenzó a enjabonar a Katie hasta que estuvo toda cubierta de espuma. Los pezones de ella se habían endurecido ante el primer roce de él y lo apuntaban incitantes. Sam gimió ante el esfuerzo para no subirla en brazos y que ella le rodeara la cintura con las piernas.

—Ahora es mi turno —anunció Katie jadeante.

Desgraciadamente para el autocontrol de Sam, ella comenzó por la parte más sensible de su cuerpo.

—Katie, quizá deberías empezar por otro lado —le sugirió él.

Ella lo soltó a regañadientes y él se giró hacia la ducha; necesitaba concentrarse en el agua en su pecho más que en las delicadas caricias de las manos de ella en su espalda.

Para cuando se aclararon el cuerpo, Sam estaba temblando. Apagó el agua y salió de la ducha. Cuando ella salió, él la esperaba con una enorme toalla y la secó enérgicamente. Ella quiso hacer lo mismo, pero él fue más rápido: se secó en un tiempo récord, la subió en brazos y la llevó a la cama.

En cuanto estuvieron tumbados, él la penetró, olvidando toda circunspección. Y a ella no pareció importarle, nada en absoluto.

El timbre de la puerta los despertó varias horas después. Katie miró la hora.

—¿Quién demonios será tan temprano? —murmuró medio dormida—. Apenas ha amanecido.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Ahogó un grito, haciendo que Sam se despertara por completo y se incorporara en la cama.

—¿Qué sucede?

Katie se giró hacia él con el rostro pálido.

—No lo sé, pero hay un coche de policía delante de la casa. ¿Y si les ha ocurrido algo a las niñas... o a mis padres? —dijo ella angustiada.

Él se levantó a toda prisa.

—Tranquilízate. Iré contigo.

Ella había abierto el armario y estaba poniéndose una bata. Para cuando terminó de arreglarse, él estaba completamente vestido.

—Qué impresionante, ¿cómo puedes vestirte tan rápido?

Sam se encogió de hombros. Eran muchos años de vida militar teniendo que vestirse en un segundo.

—La costumbre, supongo.

La acompañó a la planta baja y se quedó a cierta distancia mientras ella se dirigía a la puerta. El timbre había sonado dos veces más antes de que ella abriera.

—Buenos días —saludó Katie.

Sam advirtió lo tensa que estaba esperando oír malas noticias.

—¿Es usted Kathleen Henley?

—Sí, ¿qué ha ocurrido?

Sam se movió ligeramente para poder ver quién estaba en la puerta. Eran dos hombres, uno con uniforme y el otro vestido con traje.

—Sentimos molestarla tan temprano, señora Henley. Soy el detective Salazar y necesito hacerle algunas preguntas. ¿Podemos entrar?

Sam supo el momento en que Salazar lo vio. ¿Qué iba a hacer Katie?

—Por supuesto, caballero. Pero no lo entiendo. ¿Se trata de mi familia?

Los dos hombres entraron. Sam fue hacia ellos.

—Soy Sam Carruthers, un amigo de Katie.

El hecho de que lo hubieran encontrado allí a las seis de la mañana hacía evidente que Sam era más que amigo de Katie, pensó él.

Salazar le estrechó la mano.

—Este es el agente Carter —lo presentó—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar unos momentos, señora Henley?

—Por supuesto. Síganme, por favor —dijo ella dirigiéndose a la sala de estar.

Sam rezó por que hubieran recogido toda su ropa, no quería que aquellos hombres supieran lo que había sucedido allí.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su marido, señora Henley? —le preguntó el detective una vez sentados.

¿Mi marido? No estoy casada, detective.

Sam se había sentado a su lado para que se sintiera apoyada.

—¿Arthur Henley no es su marido? —preguntó Salazar perplejo.

—Es mi ex marido. Nos divorciamos hace varios meses. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho esta vez?

El hombre enarcó una ceja burlonamente al escuchar su tono.

—Se ha encontrado su coche abandonado en un camino rural hacia las tres de la madrugada.

—¿Han llamado a su casa? Quizá se le estropeó y lo dejó allí.

—Lo cierto es que hemos registrado su apartamento. Señora Henley, había sangre en el asiento delantero del coche, sangre fresca. Parece que su ex marido está desaparecido. Esperamos que usted pueda ayudarnos a saber qué ha podido sucederle.

Capítulo Doce

El incesante timbre del teléfono despertó a Allison Callaway. Cole ya se había levantado de la cama, así que fue ella quien respondió a la llamada.

—Mamá, ¿está papá? —le preguntó Katie.

Allison comprobó la hora en el despertador. Apenas eran las siete de la mañana de un domingo, una hora a la que no esperaba que llamara su hija.

—Sí, cariño, creo que está en la ducha. ¿Qué sucede?

—Oh, mamá, todo es tan confuso... La policía está aquí y Arthur ha desaparecido y ellos creen que yo... —explicó Katie y se echó a llorar.

—Espera un momento, pequeña. Voy a buscar a tu padre.

Allison salió corriendo de la cama y abrió la puerta del cuarto de baño.

—¡Cole! Katie está al teléfono. Algo le ha ocurrido a Arthur y la policía está haciéndole todo tipo de preguntas a ella.

Cole salió presuroso de la ducha. Le hizo unas cuantas preguntas a Katie y escuchó las largas explicaciones de ella.

Allison supo que Cole querría ir inmediatamente a Austin. Si alguien se metía con alguno de sus hijos, él acudía en su ayuda... y Katie era su hija querida. Allison casi sintió pena de quien estuviera molestando a Katie.

¿Arthur estaba desaparecido? Normalmente a Allison no le importaría. No le gustaba ese hombre y había sentido un gran alivio cuando Katie se había deshecho por fin de él. ¿Qué podía haber sucedido que tenía que ver con ella?

En cuanto terminaron de hablar por teléfono, Cole llamó a Cameron, le explicó sucintamente lo que sucedía y le pidió que se encontrara con él en casa de Katie.

Luego llamó a Cody.

Cody y Carina estaban profundamente dormidos en su casa de San Antonio cuando sonó el teléfono.

—Será mejor que sea algo importante —murmuró Cody por el auricular.

—Lo es —contestó Cole, haciendo que Cody se incorporara en la

cama de un respingo—.

Katie acaba de llamarme. Arthur Henley ha desaparecido y la policía sospecha que se trata de un crimen. Están en casa de Katie haciéndole muchas preguntas. Ella dice que se comportan como si creyeran que ella les oculta algo. No me gusta nada todo esto. Ya he hablado con Cameron y he pensado que tú también querrías estar allí.

—No sospecharán que Katie le ha hecho algo, ¿no? —preguntó Cody con incredulidad.

—No puedo decírtelo por lo que he hablado con ella por teléfono. Estaba alterada pero intentaba disimularlo. No ha dejado de decir que menos mal que las niñas no estaban allí cuando ha llegado la policía. Ella no quiere que las pequeñas sufran.

Cody se restregó la cara con una mano.

—Por supuesto que voy, no tardaré más de una hora en llegar. Siento lo que le haya pasado a Arthur por cómo pueda afectar a Katie.

—Yo también. Sé que ella lo amaba y él sigue siendo el padre de sus hijas, pero es un hombre detestable.

—Acabas de hablar como un auténtico padre protector.

—Puede ser. Pero seguimos encontrando discrepancias en la contabilidad que él llevaba. Cuando logre reunir suficientes pruebas para demostrar que ese idiota robaba dinero de nuestras empresas, si sigue vivo, deseará estar muerto porque lo destrozaré.

Ella se giró hacia él.

—Sé que quieres irte a casa y cambiarte de ropa. No sabes cuánto te agradezco que te hayas quedado conmigo mientras la policía ha estado aquí.

—La verdad es que soy parte de cualquier caso que quieran abrir contra ti, Katie. Soy tu coartada.

Ella lo abrazó y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Siento mucho que te veas envuelto en todo esto.

Él la apretó contra sí, no quería dejarla marchar. Pero sabía que su familia acudía en su ayuda y era el momento de que él se apartara.

—Voy a casa a darme una ducha, luego compraré el desayuno y estaré de regreso en una hora.

Ella se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Gracias.

Katie lo siguió al garaje, donde él tenía el coche. El de Katie seguía en el apartamento de Austin.

—Si me das las llaves de tu coche, te lo traeré —le dijo él.

—No me acordaba de eso —comentó ella entregándole las llaves —. Aquí tienes. Muchas gracias.

—Ése es el coche de mi tío Cameron —anunció Katie mirando por la ventana del comedor.

—¿Quieres que me quede? —le preguntó Sam.

Cuando Sam llegó al apartamento, llamó a Clay. Necesitaba saber cómo iban sus investigaciones. El teléfono sonó varias veces antes de que Clay contestara soñoliento.

—Aquí Callaway —dijo con voz ronca.

—Soy Carruthers.

Clay se puso alerta.

—Sí, señor. Vamos a regresar esta mañana, debo de haberme quedado dormido.

Queríamos contarle lo que hemos averiguado en persona, pero si necesita la información antes...

—Tranquilo, soldado, relájate un momento. No llamo por eso.

Clay se quedó callado de forma muy elocuente, que a Sam le hubiera parecido divertida en otras circunstancias.

—Quería que supierais que Arthur Henley ha desaparecido y la policía cree que se trata de un crimen.

—¿Por qué?

—Porque han encontrado su coche abandonado y con manchas de sangre. En la guantera había una carta de Katie en la que le decía de todo, así que ella ha sido la primera persona a la que han ido a preguntar. La policía tiene la teoría de que Arthur fue atacado y luego se lo llevaron de la escena del crimen. Abandonaron el coche en un barranco lleno de maleza. Un motorista, vio el reflejo de la parte trasera hacia medianoche y avisó a la policía.

—Vaya, esto da un nuevo giro a las cosas, ¿no cree? —comentó Clay irritado—. ¿Cómo lo ha sabido?

Sam se pensó la respuesta. Tenía que responder la verdad. Además, ya se lo había contado a la policía, antes o después todo el mundo se enteraría. Se frotó la cara con las manos. Pues sí que iba a pasar inadvertido para la familia, pensó arrepintiéndose...

—¿Sam? —insistió Clay.

—Sigo aquí. Yo... estaba con Katie cuando la policía acudió a interrogarla esta mañana.

Se produjo otro silencio. Clay contestó por fin bastante avergonzado.

—Eso es bueno saberlo. Así Katie no recibió la noticia a solas. ¿Qué tal está?

—Bastante alterada. Su padre y sus tíos deben de estar ya con ella.

—Bien, eso está bien.

—Yo voy a regresar ahora allá. Quería que supierais dónde estoy si no me encontráis aquí cuando lleguéis. ¿Has dicho que teníais previsto regresar esta mañana?

—Sí, señor.

—¿Crees que el viaje ha merecido la pena?

—Desde luego. El problema va a estar en encontrar pruebas que demuestren lo que hemos descubierto.

—Llámame a casa de Katie cuando lleguéis al apartamento y nos reuniremos. Ahora hablaré con Joe a ver qué tal le está yendo a él. Quizá podamos haber desenmarañado lo que ha sucedido antes de que termine el día.

—Eso suena bien —comentó Clay—. Hasta luego.

Clay colgó el teléfono y se giró hacia Pam.

—Bueno, esto echa por tierra nuestra teoría —le anunció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella.

—Nuestro principal sospechoso está desaparecido.

Cole Callaway estaba en el estudio de casa de Katie hablando por teléfono. Se había sentido frustrado al encontrar que la policía ya se había marchado antes de que llegara la familia. Pero quizá eso era una buena señal. Quizá ella les había dado unas respuestas satisfactorias, a pesar de que se había sentido juzgada de antemano.

Cuando llegó su familia, Katie estaba un poco más tranquila. Cameron había ido a la policía a enterarse de lo que pudiera. Cody seguía allí, esperando en la sala de estar por si podía hacer algo para ayudar. Cole había hablado por teléfono con varias personas, incluido un investigador privado que contrataba de vez en cuando, para que siguiera el rastro de Arthur. Alguien tenía que haberlo visto y tenía que haber una razón para su desaparición. Cole

consideraba que el hecho de que no hubieran encontrado el cuerpo era una buena señal.

Quizá lo tenían retenido en alguna parte, quizá se trataba de un simple secuestro y el teléfono sonaría dentro de un momento y recibirían instrucciones para pagar el rescate. Cole no tenía buena opinión de Arthur, pero eso no importaba en aquel momento; Arthur era el padre de sus nietas y él haría lo que fuera para que no le sucediera nada.

Si el hombre aún seguía con vida.

Cole acababa de colgar el teléfono cuando llamaron al timbre. Si era otra visita de la policía, iba a tener que denunciarlos por acoso. Seguro que había más gente que Katie que no había caído cautivo del encanto superficial de Arthur Henley, seguro que más gente veía más allá de la fachada.

Cole se dirigió hacia la puerta dispuesto a defender a su hija de quien la pusiera en duda. Pero cuando salió al pasillo, se quedó inmóvil. No podía creer lo que veían sus ojos. Delante de él, en medio del pasillo, su hija Katie, su única y preciosa hija, estaba en brazos del teniente coronel Sam Carruthers besándolo apasionadamente. Como si sus vidas dependieran de ese beso.

Cole sintió que se le activaban todos los instintos protectores para enfrentarse al maleante invasor del templo de su hija.

Él sabía que el coronel llevaba en Texas apenas una semana. De hecho, lo primero que pensó Cole fue cómo había permitido que el hombre volara en el avión de su corporación si era así como iba a tratar a Katie. Era evidente, por el ardiente contacto entre ellos, que durante la semana no habían quedado sólo a tomar café. Cole se contuvo para no separarlos en aquel mismo momento e insistir en que se casaran cuanto antes.

Cole se acercó a ellos advirtiendo que ninguno lo estaba oyendo llegar. Estaban tan embelesados que ni una granada a sus pies les hubiera llamado la atención.

Cole llegó al pie de las escaleras, se cruzó de brazos y carraspeó ruidosamente. Eso sí que llamó la atención de la pareja. Se separaron de un respingo, casi como si realmente tuvieran una granada a sus pies.

Los dos lo miraron incómodos. Sam sobre todo, pero era normal porque no podía disimular su erección ni el hecho de que los dos

respiraban entrecortadamente. ¡Al ritmo al que iban, menos mal que los había interrumpido, o se los hubiera encontrado en posición horizontal!

—Hola, papá. Creía que seguías hablando por teléfono —dijo Katie apartándose el pelo del rostro.

—¿Eso creías? —le preguntó Cole suavemente.

—Quiero presentarte a... bueno, creo que ya conoces a Sam Carr...

—Sí, ya conozco al coronel, gracias —la cortó Cole sin moverse.

—¿Coronel? Debes de haberte confundido. Sam sólo es...

Cole observó con interés cómo Sam agarraba a Katie de la mano, en un gesto que a él le pareció muy posesivo, y le decía:

—Tu padre tiene razón, Katie. Soy teniente coronel del ejército y estoy en Texas haciendo algo más que turismo.

—Mucho más, a juzgar por el espectáculo que acabo de presenciar —intervino Cole.

Katie estaba perpleja. Cole hubiera querido explicarle a su amada hija quién era Sam Carruthers, pero ella no le dio la oportunidad: Katie se giró hacia Sam para obtener una explicación y Cole tuvo la intuición de que por fin había encontrado al hombre que podía hacerla feliz y amarla.

Arthur Henley nunca había sido ese hombre. Cole nunca se lo había planteado...

Hasta entonces, al ver a Katie y a Sam juntos. Algo había sucedido entre ellos, y él tenía la certeza de que el sexo tenía mucha parte, pero no toda, en lo que los unía.

Cole estaba recibiendo una lección de humildad. Esas dos personas formaban una unidad sin la ayuda de una celebración frente al resto de la familia.

Por primera vez desde que la había tenido en brazos nada más nacer, Cole sintió que perdía a su hija.

—Siento no habértelo dicho antes —le dijo Sam a Katie en voz baja—. Tenía órdenes de no revelarle a nadie mi auténtica razón para estar aquí.

—¿Pero mi padre sí lo sabía? —preguntó ella desconcertada.

Sam miró a Cole y luego a Katie.

—Sí. Tu padre es parte de la razón por la cual estoy en Texas.

Ella soltó la mano de él como si de repente la quemara.

—Ya entiendo —dijo apartándose de él.

La expresión severa de Sam se dulcificó ligeramente.

—Lo cierto es que no lo entiendes, pero una vez que haya hablado con tu padre te lo explicaré todo, ¿de acuerdo? Esa parte de mi vida no tiene nada que ver con nosotros dos.

Cole no pudo seguir manteniéndose al margen.

—Bueno, parece que hay un «nosotros», ¿no es así? —preguntó con los dientes apretados.

Katie levantó la barbilla en un gesto que Cole reconoció enseguida. Allison siempre decía que su hija había heredado de él su terquedad cuando quería algo. Y esa vez parecía que quería estar con el coronel.

—Estoy enamorada de Sam —dijo ella con tranquilidad.

Cole observó estoicamente cómo Sam le pasaba el brazo por los hombros.

—El sentimiento es mutuo —le aseguró Sam sosteniéndole la mirada a Cole.

—Muy bien, pues entonces la policía seguramente comprobará dónde estaba usted cuando Arthur Henley desapareció. Tiene mayores motivos que Katie para deshacerse de él —dijo Cole y se dirigió a la sala de estar sabiendo que ellos lo seguirían.

Cody apartó la vista de la televisión cuando los vio entrar.

—¿Qué has descubierto?

Cole fue al bar. No le importaba que fuera media mañana, necesitaba un trago.

—Creo que Sam nos va a poner al día respecto a su trabajo —respondió sin girarse—.

Aún no sé nada de Cameron. Iba a conseguir una copia del informe policial.

Cole se preparó un whisky con hielo de espaldas a la sala. Oyó que Katie y Sam hablaban con Cody y él apagaba la televisión. Luego hubo los típicos sonidos de la pareja sentándose en el sofá, seguramente agarrados de la mano, pensó él.

Cole no estaba seguro de por qué se sentía tan amenazado por la idea de que Sam Carruthers estuviera interesado en su hija. Él quería que ella fuera feliz y Arthur Henley había hecho todo lo posible durante su matrimonio para arruinarle la vida.

Sam Carruthers era distinto. Era un militar de carrera

endurecido por lo que había vivido. Cole no lograba imaginárselo como un esposo y padre de familia. Pero eso no dependía de él, se dijo. Era su amada hija quien debía tomar la decisión. Él ya no podía protegerla de todo mal como cuando era pequeña. Ya no podía besarle las heridas y que simplemente así mejoraran.

Quizá aquel hombre sí fuera capaz de hacer eso por ella. Esa idea lo tranquilizó bastante. Bebió un largo trago de su copa y luego se giró hacia la pareja. Ciertamente, los dos estaban sentados juntos en el sofá agarrados de la mano. Ella tenía la barbilla ligeramente levantada, lo cual él interpretó como que su hija no iba a aceptar nada de él, tanto si era su padre como si no.

Por otro lado, la mirada de Sam indicaba que comprendía perfectamente cómo se sentía Cole, lo que lo molestó ligeramente. No quería que nadie supiera cómo se sentía porque no estaba muy orgulloso de su reacción ante aquella noticia inesperada.

Allison seguramente le diría más tarde que él no había manejado bien el asunto. Y

tendría razón.

—Si no les importa —comenzó Sam dirigiéndose hacia los dos hombres—, me gustaría que Katie estuviera presente mientras hablo con ustedes. Ha sido muy difícil no poder hablarle de la investigación en marcha, pero yo seguía órdenes. Ahora, como han decidido desvelarle mi identidad, creo que es necesario que sepa por qué estoy aquí.

Cole se sentó cerca de ellos y asintió con la cabeza para que Sam continuara. Pero antes de que Sam pudiera decir nada, Katie intervino.

—Para tu información, papá, la policía ya le ha preguntado dónde estuvo anoche.

—Lo siento, cariño. Eso ha sido una puñalada trapera que no venía a cuento

—respondió él y miró a Sam—. Mis disculpas.

—Para que lo sepas, Sam estuvo conmigo desde la una de la tarde de ayer hasta que la policía ha llegado esta mañana al amanecer.

Así que ella iba a machacar los sentimientos de su viejo padre, ¿no?, se dijo Cole.

Suponía que se lo merecía. Bebió otro trago de su copa.

—Gracias por compartirlo, Katie, pero es más información de la que hubiera deseado saber.

Cole advirtió con interés que Sam contenía una sonrisa. Cody no se molestó en ocultar que lo estaba pasando muy bien y soltó una carcajada.

«Que se ría», se dijo Cole.

Cody tenía una hija, su pequeña, que aún no se había casado. Cole sabía lo posesivo que Cody había sido con sus dos hijas mayores, así que cuando Denise decidiera casarse habría que ver cómo reaccionaba.

Cole bebió otro trago y sintió que se relajaba.

A pesar de lo que acababa de descubrir, le gustaba Sam Carruthers. Y no podía culparlo por haberse enamorado de Katie. Además, Sam era el tipo de hombre que él querría a su lado en una pelea.

—Bueno, pues dígame qué ha averiguado —le dijo Cole.

Capítulo Trece

Sam dudó unos instantes. No había tenido intención de que Katie escuchara sus teorías en el punto en el que estaban en su relación. Si las teorías resultaban ciertas, ella tendría que saberlo, pero él había esperado poder protegerla de todo dolor innecesario.

Desgraciadamente, su deseo no podía cumplirse. Cuando unos momentos antes la había visto en la puerta y a ella se le había iluminado el rostro al verlo, Sam se había olvidado de que la familia de ella estaba allí y podían aparecer en cualquier momento y sorprenderlos. Se había olvidado de todo salvo de ella y de la ilusión en su rostro.

Nadie lo había mirado nunca así. A su lado, Sam se sentía un superhombre, alguien capaz de hacer frente a cualquier cosa. Quizá por eso había olvidado que su padre estaba en la casa y se había abalanzado sobre ella apasionadamente.

—Como usted sabe, señor —comenzó Sam—, hemos estado comprobando las referencias de todos los empleados, antiguos y actuales, de las empresas de Callaway Enterprises.

Cole asintió.

—Continúe.

Sam miró de reojo a Katie antes de continuar.

—En el informe de Arthur Henley aparecían varios datos interesantes.

Cole se apoyó en el respaldo de su silla y esperó.

—Él me dijo que había estado en los Marines y había recibido parte del entrenamiento para convertirse en un SEAL.

—Eso no lo sabía yo —comentó Cole enarcando las cejas.

—Henley destacó en el entrenamiento del manejo de explosivos. Su instructor se quedó impresionado de sus buenas aptitudes para la demolición subacuática y para colocar cargas.

—Qué interesante —dijo Cole pensativo.

—Al conocer eso, quisimos investigar su estilo de vida, su matrimonio —dijo Sam y miró a Katie—, y el posterior divorcio. Ahí fue cuando descubrimos que había estado malversando fondos de sus empresas.

Cole asintió de nuevo.

—Sí. Hubiera preferido que Katie no hubiera tenido que enterarse de ello, pero parece que los juegos de Arthur con los libros de contabilidad eran el menor de sus crímenes. ¿Ustedes creen que él fue quien organizó las explosiones?

—Hace unos tres años, él comenzó a relacionarse con un grupo de antiguos militares aquí en Texas que creían que podían gobernar mejor que el actual Gobierno. Varios miembros de ese grupo estuvieron cerca de las zonas donde se produjeron las explosiones más o menos en el tiempo en que ocurrieron.

—Siempre hay alguien descontento —intervino Cody—. Se quejan mucho, lanzan amenazas y luego se esconden tras el derecho de libre expresión. No me sorprende que Arthur se relacionara con un grupo así.

—Mi teoría es que ahí fue donde él consiguió la mano de obra necesaria para preparar una serie de explosiones por todo el estado casi al mismo tiempo. Si buscamos un motivo, yo diría que él tiene su propia *vendetta* contra los Callaway.

Katie había escuchado en silencio la conversación.

—Qué horrible. ¿De veras creéis que Arthur estaba detrás de todo eso?

—Es una hipótesis, pero es la mejor que hemos encontrado hasta ahora. Todas las señales apuntan en su dirección, al menos hasta estas últimas noticias.

—¿Creéis que uno de sus compañeros lo ha matado? —preguntó ella horrorizada.

Sam se tomó su tiempo para responder.

—Es una posibilidad. Desde que anunciaron su desaparición y que habían encontrado la carta en la guantera, he estado planteándome distintas teorías.

—¿Qué carta? —preguntó Cody—. Yo no sé nada de eso.

Katie suspiró.

—Era una carta que le escribí a Arthur hace un par de años. Yo estaba muy enfadada con él y escribí ese violento ataque, pero nunca se lo di.

—¿Y entonces qué hacía en su coche?

—El encontró la carta en mi escritorio poco antes de marcharse y me preguntó acerca de ella. No tenía ni idea de que la había guardado y no se me ocurre por qué lo había hecho.

—Esa carta fue la responsable de que la policía se presentara aquí tan rápidamente

—respondió Sam—. Al conocer cuándo y por qué la escribió, yo me planteé por qué llevaba él la carta en el coche, para empezar.

Cole estudió el hielo de su copa.

—¿Cree que intentaba implicarla de alguna manera en su desaparición?

—Me parece algo muy probable.

Cole soltó una obscenidad y luego se disculpó con Katie.

—¿Sabe? Usted tiene razón, no me extrañaría que él hubiera planeado los ataques

—comentó Cole.

—Si Henley está relacionado con las bombas, él y su grupo deben de haberse puesto nerviosos al ver a tantos investigadores —apuntó Sam.

—No pensaría que íbamos a ignorar lo que había sucedido, ¿verdad? —preguntó Cody incrédulo.

—No, pero creo que algo lo ha asustado. Si ése fuera el caso, se habría escondido con una despedida a la familia al dejar un rastro que condujera a Katie. Como él está muy relacionado con los Callaway, mi teoría es que, si está detrás de los atentados, está intentando que los medios de comunicación especulen por qué ha desaparecido y qué ha podido sucederle y humillen a Katie.

Cole asintió.

—Él parece capaz de hacer algo así.

—Durante la última semana, nuestro equipo ha confeccionado una lista de sus amigos, con sus nombres, direcciones, referencias y ese tipo de cosas. Si mi teoría es cierta, podría estar escondido con alguno de ellos esperando a causar más estragos próximamente.

—¿Y nosotros cómo podemos ayudar? —le preguntó Cody.

—En el punto en el que estamos, tenemos que esperar y ver qué sucede. Hace unos días hablé con el grupo de Washington que sigue de cerca nuestra investigación y les comenté la dirección en la que estábamos buscando. A ninguno de sus investigadores se les había ocurrido investigar a Henley por lo cercano que estaba a la familia. Él no ha dado a conocer a mucha gente que ya no trabaja para ustedes ni que se ha divorciado.

—¿Y si fuera otra persona quien hubiera organizado los ataques?

—preguntó Katie—.

¿Habrían querido matar a Arthur?

—Siempre existe esa posibilidad —respondió Sam—. Henley podría haberse peleado con ellos. Una vez que hubiera dejado de serles útil, ya no se fiarían de él.

—Y en ese caso, que se encontrara la carta en el coche los beneficiaría tanto como a Arthur —señaló Cody.

Katie sacudió la cabeza.

—No entiendo por qué se metería Arthur en un grupo así.

—Yo sí lo entiendo: para sentirse importante —contestó Cody—. Con ellos podía fanfarronear de los contactos que tenía dentro de las empresas y sentirse admirado.

Cole asintió.

—Eso me cuadra mucho con lo que sé de él.

—Desgraciadamente, sí que encaja —admitió Katie y cerró los ojos—. ¿Qué voy a decirles a las niñas?

—No les digas nada hasta que sepamos algo seguro —contestó Cole—. Por lo que tú dices, él tampoco las ve muy a menudo. Espera hasta que el asunto esté resuelto y ya pensaremos en cómo decírselo.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Cody a Sam.

—Uno de los grupos que investigan el asunto va a recibir la lista de los hombres que están directamente relacionados con Arthur y van a acercarse a las zonas donde viven. Mi equipo y yo vamos a celebrar una reunión esta tarde en el apartamento de Austin para revisar la lista y decidir a quién hay que vigilar más de cerca. Quizá quieran estar presentes ustedes para oír todo de primera mano.

Sam observó cómo Cole y Cody asimilaban la información. No habían cambiado de expresión, ni siquiera habían parpadeado, a pesar de que la noticia de que un antiguo miembro de la familia podía estar detrás de los ataques debía de haberles dolido. Sam sabía que aquello no debía de resultar fácil de oír para ellos dos, y no quería ni pensar en cómo debía de estarlo pasando Katie.

—¿Cuándo pueden comenzar a vigilarlos? —preguntó Cole.

—Esperan poder estar situados mañana por la noche como muy tarde. Hay ocho sospechosos con los que Henley ha mantenido un contacto estrecho durante los últimos meses. Dos de ellos viven al este de Texas, uno al sur y el resto están aquí, en Hill Country.

—Me sorprende que el Gobierno quiera continuar la investigación si se descubre que los ataques son una venganza personal en lugar de una amenaza a la seguridad nacional —comentó Cole.

—Lo cierto es que consideran que son las dos cosas —replicó Sam—. Llevan tiempo vigilando a ese grupo de ex militares. Arthur podría ser nada más que un juguete en sus manos, lo que ellos buscaban: alguien que conociera los entresijos de las empresas de los Callaway. Lo que nos preocupa es que quizá planeen algo más grande en un futuro… a menos que los detengamos ahora. Si mi teoría es correcta y encontramos a Henley con vida, esperamos convencerlo para que confiese a cambio de reducirle la condena.

Cole descolgó el teléfono y marcó un número.

—Tengo que anunciarle a Cameron lo de la reunión. El también querrá estar allí.

Sam se giró hacia Katie y le habló en voz baja:

—Esperaba equivocarme con todo esto. Siento mucho que estés enterándote de ello.

—Lo supiera o no, estoy en medio, y las niñas también. Si Arthur está metido en esto, deben detenerlo antes de que alguien más resulte herido.

Cole estaba haciéndole preguntas concisas a Cameron y escuchaba en silencio largas respuestas.

—No quería mentirte, Katie —continuó Sam en voz baja—. Lo único que no era cierto de lo que te he contado sobre mí es que era un militar retirado. Estoy en activo y he venido a Texas para una misión.

A ella le temblaron los labios antes de sonreír levemente.

—Lo cierto es que, acostumbrada a las mentiras de Arthur, esto no es nada.

—No quiero comenzar nuestra relación sin que conozcas todo lo posible de mí.

—¿Y por qué ibas a querer seguir viéndome una vez que todo esto termine?

Él sonrió.

—Si eso es lo que piensas, me temo que voy a tener que pasar más tiempo a tu lado para convencerte de que quiero formar parte de tu vida para siempre.

Cole colgó el teléfono y se los quedó mirando.

—Ahora que parece que la situación avanza, creo que ha llegado el momento de que me digáis qué sucede entre vosotros y hacia dónde se encamina esta relación.

—¡Papá, eso no es asunto tuyo!

Sam sonrió.

—Quiere saber si mis intenciones son honorables, ¿no es eso?

—Justamente —respondió Cole.

Cody se puso en pie.

—Yo no tengo nada que ver en esta conversación. Os veré luego en el apartamento de Austin.

Sam y Cole también se pusieron en pie.

—Aprecio mucho su diligencia en este asunto, coronel —le dijo Cody a Sam estrechándole la mano y luego se giró hacia Cole—. No seas duro con él, ¿de acuerdo, hermanito?

Cole observó marcharse a su hermano pequeño. «Ésa ha sido una buena forma de despedirse», pensó. Sería mejor que empezara a ser más tolerante rápidamente o Allison le cortaría el cuello.

Capítulo Catorce

El domingo por la tarde, cuando Pam y Clay llegaron al apartamento de Austin, encontraron allí a Cody, Cameron y Cole.

—Parece una reunión familiar —dijo Clay con una sonrisa—. Supongo que las cosas están animándose.

—Señores, si me disculpan, tengo que terminar algunos asuntos en mi oficina antes de la reunión —anunció Pam.

Clay miró a su alrededor.

—¿Dónde está Sam?

—Está en el comedor hablando por teléfono con Joe. Me alegro de verte de nuevo

—contestó Cole.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi —le dijo Cody a su hijo—. Y

eso que fue hace sólo una semana.

—He podido dormir mucho más que antes de venir a Texas —le explicó Clay sentándose en el sofá—. ¿Se sabe algo de Henley?

—No —respondió Cameron—. He estado en comisaría y he leído todos los informes de este asunto, pero hasta que el laboratorio no dé los resultados de las muestras tomadas del coche, no hay mucho que contar.

—¿Cómo se lo está tomando Katie?

—Bastante bien, dadas las circunstancias —contestó Cole y miró hacia el comedor—.

Vuestro jefe parece estarle dando el consuelo que necesita en estos momentos.

Clay sonrió.

—¿Y tú cómo te sientes al respecto?

Cole se encogió de hombros.

—Quiero que Katie sea feliz. No estoy seguro de que Carruthers no le rompa el corazón, pero no veo que yo tenga nada que hacer en este asunto.

Cody miró a su hijo.

—¿Y tu corazón cómo está últimamente, hijo?

Clay frunció el ceño.

—Mi corazón está perfectamente. ¿A qué te refieres?

Cody hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

—¿Te ha ayudado ver a Pamela de nuevo después de todos estos años?

—Supongo que sí. Me ha ayudado a comprender que ya no soy ese niño que creía que su vida se acababa cuando ella cambió de opinión acerca del matrimonio. Nadie logrará llegarme tan dentro de nuevo.

—¿Tampoco Pam? —preguntó Cody suavemente.

La carcajada de Clay sonó algo amarga.

—Especialmente Pam no. Supongo que me he dado cuenta de que nos hizo un favor a los dos al cancelar la boda antes de que la situación se volviera intolerable.

—¿Así que ya no sientes nada por ella?

Clay se encogió de hombros.

—Nos conocemos desde que éramos niños, así que hemos vivido muchas cosas juntos.

—¿Pero no ves posible un futuro los dos juntos?

—Papá, yo no pienso en el futuro. Me gusta mi vida tal y como es ahora.

Pam agradeció haberse detenido en el pasillo para asegurarse de que al entrar en la habitación no interrumpiría una conversación familiar. Y todo indicaba que lo hubiera hecho. Y además ella era el tema de conversación.

No la sorprendían los comentarios de Clay. Su actitud hacia ella la última semana apuntaba a que, cuando la misión terminara, no volvería a verlo. Intentó convencerse a sí misma de que no le dolía la actitud de él. Ella era una mujer fuerte, independiente. No necesitaba un compañero que la completara.

Pero no necesitarlo no significaba que no deseara tenerlo. Ella sólo había deseado a un hombre en toda su vida. Sin embargo, se había demostrado a sí misma y a todo el mundo que podía sobrevivir sin él.

El problema de la situación actual era que no estaban en el mundo real. Estaban trabajando encubiertos, haciéndose pasar por otras personas. Nada de aquello era real. Excepto por su respuesta hacia él, eso sí que era real. Sus sentimientos hacia Clay no habían cambiado. Incluso cuando sabía que casarse con él sería el error más grande de su vida, Pam nunca se había ocultado a sí misma que

lo amaba.

La semana que llevaban juntos no había cambiado nada de eso. Ella podría vivir sin ello. Pam se apoyó contra la pared del pasillo y esperó un momento en que pudiera entrar en la sala de estar.

—Joe estará aquí en breve. Comencemos la reunión —oyó que decía Sam.

Ésa fue la señal para entrar.

Para cuando la reunión terminó, ya era de noche. Habían acordado una nueva estrategia. Los hermanos Callaway habían regresado a casa con sus esposas. Joe había llegado sin su compañero, que había regresado a su anterior misión. Así que se habían quedado en el apartamento Pam, Clay, Sam y Joe, afinando los últimos planes.

Después de escuchar el informe de Clay sobre lo que Pam y él habían averiguado, Sam decidió que, antes de pedir refuerzos, los tres hombres harían un reconocimiento de un rancho donde vivía Dirk Davis.

El rancho estaba en la parte oeste de Hill Country y parecía tener demasiada seguridad para un simple rancho de ganado. Pam y Clay no se habían detenido al pasar por delante, pero habían visto guardias armados en la entrada.

Sam decidió que Clay, Joe y él mismo se adentrarían en la propiedad para descubrir qué guardaban con tanto cuidado. Como no tenían ninguna razón legal para estar allí, Sam creyó que sería mejor no avisar aún a las autoridades. Así, si los descubrían, lo que fuera que ocultaban en el rancho detendría a los propietarios de entregarlos a la policía local. Pero que no fueran a entregarlos no significaba que no pudieran dispararles.

Sam asignó a Pam la tarea de quedarse con Katie mientras los tres hombres estaban fuera. Todavía tenían la esperanza de que en las siguientes horas ella recibiera una llamada de Arthur o de quien lo tuviera secuestrado. Pero sobre todo, él no quería que Katie se quedara sola.

Allison, con el consentimiento de Cole, se había ofrecido a recoger a las gemelas de casa de Katie y quedárselas hasta que hubiera alguna noticia de Arthur: Pam tenía que ir a casa de Katie a primera hora de la mañana. Los hombres habían decidido dormir un rato y luego salir hacia el rancho en cuestión.

Pam sabía que los hombres estaban entrenados para una maniobra así, por lo que no puso ninguna pega al plan, aunque se sentía como si a ella le hubiera correspondido un trabajo de niñera.

También admitió que la aterraba la idea de que Clay resultara herido. Se recordó a qué se dedicaba él. Las misiones de Clay siempre eran potencialmente peligrosas y él siempre había sobrevivido. Así que se dijo a sí misma que no tenía por qué preocuparse de ese hombre. Pero su razonamiento no le evitaba la preocupación. Ella sabía lo que era perder a alguien amado.

Pam fue a la cocina a por un vaso de agua y regresó por el pasillo hacia su habitación. Cuando pasó por delante del dormitorio de él, su mano se impuso a su mente y llamó ligeramente a la puerta.

Él la abrió inmediatamente y, al verla, la agarró de la mano y la metió en la habitación. Antes de que ella pudiera hablar, él le quitó el vaso de la mano, lo dejó en una mesa y la tomó en sus brazos.

El beso que él le dio hizo desvanecerse todos los pensamientos sin rumbo de Pam. Él siempre tenía ese efecto sobre ella. Pam sintió que le fallaban las piernas, pero no le importó porque él la agarró fuertemente contra sí, la subió en brazos y, sin dejar de besarla, la llevó a la cama.

A Pam no le parecía justo que alguien tuviera ese efecto tan poderoso sobre ella. Iba a tener que diseñar un plan para protegerse de esa reacción... pero más tarde, cuando su cerebro funcionara de nuevo. Mientras tanto, sus emociones y su cuerpo la dominaban.

Clay y ella se arrancaron la ropa, pendientes solamente de apartar las barreras que se interponían entre sus cuerpos.

Ella sentía como si nunca tuviera suficiente de él. Le acarició la espalda, el pecho, los brazos y la espalda de nuevo. Rodaron en la cama hasta que Clay estuvo boca arriba.

Se protegieron y entonces Pam se montó a horcajadas sobre él, riendo entre jadeos; le encantaba tener control sobre su pasión mutua.

Él se arqueó y ella lo llevó a lo más alto moviendo sus caderas, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada. El le agarró las caderas para ayudarla a mantener el ritmo que los dos demandaban. Compartieron el explosivo clímax boca sobre boca para ahogar sus gritos de placer.

Pam se dejó caer exhausta sobre el pecho de él, preguntándose si alguna vez volvería a respirar con normalidad o si su corazón recuperaría el ritmo de siempre.

Después de lo que le parecieron horas pero seguramente fueron cinco o diez minutos, Clay murmuró:

—Gracias por traerme agua. Es justo lo que necesito ahora.

Ella lo miró sorprendida y le quitó el vaso de las manos.

—¡No la he traído para ti, es mía! —protestó ella entre risas.

Pam se irguió, con lo que se quedó sentada verticalmente sobre él, con él en su interior.

—¿Adónde vas? —le preguntó él.

—A la cama.

—Ya estás en la cama.

Ella se separó de él, haciéndolo gemir en protesta. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Tienes que dormir un poco. ¿No ha dicho Sam que saldríais a las cuatro de la madrugada?

—Puedo dormir perfectamente contigo a mi lado.

—¿Y qué le digo yo si me encuentra aquí contigo?

—¿Por qué iba a hacerlo? No va a comprobar habitación por habitación como en el ejército. Además, ¿qué cambia si él descubre que tú y yo estamos juntos?

Ella se tumbó junto a él y apagó la lámpara de la mesilla. El se giró hacia ella, de costado, y la atrajo hacia sí, hasta que la espalda de ella estuvo contra el pecho de él.

Clay suspiró de felicidad, le dio las buenas noches y se quedó dormido casi al instante.

Pam tuvo que admitirse a sí misma que estaba muy a gusto en brazos de Clay. Sonrió al recordar lo que acababa de suceder. En ningún momento ninguno de los dos había pronunciado palabra; no lo necesitaban.

Pero por lo que había oído que él le decía a su padre, Clay no tenía intención de plantearse un futuro con ella. Quizá ella estaba siendo una cobarde al no sacar el tema. «¿Quizá? No estás segura de qué te asusta más, que él te proponga matrimonio o que proponga que no volváis a veros cuando esta misión haya concluido», se dijo a sí misma.

Cerró los ojos, incapaz de contemplar ninguna de las dos

opciones en aquel momento.

A la mañana siguiente, Pam llegó a casa de Katie en la camioneta de Clay. Katie salió de la casa antes de que ella apagara el motor.

—Da la vuelta a la casa y mete el coche en el garaje —le dijo Katie—. No hay por qué indicar que hay alguien más en mi casa.

—Buena idea.

Pam aparcó el coche en el garaje, sacó su maleta y entró con Katie en la cocina.

—Aprecio de veras que te quedes conmigo. Me gusta estar sin las niñas uno o dos días, pero después de ese tiempo el silencio me aplasta.

Pam apenas conocía a Katie. Se llevaban once años de edad, por lo que Pam nunca había pasado mucho tiempo con ella, a pesar de haber vivido mucha de su infancia con los Callaway. En aquel momento no sabía bien qué decir ni hacer.

Al cabo de un par de horas se dio cuenta de que su preocupación no tenía sentido.

Katie la trataba como si la conociera de toda la vida: compartía con ella chismes de su vida como una Callaway y le contaba historias de los cuatro hijos de Cody que Pam no conocía.

El comportamiento tan abierto de Katie hizo que Pam se relajara y le contara también sus cosas. Se sentía como si hubiera hecho una nueva amiga o como si recuperara el contacto con una antigua.

«Esto debe de ser lo que se siente al tener una familia que te quiere», pensó Pam.

El teléfono sonó varias veces a lo largo de la mañana. Katie habló con sus hijas y con sus padres. Otros miembros de la familia también llamaron para apoyarla. No hubo más llamadas de la policía, pero Pam sabía que no estaban obligados a mantener a Katie al día de sus investigaciones, a menos que la culparan a ella de la desaparición de Arthur Henley.

El día transcurrió sin sobresaltos. Comieron ligero y luego se sentaron junto a la piscina y a media tarde se dieron un baño. Pam no podía dejar de pensar en Clay, en lo que había sucedido la noche anterior, y las otras noches, y qué estaría haciendo en aquel momento. Mentalmente fue siguiendo sus pasos: primero, habrían llegado al pueblo donde Clay y ella se habían alojado; luego

estarían decidiendo cuánto acercarse al rancho con el coche antes de seguir a pie. Quizá era mejor que ella no supiera exactamente cuándo se adentraban en la propiedad.

A las nueve de la noche, Pam estaba exhausta. Katie le enseñó el cuarto de invitados y se despidió de ella hasta la mañana siguiente. Una vez sola, Pam se dio cuenta de que llevaba todo el día alerta y nerviosa, esperando noticias de que algo había sucedido.

Estaba siendo una tonta, lo sabía, así que se obligó a ducharse y meterse en la cama.

Ellos ya se pondrían en contacto con ella cuando tuvieran noticias.

El sonido lejano de un teléfono despertó a Pam algún tiempo después. Ella se apoyó sobre un codo y miró la hora. Eran más de las once de la noche, bastante tarde para una llamada normal.

Saltó de la cama y se apresuró a la puerta. Oyó la voz de Katie, pero no lograba captar lo que estaba diciendo. Pam se acercó al dormitorio de Katie, que tenía la puerta abierta.

Katie estaba sentada en un extremo de la cama, con la espalda vuelta hacia la puerta; hablaba en voz baja pero con cierta urgencia. Pam esperó, no quería escuchar una conversación ajena y a la vez quería que Katie supiera que ella estaba para lo que necesitara.

Katie colgó el teléfono unos minutos más tarde pero no hizo ningún otro movimiento.

—¿Malas noticias? —le preguntó Pam con empatía.

Katie se giró hacia ella dando un respingo.

—Lo siento si el teléfono te ha despertado.

—No te preocupes —contestó Pam, advirtiendo las lágrimas en las mejillas de Katie.

Pam se sentó junto a ella en el borde de la cama.

—Dime qué sucede.

Katie agarró un tisú y se limpió la cara.

—Lo cierto es que son buenas noticias, o al menos eso creo. Era Arthur. Por lo menos sabemos que está vivo.

—¡Qué alivio! —exclamó Pam tomando la mano de Katie entre las suyas.

—Sí. Ya no tendré que anunciarles a las niñas que... —se detuvo y tragó saliva—. Pero como siempre, está metido en un lío y quiere

que yo lo saque de él.

—¿Cómo?

—Quiere que nos veamos.

—¿Cuándo?

—Esta noche —respondió Katie y miró la hora—. De hecho, si quiero llegar a tiempo, será mejor que me marche cuanto antes.

—Pero ¿por qué esta noche precisamente? ¿No podía esperar hasta la mañana?

—Es lo mismo que me pregunto yo. Él estaba asustado, eso está claro, respiraba entrecortadamente. Ha intentado convencerme para que vaya a un lugar que nos gustaba a los dos. Es un parque no lejos de aquí. Le he dicho que estaría cerrado, pero él ha contestado que es el lugar más seguro para que nos veamos.

—¿Qué quiere? ¿Por qué no ha llamado a la policía?

—Porque las personas con las que está lo matarían, ha dicho. Me pregunto si no tendrá igualmente miedo de la policía. Cuando se los he mencionado, le ha entrado en pánico y me ha rogado que no los avise hasta que no haya quedado con él.

—¿Y piensas ir, en serio? —preguntó Pam sorprendida.

Katie se la quedó mirando.

—No sé qué hacer. Me ha dicho que no le contara a nadie que había hablado con él.

—¿Ni siquiera a tu familia?

—Especialmente a mi familia. También me ha preguntado si las niñas estaban aquí y ha parecido aliviado al saber que no estaban. No sé cómo interpretar todo esto, salvo que Arthur ha vuelto a meterse en algo de lo que no puede salir él solo.

—No le debes nada, Katie, ya lo sabes.

Katie asintió lentamente.

—Lo sé. Y también sabía, cuando me divorcié, que él continuaría siendo parte de mi vida porque es el padre de mis hijas.

—¿Te ha dado alguna razón para que sea tan urgente que te vea esta noche?

—No. Sólo repetía una y otra vez que tenía que verme enseguida.

Katie se quedó en silencio varios minutos. Pam esperó sin saber muy bien qué decir.

Por fin, Katie se puso en pie y fue al armario.

—Voy a ir. No voy a conseguir dormirme mientras me pregunto qué es lo que sucede.

—Katie, por favor, piénsalo bien —le dijo Pam—. Si él no quiere que la policía lo sepa, y menos aún tu familia, debe de ser que quiere involucrarte en algo muy peligroso.

Sospechamos que tiene que ver con las explosiones que estamos investigando. El hecho de que haya desaparecido es lo único que nos hace dudar. Y ahora te llama en mitad de la noche… No me gusta nada todo esto.

Katie dudó.

—Pero no puedo quedarme sentada sin hacer nada.

—Espera al menos hasta que Sam y Clay hayan regresado, dales unas horas más. Y

que ellos nos digan cómo manejar mejor la situación.

—Pero si esperamos, Arthur ya no estará allí, ¿no lo entiendes? Necesita ayuda. Quizá necesite que lo lleve en coche a algún lado. Sin duda irá a pie y así no llegará muy lejos.

Pam frunció el ceño.

—Eso no me lo creo. Para empezar, ¿cómo va a llegar al parque en el que ha quedado contigo? ¿Y dónde ha encontrado un teléfono para llamarte?

—Tiene teléfono móvil.

—¿Y crees que quien lo tenga secuestrado va a dejarle tener un teléfono? No me lo creo ni por un segundo. Hay algo en todo esto que no te está contando. Voto porque te quedes aquí, donde estás a salvo, hasta que regresen los chicos. Créeme, si no apareces esta noche, Arthur volverá a llamarte.

Katie se quedó pensativa y Pam esperó, confiando en que su razonamiento convenciera a Katie para no quedar con su estúpido ex marido.

Pam deseó haber pensado en un plan por si sucedía algo mientras los hombres estaban fuera. Era obvio que ellos confiaban en que ella solucionaría cualquier problema que surgiera, pero nadie había pensado en que Arthur le pediría a Katie que saliera de su casa y se encontrara con él en un lugar desierto.

Katie se removió inquieta.

—Lo siento, Pam. Seguramente tienes razón y sé que me estoy arriesgando, pero tengo que ir.

Pam no intentó discutir.

—En ese caso, voy contigo —dijo, dirigiéndose hacia la puerta —. Voy a dejarles un mensaje a Sam y a Clay y a prepararme. Nos vemos abajo.

—Pam, no tienes que...

Pam se detuvo y la miró.

—Estoy aquí para protegerte, Katie. Esta situación es peligrosa y seguramente no deberíamos ir, pero no pienso dejarte ir sola. No saldrás de esta casa sin mí —le aseguró y se apresuró a su habitación.

A los pocos minutos, Pam se había vestido con ropa oscura, se había recogido el pelo y se lo había cubierto con una gorra negra. Salió de su habitación justo cuando Katie salía de la suya. Katie soltó un grito de sorpresa.

—¡No te había reconocido, así vestida!

Katie llevaba pantalones vaqueros y un suéter amarillo.

—¿No tienes un suéter más oscuro? —le preguntó Pam.

—¿Por qué?

—Como no sabemos dónde vamos a meternos, es mejor que nos vistamos de forma que podamos fundirnos con las sombras. Espero que no sea necesario que tengamos que escondernos, pero debemos estar lo más preparadas posible.

—¿Crees que esto es una trampa?

—No tengo ni idea, Katie, ni tú tampoco.

Pam no dijo nada de la pequeña pistola que llevaba escondida en una de sus botas.

Después de que Katie se cambiara de suéter, fueron al garaje y se montaron en su coche. Pam deseó haber acordado una señal con Sam y Clay en caso de que sucediera algo como aquello. Si ellos ya estaban en el rancho, intentar contactar con ellos podría ponerlos en peligro.

Katie y Pam hicieron el camino hasta el parque en silencio. Llevaban casi una hora conduciendo cuando Katie tomó un camino vecinal. Pam no había visto ningún otro vehículo en los alrededores y tampoco había luces cerca del camino que indicaran que había casas en los alrededores.

Katie disminuyó la velocidad al acercarse al parque.

—Está cerrado, ¿verdad? —preguntó Pam.

—Sí. Él ha dicho que nos encontraríamos en la puerta.

Detuvieron el coche. Los faros iluminaban una buena parte de terreno delante de ellas. Pam estaba alerta a cualquier movimiento, pero no veía nada. No había ningún coche por allí.

¿Te ha dicho él en qué coche vendría?

—No, y no se me ha ocurrido preguntárselo.

Pam recordó que habían cerrado las cuatro puertas automáticamente al salir del garaje. Al menos nadie las sorprendería intentando meterse en el coche:

—¿Y ahora qué? —preguntó Pam.

Katie apagó las luces y el motor. El único sonido era el tictac del reloj y el radiador del coche enfriándose.

—No lo sé —contestó Katie—. Quizá hemos llegado temprano. Supongo que tendremos que esperar un rato. Si dentro de una hora no ha aparecido, volveremos a casa.

Se dedicaron a esperar dentro del coche.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿qué ocurrió entre Clay y tú hace años? ¿Te importa si hablamos de ello? —preguntó Katie.

Como estaban a oscuras, Pam supo que ella no la vio poner los ojos en blanco. Pensó que podía ser maleducada y decirle que no era asunto suyo, pero no era el momento de ofender a la mujer a la que estaba protegiendo. Sabía que Katie sólo intentaba dejar de pensar en su propia situación, y Pam no la culpaba por ello.

—No estoy segura de que pueda explicarlo, Katie. Los dos éramos unos niños entonces. Hubo un tiempo en el que me convencí a mí misma de que la única razón por la cual yo creía que estaba enamorada de Clay fue porque quería formar parte de una familia que se quería.

—¿Y ya no estás tan segura? —le preguntó Katie.

—Lo único que sé es que crecimos y cada uno siguió su propio camino. No había razón para que volviéramos a encontrarnos. Yo no hubiera tenido ningún problema con que todo siguiera así.

—¿Quién te asignó a esta misión?

—Mi superior, pero él me dejó muy claro que sólo estaba transmitiendo órdenes y no sabía de dónde venían.

—¿Crees que Clay pidió que formaras parte de esto?

Pam soltó una risita.

—Creo que se quedó tan sorprendido como yo cuando descubrió

que íbamos a trabajar juntos.

—¿Y te ha ayudado algo volver a verlo?

—¿Ayudado a qué?

—A descubrir lo que sientes por él.

Pam no quería hablar de Clay ni de sus sentimientos hacia él.

—Sí, creo que los dos hemos sido capaces de enfrentarnos al pasado y aceptar el punto en el que estamos hoy.

Katie esperó. Como Pam no añadió nada más, cambió de tema.

—¿Conoces bien a Sam Carruthers?

Pam sintió un gran alivio al dejar a un lado el tema de Clay.

—Apenas lo conozco. Parece que es muy bueno en su trabajo.

—No confío en mi juicio en lo relativo a los hombres —comentó Katie sacudiendo la cabeza—. Creía que Arthur era maravilloso… y mira cómo es en realidad.

—Creo que Sam es alguien digno de confianza, si te refieres a eso.

—Lo único que sé es que Sam hace que me sienta joven de nuevo, y atractiva. Y se porta mejor con las niñas que su propio padre.

—¿Te ha comentado algo acerca de que os planteéis un futuro juntos?

Pam se sorprendió a sí misma con esa pregunta tan íntima.

—No exactamente. La verdad es que no hemos tenido mucho tiempo para hablar.

Quiero decir, todo ha sucedido tan rápido… la forma de conocernos, el tiempo que hemos pasado juntos… Y luego la desaparición de Arthur. Supongo que no es ningún secreto que Sam pasó la noche del sábado en mi casa. El estaba conmigo cuando la policía se presentó allí el domingo por la mañana.

Pam agradeció de nuevo que estuvieran en la oscuridad, porque estaba segura de que debía de tener una expresión de absoluta perplejidad. Esperó un momento para recuperar la compostura y luego carraspeó y habló.

—Lo cierto es que nadie había dicho nada.

Katie ahogó un grito de sorpresa. Esperó un buen rato antes de volver a hablar.

—El asunto es que sé que debería avergonzarme por haberme acostado con un hombre al que conozco de hace sólo una semana.

—No tienes que darme ninguna explicación —le dijo Pam.

—Es sólo que me he comportado de forma totalmente extraña para mí. Ni siquiera yo puedo creérmelo. Pero para ser sincera, sé que si se me volviera a presentar la oportunidad, querría estar con Sam.

—¿Te ha dicho a qué se dedica cuando no está en una misión especial?

—Está destinado en Fort Benning, en Georgia. Es instructor allí.

—¿Y qué te parecería llevar una vida militar?

—No tengo ni idea. Nunca he vivido lejos de mi familia. Me resulta difícil imaginarme una vida lejos de la gente a la que quiero.

Parra se quedó en silencio unos momentos.

—Tienes mucha suerte de estar tan unida a tu familia. Y no me refiero a nivel geográfico, sino emocional.

Katie se giró hacia ella.

—Deduzco que tu padre y tú no tenéis una relación muy estrecha.

—No. Él nunca me ha perdonado por tomar mis propias decisiones sobre mi vida.

Mantiene las apariencias, por supuesto: se asegura de que su secretaria me mande regalos en los momentos indicados a lo largo del año, pero apenas lo veo. Los dos estamos muy ocupados y nuestros horarios no coinciden, aunque estamos a menos de una hora de camino.

Pam vio movimiento entre las sombras a espaldas de Katie.

—Katie —le susurró con urgencia—. Hay alguien ahí fuera.

Katie se giró rápidamente y miró por la ventanilla de su lado. Vieron cómo una figura salía del bosque y se movía hacia ellas cautelosamente.

—Es Arthur, reconocería su forma de caminar en cualquier lado —susurró Katie y se dispuso a abrir la puerta.

Para le quitó la mano del picaporte.

—No salgas.

Katie la miró sorprendida.

—¿Y entonces cómo voy a hablar con él?

Arthur dio unos golpecitos en la ventana.

—Katie, déjame entrar.

Pam evaluó la situación.

—Que te hable por el maletero —le susurró a Katie.

Pam sabía que Arthur no la había visto. Desactivó la luz del techo que se encendía cuando se abría alguna puerta.

—Abre el maletero —le dijo Katie a Arthur.

Él movió el picaporte, pero las puertas del coche estaban cerradas.

—Abre la maldita puerta, Katie —gruñó él.

Pam intentó prevenirla para que no abriera los seguros de todas las puertas, pero no fue suficientemente rápida. De pronto oyó abrirse los cerrojos de todas las puertas.

Arthur abrió el maletero al mismo tiempo que alguien abría las dos puertas del lado de Katie. Ella se giró y vio dos hombres altos y fornidos en el exterior. Uno de ellos la agarró del codo y tiró de ella.

—Parece que tu mujercita ha traído compañía, Henley. Demonios, ¿es que no puedes hacer nada bien?

Capítulo Quince

Clay se movía silenciosamente entre la maleza a altas horas de la noche. Sam, Joe y él habían atravesado la valla unos tres kilómetros antes. Los tres iban vestidos de negro, con el rostro pintado de oscuro y gafas de visión nocturna. Se habían separado y se comunicaban por auriculares y micrófonos mientras examinaban la propiedad con mucho cuidado.

Los tres habían pasado casi todo el día observando la entrada al rancho desde una colina lejana. Sus potentes prismáticos les habían permitido saber quién entraba y salía en todo momento.

Habían revisado las fotografías de cada uno de los sospechosos. A media tarde, vieron que uno de ellos entraba en el rancho.

Cuando se hizo de noche, Sam decidió que ya tenían suficiente información para asegurarse de que estaban sobre la pista correcta.

Él había preferido que recorrieran varios kilómetros a lo largo del rancho y habían encontrado una carretera secundaria que transcurría paralela a la valla trasera del rancho. Sam había dejado el coche alquilado de Joe bien escondido entre la vegetación. Y en aquel momento estaban moviéndose por el rancho, buscando señales de gente.

—He encontrado su cuartel general —anunció Sam por los auriculares e indicó a los otros dos dónde estaba él.

Sam había encontrado un claro con un edificio más grande que otros que lo rodeaban. Había varios camiones aparcados junto a ellos. De la cabaña no salía ningún ruido. Sólo había luz por una de las ventanas.

—¿Nos acercamos? —preguntó Clay—. ¿Intentamos averiguar qué hay ahí dentro?

—Sí —respondió Sam—. Vamos allá.

—¡Quíteme las manos de encima? —exclamó Pam mientras uno de los hombres la sacaba del coche.

—¿Quién demonios es ésta, Katie? —oyó que preguntaba Arthur.

—Una amiga. No quería que viniera hasta aquí yo sola.

—No la había visto nunca.

—¿Y qué? Tengo muchos amigos a los que tú no conoces.

—Incluyendo a ese Carruthers, ¿verdad?

—¿Qué quieres, Arthur? —le preguntó Katie mirando a los otros dos hombres.

Pero advirtió que Arthur miraba al hombre que estaba a su lado. Y el hombre la miró a ella por encima del techo del coche.

—Mala suerte que decidieras ayudar, muñeca. Parece que tú también vas a venirte de excursión —dijo el hombre y se dirigió al que la tenía sujeta—. Métela en el asiento trasero y a la otra también. Conducirá Arthur.

—No lo entiendo —protestó Katie saliendo del coche—. ¿Qué quieren de nosotras?

—De vosotras no. De usted. Dirk lleva mucho tiempo esperando esto. Considerémoslo una reunión familiar —respondió el hombre.

Katie se giró hacia Arthur. El otro hombre soltó una macabra carcajada.

—El no lo va a ayudar, señorita. Para Dirk, él ya ha aportado lo que podía.

Arthur se removió inquieto.

—Un momento, Sid. He cumplido con mi parte del trato. Pero involucrar a Katie no entraba en ello. Queríamos llegar hasta Cole, ¿recuerdas?

Sid metió a Katie en el asiento trasero, donde ya estaba Pam. El hombre que había sujetado a Pam cerró la puerta y se sentó en el asiento del copiloto junto a Arthur, que encendió el motor. Sid se sentó junto a Katie y cerró la puerta.

—En marcha —murmuró.

Clay, Sam y Joe se habían separado y se acercaban cuidadosamente a los edificios, cada uno a uno en concreto, para averiguar qué contenían. Sam fue el primero en avisar de que había guardias en cada edificio. Casi se había tropezado con uno de ellos, pero afortunadamente estaba dormido. Era evidente que no esperaban intrusos.

Clay advirtió que el guardia de su edificio estaba despierto, así que lo evitó silenciosamente y se coló dentro. Era un almacén de armas de fuego, desde pistolas hasta rifles automáticos. Sin duda la munición estaba en otro lugar. Fuera lo que fuera lo que estuviera tramando aquella gente, iba en serio.

¿Por qué habían elegido como objetivo las empresas Callaway?,

se preguntó. Desde luego, había gente que lo odiaba a él por la sencilla razón de haber nacido en esa familia. Él nunca había sido capaz de comprender ese tipo de razonamientos, simplemente había aprendido a vivir con ello. Hasta aquel momento. Entonces se dio cuenta de que lo que no comprendía podía llevarlo a la muerte.

Clay contó por encima el número de armas y salió del edificio, asegurándose de dejar bien cerrada la puerta detrás de él. Luego corrió al punto de encuentro. Minutos más tarde llegaban Sam y Joe. Les contó todo detalladamente. Los otros dos habían encontrado almacenes de munición y de comida suficientes para mantener a un ejército durante varios meses en situación de asedio.

—¿Qué estarán preparando? —murmuró Sam casi para sí mismo y miró su reloj—.

Tenemos que salir de aquí.

—¡Esperad! —susurró Joe—. Están acercándose unos vehículos a la entrada del rancho.

Apuntaba con los prismáticos en esa dirección.

—¿Puedes ver cuántos son? —le preguntó Sam.

—Dos. Se acercan muy deprisa.

—¿Crees que nos han visto? —preguntó Clay.

—Negativo —respondió Sam—. Pero no son horas de tener visita.

Clay miró su reloj. Eran casi las tres de la madrugada.

Los tres se quedaron en silencio y sin moverse. Desde allí tenían buena visión del edificio principal y del camino que llevaba hasta él. Por fin vieron aparecer los coches. Uno era un último modelo, el otro era un utilitario más antiguo. Los coches se detuvieron delante de los edificios. Dos hombres salieron del coche deportivo.

Tres hombres y dos mujeres se bajaron del otro coche.

Sam comenzó a maldecir en voz baja.

—¿Qué sucede? —le preguntó Clay.

—Acabo de reconocer ese coche —contestó Sam.

Clay observó el coche más detenidamente con los prismáticos. No conocía a los hombres, aunque uno le resultaba vagamente familiar.

Una de las mujeres giró el rostro y Clay reconoció su perfil.

—¡Es Pam! —susurró conmocionado.

—Y Katie —añadió Sam enfadado.

Clay observó a los hombres que las acompañaban.

—Entonces ése debe de ser Arthur Henley. Sólo lo conozco por fotografías, pero diría que es él.

—Sí —le contestó Sam y suspiró irritado—. Parece que ha logrado convencer a las mujeres para que quedaran con él en algún lugar.

—Y en realidad era una trampa —concluyó Joe.

Clay sintió que su cuerpo reaccionaba a esa noticia con una nueva descarga de adrenalina. ¿Qué demonios había sucedido? Pam no se hubiera dejado atrapar tan fácilmente, pero Katie... ella seguro que no había comprendido los posibles peligros de ver a su ex marido.

¿Se habrían presentado aquellos hombres en casa de Katie? Si era así, ¿cómo era posible que ella los hubiera dejado entrar? Pam seguro que le habría advertido que no les abriera la puerta, incluso aunque fuera Arthur quien estuviera llamando.

Clay, Sam y Joe observaron cómo el grupo entraba en el edificio principal. Al instante se encendieron más luces.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó Clay a Sam.

—Vamos a acercarnos hasta que podamos hacernos una idea de qué sucede.

—¿Y los guardias?

—Vamos a tener que asegurarnos de que no nos ven ni nos oyen. En marcha.

Se separaron y se acercaron a la cabaña. Clay la rodeó y volvió junto a Sam.

—¿Has contado cuántos hombres hay?

—Siete, por el momento. Pero a saber cuántos más hay que aún no hemos visto

—respondió Clay.

—Eso me parecía a mí. Acerquémonos un poco más.

Había llegado el momento de ponerse serios.

Pam contó mentalmente cuántos hombres había en cuanto entraron en la cabaña. Era evidente que ninguno de ellos consideraba que Katie y ella fueran una amenaza. No las cachearon por si llevaban armas, pero Pam sabía que su pequeña pistola no le serviría de mucho en aquella situación.

Pam contó diez hombres, ninguno de los cuales le gustaría tener

como amigo.

Decidió quedarse callada, sin llamar la atención sobre sí misma, hasta que decidiera qué podían hacer para escapar de allí.

Katie se dirigió al tal Dirk, que era claramente el jefe.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó.

Dirk señaló a Arthur con la cabeza.

—Ha sido idea suya —respondió el hombre.

Arthur explotó.

—¿Estás loco? Secuestrar a Katie sería lo último que desearía hacer. Su padre es Cole Callaway, ¿tienes idea de lo que va a hacer cuando descubra que ella ha desaparecido?

Dirk miró a Katie de arriba abajo con cierta diversión.

—Bueno, hermanita, me pareció que ya era hora de que tú y yo nos conociéramos.

Katie se lo quedó mirando como si le hubiera hablado en otro idioma.

—¿A qué se refiere? —le preguntó al fin.

La medio sonrisa de Dirk desapareció de su rostro.

—¿Quieres decir que tu padre nunca te lo contó? Yo soy el hijo que Cole Callaway nunca quiso reconocer, al menos ante el mundo. Sí, ya sé lo de tu hermano mayor Tony y cómo tu padre estuvo años sin saber que existía. Pues te aseguro que de mí sí que sabe que existo. Mi madre y él fueron pareja durante un tiempo, pero en cuanto ella se quedó embarazada de mí, él le dijo que no quería tener hijos.

—¡Eso es mentira! ——exclamó Katie indignada—. A mi padre le encantan los niños. Le encanta contar la historia de lo contentísimo que se puso al saber que existía Tony y cuando por fin pudo casarse con mi madre y tener una familia con ella. Y quizá salía con tu madre antes de volver a encontrarse con la mía y descubrir la existencia de Tony. Pero si tú fueras su hijo, él te habría reconocido igual que hizo con Tony.

—Eso es lo que él quiere que creas. Pero lo cierto es que le pagó a mi madre para que no desvelara que él era mi padre. Bueno, quizá ella lo amara lo suficiente para prometerle eso, pero yo nunca le prometí nada a ese hombre. El ha ignorado que yo existía durante toda mi vida. He crecido viéndoos a vosotros con vuestros aires de grandeza mientras yo tenía que arreglármelas como podía. Todos

vosotros me ponéis enfermo. Decidí hacerle saber que, aunque yo no llevo el apellido Callaway, soy como él. Puedo planear un ataque contra él y realizarlo con éxito. Lo he demostrado.

Katie lo miró incrédula.

—¿Qué es lo que ha demostrado? Mi padre no sabía quién había causado las explosiones ni por qué. ¿Qué esperaba usted conseguir con todo esto? ¿Y por qué me necesita a mí?

Pam deseó que Katie dejara el interrogatorio. Ella estaba estudiando al hombre y recordando lo que había leído sobre él, y estaba llegando a la conclusión de que, independientemente de que fuera hijo de Cole o no, y seguramente no lo era, el hombre había desarrollado una visión deformada de los Callaway y del mundo que lo rodeaba. Ese hombre era un psicópata peligroso. Sería mejor no enemistarse con él en aquel momento.

Claro que Katie no sabía que ese rancho era el que habían ido a investigar Sam, Clay y Joe. Pam lo había reconocido al ver las puertas de la entrada. Con un poco de suerte, ellos estarían por allí, aunque los otros los superaban con creces en número.

Pam sólo podía rezar para que las hubieran visto llegar. De no ser así, Katie y ella estaban en una situación mucho más peligrosa de lo que desearía. Si Sam y los otros sabían que ellas estaban allí, pedirían refuerzos. Ella tenía que asegurarse de que protegía a Katie del fuego cruzado. Y enemistarse con el jefe no iba a ayudarla.

Dirk se había puesto rígido al oír las palabras de Katie.

—Estás aquí porque he decidido que ya es hora de verme cara a cara con Cole Callaway. ¡Supongo que él vendrá gustoso a visitarme si sabe que su preciosa hija está aquí!

Arthur explotó de nuevo.

—¿Estás loco? Si hubiera sabido lo que tramabas, nunca hubiera accedido a quedar con ella. Una cosa es igualarse a él volando algunas de sus fábricas y almacenes,

¡pero cuando uno se mete con su familia, firma su sentencia de muerte!

Katie se giró hacia Arthur.

—Así que has sido parte de esto todo el tiempo...

—¡Por supuesto que he sido parte de esto! No habrían podido hacerlo sin mí. Conocí a Dirk en el ejército y desde entonces somos amigos —dijo Arthur y se giró hacia Dirk—.

Pero tú nunca me contaste el resquemor que tenías hacia los Callaway. Nunca me dijiste que eras hijo de Cole.

Dirk fulminó a Arthur con la mirada.

—Hay muchas cosas que no te he contado porque nunca he confiado en ti después de que te casaras y formaras parte de la familia Callaway. Pero entonces me di cuenta de que podía usar esa conexión a mi favor, cosa que he hecho —dijo el hombre y comenzó a pasear cerca del grupo—. Me di cuenta de que a ti, Arthur, no te importaba desaparecer fingiendo que te habían secuestrado y deseando que culparan a tu ex mujer; desde luego, no has puesto ninguna pega en llamarla y quedar con ella en un lugar donde pudiéramos atraparla sin complicaciones. Pero debes de estar loco para haber traído a la otra.

Con un gesto de la cabeza, señaló a Pam. Todo el mundo se giró hacia ella. Ella fijó la mirada en sus pies. Quería convencerlos de que ella no suponía ninguna amenaza.

—Vamos, Dirk —intervino uno de los hombres que habían ido al parque—. No podíamos dejar que se marchara y avisara a alguien.

Dirk frunció el ceño.

—No sé cómo he acabado rodeado de ineptos como vosotros —murmuró casi para sí mismo.

Pam miró de reojo a Katie, que estaba muy pálida. Sopesó la situación y se arriesgó a hablar. Carraspeó y comenzó:

—Por favor, ¿hay algún lugar donde podamos tumbarnos a descansar? —preguntó, esperando sonar suficientemente patética e inofensiva.

Pareció funcionar. Los hombres se miraron entre ellos como si ella acabara de encender una bombilla. Dirk miró a Katie.

—Supongo que sí, hasta que decida qué hacer con vosotras. Arthur, llévalas al dormitorio y quédate con ellas. Yo llamaré al viejo por la mañana, a ver cuántas ganas tiene de unirse a nuestra reunión familiar.

—Dirk, estás cometiendo un error con esto —le advirtió Arthur —. Lo que les hemos hecho hasta el momento a los Callaway era como una picadura de mosquito para Cole, algo molesto pero nada más. Pero molestar a su familia es otro asunto completamente distinto.

—El problema contigo, Henley, es que no tienes valor —replicó

Dirk—. A mí no me asustan ninguno de ellos, ni siquiera Cole. Antes de acabar con él, lograré que admita todo lo que yo quiero. Y lo que quiero es que me reconozca y que me dé la parte que me corresponde de la fortuna familiar. Con ese poder, puedo cambiar este país.

Puedo enseñar a los políticos cómo se gestiona de verdad un gobierno.

Pam se giró y se encaminó hacia la puerta que Dirk les había indicado. No estaba segura de poder seguir escuchando a ese hombre, estaba lunático perdido.

Katie la siguió. En el dormitorio había tres filas de literas. Pam se tumbó en la cama que estaba más cerca de la ventana y cerró los ojos, pero no sin antes echar un buen vistazo al exterior.

La única luz de la habitación provenía de la sala de estar, por lo que sus ojos se ajustaron rápidamente a la oscuridad exterior. A ese lado de la cabaña había vegetación hasta unos tres metros de altura. Tenía que ocurrírsele una forma de salir de allí, escaparían por la ventana.

Katie se tumbó en la cama contigua a la de Pam.

Arthur entró en el dormitorio y cerró la puerta. Se acercó murmurando en la oscuridad hasta una de las camas.

En cuanto Katie sintió que la puerta estaba cerrada, se dirigió a Arthur.

—No puedo creer que estuviera casada contigo tanto tiempo y no me enterara del tipo de hombre que eras.

Pam oyó a Arthur tumbarse en la cama y estirarse. El ignoró el comentario de Katie.

—Será mejor que duermas un poco. Dirk nos despertará antes de que amanezca.

—No vas a salirte con la tuya, ¿sabes? —le advirtió Katie—. No quiero ni pensar en lo que mi padre va a hacerte cuando te ponga las manos encima.

Arthur soltó una risita.

—Quizá no te has dado cuenta de la seguridad que hay por aquí, Katie. Nadie puede entrar en este lugar sin que algún guardia se dé cuenta. Por una vez, tu padre no es quien controla la situación. Me preguntó qué tal le sentará eso... Y ahora cállate y duérmete.

Pam se obligó a respirar lenta y rítmicamente fingiendo que ya

se había dormido.

Escuchó atentamente cómo Arthur, y después Katie, caían dormidos. Continuó un rato tumbada, contando el tiempo en silencio. Cuando Arthur comenzó a roncar, ella se incorporó lentamente en la cama y agarró la pistola de su bota. Moviéndose silenciosamente, pasó junto a Katie con mucho cuidado de no tropezarse con nada.

Una débil luz que entraba por la ventana la guió hasta Arthur, que estaba tumbado boca abajo.

Con un movimiento certero, Pam lo golpeó con la pistola en la cabeza, justo debajo de la oreja. El suspiró suavemente y se quedó en silencio.

Katie se incorporó en su cama ahogando un grito. Pam se giró hacia ella y le hizo un gesto de que no hiciera ruido. Luego se deslizó hasta la ventana y buscó el cerrojo. Se abrió fácilmente, sin hacer ruido. Con mucho cuidado, Pam levantó la ventana lo más posible. Se giró hacia Katie y se la encontró a su lado. Le hizo una señal de que saliera por la ventana y dio gracias porque las dos llevaban ropa oscura. En cuanto Katie llegó al suelo, Pam la siguió.

El refugio más cercano estaba delante de ellas en línea recta. Pam agarró a Katie de la mano y echó a correr hacia los árboles. Al llegar allí siguió moviéndose, aunque más despacio. Continuó hasta que le pareció que Katie ya no aguantaba más el ritmo y entonces ralentizó el paso y buscó un lugar donde poder detenerse a recuperar el aliento.

Condujo a Katie a un grupo de arbustos y se arrodilló en el centro de ellos. Katie se tumbó en el suelo junto a ella. Su pregunta dejó perpleja a Pam.

—No lo has matado, ¿verdad?

—No, sólo lo he dejado inconsciente. Le saldrá un chichón y le dolerá la cabeza, pero no iba a perder tiempo convenciéndolo para que nos dejara escapar.

La risita de Katie parecía más un sollozo.

—Nunca había estado tan asustada en toda mi vida. ¿Y ahora qué hacemos?

—Esperaba que no hicieras esa pregunta todavía. No estoy segura. Lo principal es que esos tipos no nos encuentren. Esperaba que Sam y Clay estuvieran por aquí cerca y…

—Entonces estás de suerte —dijo Clay a sus espaldas, haciendo que Katie gritara asustada antes de que Pam le tapara la boca con la mano.

Katie se giró y vio a Sam junto a Clay. Se lanzó en brazos de Sam y se acurrucó contra él.

Pam miró a Clay.

—¿Hace falta que os diga lo mucho que me alegro de veros?

—Seguramente no. Hemos pedido refuerzos, llegarán enseguida. Joe está esperándolos en la carretera para que vayan entrando poco a poco; empezarán por los guardias de la entrada. Luego íbamos a tener que hacer algo para evitar que os mataran. Nos has ahorrado mucho tiempo y esfuerzo.

—Es parte de mi trabajo —respondió ella con una sonrisa.

—Entonces, ¿puedes explicarme cómo demonios os atraparon? Eso sí que no era parte de tu trabajo.

Cómo no, pensó Pam, Clay tenía que poner el dedo en la llaga, si no, no sería él.

—¿Podemos evaluar mi actuación después? Me gustaría salir de aquí lo antes posible

—dijo Pam mirando a Sam, que abrazaba a Katie y le susurraba algo.

Sam elevó la vista.

—Tienes razón. Si estáis dispuestas a andar, os conduciremos de regreso al coche. Ya he informado a Joe de que las dos estáis con nosotros y que ellos pueden avanzar a su ritmo. No tenemos por qué estar aquí cuando los detengan.

Pam miró a los dos hombres.

—¿Significa eso que, después de esta noche, nuestra misión está terminada?

Sam asintió.

—Nuestra parte al menos, sí. Y si a todos os parece bien, yo no le contaría a Cole Callaway que esta noche su hija ha estado en peligro de muerte. No creo que me ayudara a ganar puntos frente a él y, sinceramente, necesito toda la ayuda posible.

Katie soltó una risita. Pam sabía que la culpaban de aquel episodio, pero ya no importaba. Ella había logrado que salieran de él sanas y salvas. Gracias a Dios, Sam y Clay las habían encontrado. Se oyó un grito desde la cabaña.

—Parece que Arthur se ha despertado o que alguien ha descubierto que nos hemos escapado —comentó Pam.

Sam hizo un gesto a Clay con la cabeza.

—Dirígenos tú —le dijo.

Clay se puso en marcha, apartándose de los edificios y conduciéndolos hacia el lugar desde donde habían divisado el cuartel general por vez primera. Pam no tuvo problema en seguirlo. Sam ayudó a Katie a avanzar lo más rápido posible entre la maleza.

Pam observó a Clay moverse delante de ella. Él estaba en su elemento y ella lo sabía.

Intentó concentrarse en pisar donde él pisaba; no quería torcerse un tobillo. Y no dejaba de repetirse que aquélla sería una de las últimas veces que lo viera. Comenzó a almacenar impresiones para añadirlas a sus recuerdos del niño y el adolescente que ella había conocido y amado.

Capítulo Dieciséis

—Aprecio mucho todo lo que habéis hecho —les dijo Cole Callaway a los miembros del equipo a la tarde siguiente.

Estaban todos en el apartamento de Austin. El había ido a visitarlos.

—Estoy impresionado de lo rápido que habéis solucionado el asunto —añadió.

—El Gobierno está contento de saber que no era un ataque contra ellos —comentó Sam.

Cole hizo una mueca.

—No, sólo son más enemigos de la familia a los que enfrentarse. Todo el mundo ha sido muy discreto y no me han preguntado acerca del reclamo de Dirk Davis de que yo soy su padre. No tengo problemas en contaros la verdad: Helene Davis trabajaba en el departamento de marketing hace años en Dallas. Una noche se quedó trabajando hasta muy tarde y cuando fue a por su coche, la violaron. Su atacante estaba en libertad bajo fianza, lo habían detenido por otra violación. Los tribunales lo condenaron de por vida y murió años después en una pelea en la prisión —relató Cole —. Desgraciadamente, Helene se quedó embarazada en la violación. Como era empleada nuestra, me sentí responsable de la falta de seguridad en los alrededores del edificio en aquel tiempo. Nos aseguramos de que Helene tenía todo lo necesario, no sólo para dar a luz, sino para quedarse en casa cuidando del bebé.

Cole se detuvo y tomó aire.

—No sé cuándo su hijo se hizo a la idea de que yo era su padre. Conociendo a Helene, estoy casi seguro de que ella no se hubiera inventado una historia así, pero no sé cómo le explicó a su hijo las circunstancias de su concepción. Como los cheques que ella recibía eran enviados desde nuestra oficina, quizá él creyó que era una señal de que yo estaba implicado, porque era quien firmaba los cheques. Me siento muy mal respecto a cómo han salido las cosas. Ni siquiera sé si Helene sigue viva.

Nadie dijo nada. A Pam no se le ocurría nada que pudiera mitigar el daño hecho por las alucinaciones de Dirk. Agradeció que Sam cambiara de tema.

—Supongo que Arthur está retenido con el resto de los hombres.

Cole asintió.

—El fiscal cree que será quien nos dé toda la información necesaria para conocer la historia completa.

—Me alegro mucho de que lo encontraran vivo. Katie no necesitaba que la gente sospechara de ella —dijo Sam y miró a Pam y Clay—. Si nos disculpáis, quiero comentar algo con Cole que no tiene nada que ver con nuestra misión.

Pam se marchó a su habitación. Tenía las maletas hechas sobre la cama. No había nada que hacer excepto esperar el momento de ir al aeropuerto. Oyó un ruido en la puerta y se giró hacia ella. Clay la abrió ligeramente y asomó la cabeza.

—Parece que ya tienes todo preparado —le dijo él.

Ella asintió.

—¿Te importa si hablamos un momento? —le preguntó él.

Pam tragó saliva nerviosa. Si fuera sincera con él, y cobarde también, le diría que se marchara. En lugar de eso, asintió y él entró en la habitación y se sentó en la silla del escritorio. Ella se sentó en el sofá cama y esperó.

—Es evidente que hay algo entre nosotros —comenzó él mirándose las manos entrelazadas—. No tiene sentido negar que no puedo quitarte las manos de encima.

Aunque tú lo achacabas a las hormonas adolescentes cuando estábamos en el instituto, creo que en tu corazón sabes que es más que eso, ahora y entonces.

Clay se irguió en el asiento y la miró a los ojos.

—Necesito saber qué sientes respecto a nosotros ahora. También tenemos que hablar de la posibilidad de que estés embarazada.

Aquello era mucho peor de lo que ella había creído que sería, pensó Pam. Ella no estaba preparada para hablar de aquella relación. Ni siquiera sabía si algún día lo estaría. Menuda cobarde estaba hecha.

—Clay, yo... —comenzó y se detuvo para pensar lo que iba a decir—. Esta mañana he descubierto que no estoy embarazada, lo que supone quitarnos un peso de encima. Y

respecto a qué siento acerca de nosotros... no estoy segura de saberlo. Estarás de acuerdo conmigo en que encontrar que teníamos que realizar esta misión juntos fue una conmoción para los dos.

Había muchos asuntos sin resolver que nos hemos visto obligados a afrontar en muy poco tiempo. No voy a negarte que la conexión contigo a nivel sexual siempre ha sido poderosa. Nunca he respondido a ningún hombre como me sucede contigo… En realidad, nunca he hecho el amor con ningún otro hombre.

Lo dijo lentamente y marcándolo, para que él comprendiera esa verdad.

—En cierta forma —continuó ella—, supongo que lo que tuvimos hace tantos años me impidió buscar posibles sustitutos.

Clay se quedó atónito ante aquella revelación y luego sonrió lentamente.

—Si crees que voy a disculparme, estás soñando —le dijo alegremente.

—El asunto es —siguió ella—, que la atracción sigue enturbiando mis pensamientos, hasta el punto de que no sé realmente qué siento por ti.

El dejó de sonreír pero no dijo nada.

—Tienes que comprender que, cuando mi padre insistió tanto en que nos casáramos, negué esa atracción. Me sentía como si estuviera recibiendo un castigo por no poder controlar mi reacción hacia ti. Estaba enfadada y confundida y me sentía muy sola porque no podía contarle a nadie lo que me estaba sucediendo. No tenía a nadie que me comprendiera.

—Podrías habérmelo contado a mí —le dijo él lentamente.

—Lo intenté, Clay, ¿recuerdas?

El se rascó la oreja pensativo.

—Quizá sí que lo hiciste. Pero lo único que escuché fue que no querías casarte conmigo. Eso me llegó alto y claro. Supongo que en aquel momento no me importaba el porqué de tu decisión. Estaba deshecho por tu rechazo.

Ella suspiró.

—Supongo que fue culpa mía. Te hice mucho daño y luego no volví a hablar contigo durante años. Y ahora nos hemos encontrado de nuevo, como si el destino hubiera decidido que es el momento de sanar el pasado. El problema es que no sé cómo.

—Supongo que, si en este punto sugiero que nos casemos, no te parecerá una buena idea —dijo él sin darle mucha importancia, aunque su mirada era seria.

Ella lo miró sorprendida.

—Hasta hace poco más de una semana, no nos habíamos hablado desde que éramos adolescentes; y ahora, me lanzas la idea de casarnos como si estuvieras hablando de una cita para ir al baile del instituto. En realidad no nos conocemos, Clay. No estoy segura de que alguna vez lo hiciéramos. Creo que, como muchos adolescentes, nos creamos una fantasía del compañero perfecto alrededor de la otra persona. Pero ya no somos unos niños. Hemos trabajado duro para hacernos un nombre en nuestra profesión y ni la tuya ni la mía ofrecen facilidades cuando alguien quiere tener una familia en condiciones. Casarnos a estas alturas de nuestra vida y de nuestras carreras no me parece que tenga mucho sentido, ¿a ti sí?

Él no respondió enseguida. De hecho, había vuelto a clavar la mirada en sus manos entrelazadas. Ella esperó, aunque no estaba muy segura de querer escuchar lo que él tenía que decir: ¿que la amaba tanto que perderla una segunda vez sería insoportable para él? ¿O quería que él le diera la razón y admitiera que el matrimonio nunca funcionaría entre ellos?

Por fin habló.

—Así que sigues sin querer casarte conmigo ——concluyó él.

Ella desvió la mirada. Sabía que era el momento de la verdad entre ellos dos, ¡pero no estaba preparada! Cada vez que estaba junto a él sus sentimientos viajaban en una montaña rusa.

¿Lo amaba? Sin ninguna duda. ¿Y creía ella que su matrimonio podría funcionar, con todo lo que había entre los dos? Sinceramente, no lo sabía. Y lo que era aún peor: la asustaba intentarlo.

—No creo que funcionara, Clay. Hay demasiados escollos entre nosotros.

Él asintió lentamente y se puso en pie.

—De acuerdo. Aprecio tu sinceridad. No quería marcharme de aquí preguntándome si aún podríamos tener una oportunidad —dijo y la tomó de la mano—. Cuídate, ¿de acuerdo?

Clay se dio media vuelta y salió de la habitación. Momentos después, Pam oyó que la puerta principal se cerraba. No estaba segura de si se había marchado Cole o Clay.

No estaba segura de querer saber que Clay se había marchado

para siempre.

Pam se apoyó sobre su maleta. ¿Cuál era su problema?, se preguntó. Debería sentirse bien con su decisión. Lo único que había hecho era confirmar— la que había tomado hacía años: ser libre, vivir su propia vida.

Entonces, ¿por qué temblaba de aquella manera? ¿Y por qué las lágrimas le inundaban las mejillas?

Una vez que Pam y Clay abandonaron la sala de estar, Sam se planteó la mejor forma de hablar con Cole.

—Quiere hablar de Katie conmigo, ¿verdad? —se le adelantó Cole.

—Sí, señor.

—Lo que suceda entre vosotros dos no es asunto mío. Espero haberlo dejado claro.

—Aprecio su postura, pero necesito su consejo.

—¿Mi consejo? —preguntó Cole sorprendido—. ¿Acerca de qué?

—Amo a Katie, lo cual es casi inconcebible para mí teniendo en cuenta que la conozco desde hace poco más de una semana. Sin embargo, dudo de si no me habré aprovechado de su situación y de lo vulnerable que ha estado.

—¿Así que duda, eh?

—Sí, señor. Por lo que he visto, Katie siempre ha contado con el apoyo y la guía de su familia. Antes de pedirle que se case conmigo, necesito estar seguro de que, si ella acepta, podrá ajustarse a los cambios que se producirán en su vida.

—Cambios... —repitió Cole en tono plano.

—No sólo por el dinero, eso es obvio porque mi nivel de vida no tiene nada que ver con lo que ella está acostumbrada. Además, estoy a las órdenes del ejército. Vivo donde me destinan y eso cambia según dónde me necesitan. Confieso que esta última misión ha sido algo fuera de lo habitual. Mi deber como instructor me obliga a estar en Fort Benning la mayoría del tiempo.

Cole sonrió.

—Creo que está contándole esto a la persona equivocada, coronel. Yo no soy quién para decir si Katie será feliz con usted, es ella quien debe decirlo.

Sam se ruborizó.

—Lo sé... pero quizá lo que espero es que usted me convenza de

que ella está mejor como está ahora, para que así yo me aparte de ella y no le haga daño más adelante.

Cole se acarició la barbilla pensativo.

—Ya que me lo pregunta, y conste que ésta es sólo mi opinión, la forma de hacerle mas daño a mi hija es alejarse de ella sin decirle lo que siente.

—Katie sabe lo que siento por ella.

—Entonces ya es hora de que usted le diga lo que quiere hacer al respecto.

—¿Eso cree?

—Eso lo sé. Sí, Katie está muy vulnerable ahora. Está preocupada por cómo van a tomarse las niñas lo que sucede con Arthur, pero es una mujer fuerte, coronel, y sabe bien lo que quiere. Está dispuesta a arriesgarse por lo que desea. No tiene usted ni idea de lo mucho que duele jugar a Cupido en esta situación, pero mi esposa y mi hija nunca me perdonarían si no le dijera a usted la verdad: Katie lo ama. Usted va a tener que lidiar con eso, así como con las consecuencias. Así que quédese por aquí todo el tiempo que desee —dijo Cole y se puso en pie—. Y ahora, voy a irme a casa a maldecir el día en que me dejé convencer para traer a gente del ejército para resolver nuestro problema, porque tengo la impresión de que usted va a llevarse lejos a mi hija. Será mejor que me prometa que podré verla a ella y a mis nietas a menudo.

Cole se puso en pie y Sam lo imitó y le tendió la mano.

—Gracias por ser tan justo conmigo —le dijo Sam.

—Espere a tener sus propios hijos, coronel, y verá lo posesiva que puede ser una persona.

Sam llevó a Pamela al aeropuerto de Austin antes de dirigirse a Lakeway para ver a Katie. Clay se había ido a ver a sus padres y a devolverles la camioneta antes de regresar a su destino al otro lado del Atlántico.

Sam detuvo el coche delante de la casa de Katie y se bajó. Estaba muy nervioso, pero no iba a permitir que los nervios le impidieran realizar aquella particular misión.

En cuanto sonó el timbre, oyó dos carreras y voces.

—¡Yo abriré!

—No, he llegado yo primero, abro yo.

—¡No, yo estaba primero!

La puerta se abrió de pronto y dos pares de ojos resplandecientes saludaron a Sam.

—Hola, señor Sam —lo saludó Amber con una sonrisa.

—No, es «coronel Sam» —la corrigió Trisha.

—Hola, niñas —les respondió Sam sin querer tomar partido por ninguna—. ¿Está vuestra madre en casa?

—Claro —contestó Amber y salió corriendo hacia el interior de la casa—. ¡Mamá, el señor Sam está aquí!

Mientras tanto, Trisha agarró a Sam de la mano y lo hizo entrar en la casa. Katie salió del cuarto de estar y lo vio de pie, con Trisha de la mano. Sonrió más ampliamente

—Hola —saludó con bastante timidez.

—Hola —respondió Sam, sintiéndose de pronto muy poco preparado para la misión que se había propuesto.

Katie se dirigió a las niñas.

—Muy bien, niñas, hora de irse fuera. Lo prometisteis.

Las niñas se miraron una a la otra y pusieron los ojos en blanco. Se marcharon al jardín murmurando protestas.

—Has venido a despedirte, ¿verdad? —preguntó ella conduciéndolo a la sala de estar.

Una vez allí, le indicó que se sentara en el sofá y ella se acomodó en una silla frente a él.

—Sí y no —respondió él dudando—. Espero que sólo sea una despedida temporal.

Katie abrió ligeramente los ojos pero no dijo nada.

—Sé que nos conocemos desde hace poco tiempo como para tomar decisiones de futuro, pero lo cierto es que pronto voy a tener un permiso y me preguntaba si te importaría que volviera aquí, a Texas. Me gustaría pasar más tiempo contigo y con tu familia, que las niñas me conocieran un poco más, y hablar contigo sobre la posibilidad de una relación a largo plazo. La verdad es que no sé mucho de relaciones. Nunca he tenido un compromiso con nadie, pero después de conocerte, estoy muy interesado en aprender más al respecto. Si tú quieres enseñarme, claro está.

—No estoy segura de que hayas escogido una profesora muy buena, mira el historial que tengo; pero me encantaría que vinieras aquí de nuevo todo el tiempo que pudieras estar.

—Tu padre me ha dicho que puedo usar el apartamento el

tiempo que quiera. Tengo que ir al este del país y redactar los informes necesarios, pero después de eso pediré el permiso.

Se miraron el uno al otro, sólo los separaba la mesa de café.

—Supongo que no necesito decirte que me gustó mucho hacer el amor contigo y estoy deseando tener el derecho permanente de estar en tu cama cada noche; pero hasta entonces, no tengo intención de que nuestra relación vuelva a transitar ese camino.

—¿Por eso tú estás allá lejos y yo aquí? —le preguntó ella con una pequeña sonrisa.

—Sí, justamente por eso. No confío en mí mismo cuando estoy cerca de ti.

—Así que vas a provocarme con tu presencia, ¿es eso?

Él la miró inseguro.

—No sé a qué te refieres... —comenzó tímidamente.

Ella se echó a reír.

—Primero me dejas probar cómo es hacer el amor contigo y luego quieres que viva del recuerdo hasta... ¿qué es lo que pretendes, coronel?

—Nada menos que que te cases conmigo, Katie —respondió él muy serio. La próxima vez que te haga el amor quiero que seamos el uno del otro para siempre. Pero como aún es pronto para hablar de matrimonio, supongo que tendremos que tranquilizar nuestras pasiones durante los próximos meses. Vendré a visitarte aquí. Y espero poder convencerte para que vengas a verme a Georgia unos días. Entonces, y sólo entonces, si crees que mi estilo de vida puede gustarte, quizá podamos hacer planes permanentes.

Katie se puso en pie, rodeó la mesa de café y se sentó en el regazo de Sam.

—Trato hecho, coronel, pero que sepas que pienso engatusarte a mi manera —le dijo, y se inclinó sobre él y lo besó en la boca.

Clay entró en la casa de sus padres a las afueras de San Antonio.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —preguntó cerrando la puerta tras él.

—Aquí, Clay—le dijo su madre desde la cocina.

Él entró en la soleada estancia que daba al jardín. Carina estaba sacando unas galletas del horno.

—Llegas justo a tiempo para tomar unas galletas recién hechas y un vaso de leche.

El olisqueó el aire.

—Son mis galletas favoritas. Debías de saber que iba a venir —comentó él y miró a su alrededor—. ¿Dónde está papá?

—Lo cierto es que esperaba que tuvieras tiempo para venir a vernos antes de marcharte. Cole ha llamado hace un rato y ha dicho que todo el mundo volvía a sus lugares de origen, ya que los responsables de las explosiones han sido detenidos. Y

en cuanto a tu padre, se fue al rancho esta mañana temprano. ¿Vas a quedarte unos días?

Clay había dejado su equipaje en el pasillo. Se acercó a su madre y la abrazó fuertemente.

—No me marcharé hasta que os haya visto a los dos. Voy á hablar con la base aérea y a preguntar si hay algún vuelo militar hacia el Este en los próximos días.

Se sentó a la mesa y dejó que su madre lo atendiera. Ella llenó un vaso de leche y le puso delante un plato rebosante de galletas.

—Qué rico. La visita ha merecido la pena —murmuró él.

Carina se sentó frente a él con una taza de café en la mano.

—¿Así que todo ha quedado arreglado? —preguntó.

—Por nuestra parte, sí. El Gobierno estaba más que deseoso de llevarse el crédito por haber capturado a los terroristas. Me alegro de que no nos mencionaran.

Ella lo observó atentamente un buen rato.

—¿Alguna vez ha sido un impedimento para ti el hecho de ser un Callaway?

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? No tengo nada con qué compararlo. Alguna gente reacciona al nombre y yo veo esa reacción, pero me figuro que es su problema, no el mío. Son ellos los que tienen que superar su rechazo.

—Me preguntaba si es por eso por lo que no quieres vivir en Texas.

—Buena pregunta. Sólo ahora que he regresado me he dado cuenta de que estaba huyendo de recuerdos, más que del lugar.

—¿Recuerdos relacionados con Pam?

—Sí, justamente ésos. Supongo que este viaje me ha venido bien, me ha hecho enfrentarme al niño herido y orgulloso. Yo no quería admitir lo mucho que me había dolido que ella cancelara la

boda. Me resultaba más fácil centrarme en mi carrera y continuar con mi vida.

—¿Te ha ayudado volver a verla? —le preguntó Carina.

El suspiró.

—Bueno, me ha convencido de que la voy a amar por siempre. Pero también me ha enseñado que no se puede obligar a otra persona a que te quiera. Ella ha dejado muy claro que se siente atraída hacia mí, pero que no vamos a llegar a ninguna parte.

Carina le tomó la mano.

—Lo siento, hijo. Esperaba que esta vez el asunto entre vosotros funcionara.

—Creo que Pam está asustada, pero no estoy del todo seguro. Quizá si ella tuviera una madre con quien hablar de su confusión, entonces nosotros tendríamos una oportunidad... Ya que no la tuvimos entonces, podría ser ahora.

—Supongo que le daba vergüenza hablar conmigo, dada nuestra relación —comentó Carina.

Clay estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Al menos sé que lo he intentado. Y después de esta última semana, la entiendo mejor —dijo y miró a su madre—. Quizá tendrás que esperar nietos sólo de mis hermanas.

Carina ladeó la cabeza ligeramente y lo miró pensativa.

—¿Crees que no vas a casarte nunca? —le preguntó suavemente.

—No me veo casado con otra mujer que no sea Pamela McCall —respondió Clay.

Luego se puso en pie y fue al salón a esperar a que su padre regresara a casa.

Capítulo Diecisiete

Tres meses después

Pam regresó a su casa un martes por la noche, recogió el correo y lo revisó por encima. Le llamó la atención un sobre cuadrado con un remite de Austin, Texas. Se quitó los zapatos, fue descalza hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua antes de abrirlo. Tenía la intuición de que sabía lo que era.

Tenía razón. Cuando abrió el grueso sobre color crema encontró una invitación de boda. Katie y Sam iban a celebrar una boda informal en su casa dentro de unas semanas, para la familia y los amigos más cercanos, y ella estaba invitada.

Antes de que pudiera controlar su reacción, las lágrimas le inundaron las mejillas.

Llevaba los tres últimos meses llorando a la mínima. Todo le recordaba a Clay y, cada vez que pensaba en él, se echaba a llorar.

Una cosa había sido decidir que no estaba preparada para tener una relación que pusiera en peligro su independencia y su libertad; otra cosa diferente era descubrir que toda la libertad y la independencia del mundo no significaban nada si no tenía a su lado al hombre al que amaba con todo su corazón.

Entonces, ¿por qué no lo había telefoneado y le había dicho que había sido una estúpida y que lo amaba más de lo que podía imaginar? Pues en parte porque no sabía dónde estaba él. Tampoco lo sabía nadie de las personas a las que ella había preguntado: ni sus padres, ni Sam... Pam había intentado incluso ponerse en contacto con el oficial superior de Clay. Pero eso había sido una pérdida de tiempo. Para ellos, el capitán Clay Callaway ni siquiera existía.

La madre de Clay, Carina, fue más simpática pero no pudo darle nada de información. De hecho, en los dos últimos meses, las dos mujeres habían tomado la costumbre de hablar por teléfono cada pocos días.

Fue a Carina a quien Pam le confesó lo que había descubierto en sus meses de soledad en Virginia. Todo había comenzado cuando había regresado a su apartamento vacío después de haber pasado esos días viviendo con el equipo de investigación.

Pam estaba acostumbrada a estar sola. Entonces, ¿por qué unos pocos días de camaradería, por no hablar de las noches llenas de pasión con Clay, habían logrado que ya no quisiera estar sola? Claro que nunca le contó a Carina su relación íntima con Clay. En lugar de eso, le hablaba de lo que sentía: cómo había vivido el reencontrarse con Clay; cómo eso la había hecho retroceder en el tiempo; cuánto tiempo había pasado preguntándose quién era ella y admitiendo lo asustada que estaba de tener una relación.

Al menos había logrado admitir que estaba asustada, que siempre lo había estado.

Apenas recordaba el matrimonio de sus padres. Lo poco que recordaba era muy diferente de la relación cálida y amorosa que había contemplado entre Carina y Cody Callaway.

Una noche, Carina compartió con ella los altibajos de los comienzos de su relación con Cody. Carina, al igual que Pam, había deseado una educación y se había marchado de Texas después de la boda para estudiar.

¿Cómo era posible que nadie le hubiera contado aquello a Pam antes? ¿Habría influido en su decisión de cancelar la boda? Ya nunca lo sabría. En lugar de eso, empezaba a ver paralelismos entre sus situaciones, paralelismos dolorosos. Sólo que Carina y Cody habían aguantado juntos y habían solucionado sus problemas.

Carina no juzgaba a Pam, por lo que ella se sentía incluso peor a veces. Carina era muy comprensiva y ayudó a Pam a aceptar que una niña huérfana de madre quizá no había estado preparada para manejar emociones tan confusas tan joven, sobre todo con un padre tan dominante.

Lo que Pam había reconocido por fin en las últimas semanas era que Clay no se parecía a su padre. Clay era un hombre apasionado y fiel que le había ofrecido a ella su vida entera. Y ella lo había rechazado. De nuevo.

Y estaba pagando las consecuencias de ese rechazo al enfrentarse a cada día sola, sin ninguna posibilidad de alivio en el horizonte.

Acababa de terminar de cenar cuando sonó el teléfono. Era Carina.

—No sé de ti desde hace unos días. ¿Cómo va todo?

Incluso la calidez de la voz de Carina hizo llorar a Pam. Tenía

que poner freno a sus emociones o terminaría con los ojos hinchados de tanto llorar.

—Hola, mamá Carina. Hoy me he quedado trabajando hasta tarde en la oficina. De hecho, iba a llamarte más tarde. Acaba de llegarme la invitación a la boda de Katie.

—¡Fabuloso! Me alegro mucho de que te haya invitado. Dice que ni ella ni Sam querían una boda suntuosa. Esa ya la tuvo con Arthur. Lo que quiere es comprometerse con él delante de sus seres queridos.

—Es un honor que me haya incluido en la lista.

—¿Significa eso que irás a la boda?

—Si puedo, sí. Intentaré conseguir algunos días libres. Estaría muy bien ir a casa y hablar contigo en persona, para variar.

Carina rió.

—Nos encantaría que vinieras a vernos. Sólo dinos cuándo llegas e iremos a buscarte al aeropuerto. Puedes viajar a Austin con nosotros.

Cuando Pam colgó el teléfono, se sentía mucho mejor. Sería maravilloso volver a verlos a todos de nuevo. Y quizá, sólo quizá, Clay también estaría allí.

El teléfono sonó de madrugada una semana después. Pam agarró el auricular medio dormida.

—¿Diga? —murmuró soñolienta.

—¿Pam? —preguntó una voz masculina.

Ella se obligó a despertarse y se incorporó en la cama. Encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—¿Sí? —preguntó más claramente.

—Soy Sam Carruthers.

Ella miró la hora. Eran las dos y media de la madrugada. El corazón comenzó a latirle desenfrenado.

—Es Clay, ¿verdad? ¿Dónde está?

—Lo siento, Pam, pero creí que querrías saberlo —respondió Sam.

—Dime que no está muerto. No puede estar muerto.

—Lo han trasladado a un hospital militar cerca de tu casa. Si quieres verlo, te sugiero que vayas lo antes posible.

Le dio la dirección y ella la escribió como atontada.

—Acabo de hablar con su padre —continuó Sam—. Están

preparándolo todo para volar desde Texas a Washington D.C. El superior de Clay me ha avisado como un favor personal, pero oficialmente nada de esto ha sucedido.

—¿A qué te refieres con lo de «oficialmente»?

—Ya conoces el tipo de misiones a las que lo destinan. Oficialmente nuestro Gobierno no está nunca cerca de los brotes de violencia. Por lo que he entendido, de un equipo de cinco hombres, Clay fue el único que seguía vivo cuando los encontraron. No tienen muchas esperanzas puestas en él, pero yo tengo fe en su tozudez. Si hay alguien capaz de salir de ésta, ése es Callaway. Sé lo unidos que estáis los dos. Creo que le haría bien encontrarte junto a su cama cuando abra los ojos.

«Si es que los abre», pensó ella presa del pánico.

—¿Me dejarán verlo? —preguntó saliendo de la cama y reuniendo su ropa.

—Les he dado tu nombre y les he dicho que irías en breve.

—Gracias, Sam.

—Es lo menos que puedo hacer. Os tengo mucho cariño a los dos.

Colgaron y Pam se apresuró en vestirse, peinarse y salir corriendo hacia el coche.

—Por favor, que viva —rogó camino del hospital, obligándose a respetar los límites de velocidad—. Por favor, no dejéis que muera. Tengo tantas cosas que decirle... tanto por lo que pedirle perdón...

Se odió a sí misma por el tiempo perdido desde la última vez que lo había visto.

Quizá no hubieran coincidido mucho juntos, pero él sabría lo mucho que lo amaba, lo importante que era para ella. El sabría que ella lo estaría esperando cuando regresara a Estados Unidos.

Después de lo que le parecieron horas, Pam aparcó el coche en el hospital, agarró su bolso y corrió hacia la entrada, sin dejar un momento de rezar por que él sobreviviera.

Un guardia militar la hizo detenerse en la puerta.

—Lo siento, señorita, pero no se permiten civiles en este hospital.

—El coronel Sam Carruthers acaba de llamarme. Me ha dicho que...

El comprobó una lista.

—¿Ha venido a ver al capitán Callaway?

—Exacto.

Él hizo una señal y apareció otro guardia militar.

—Llévela a la habitación de la Unidad de Cuidados Intensivos.

Pam casi corrió para seguirle el paso a su guía, que sólo se detuvo delante del ascensor.

Hicieron todo el trayecto en silencio. Una vez en la cuarta planta, el joven la condujo a una habitación con paredes de cristal. Ella miró dentro. La persona que había allí estaba irreconocible, todo cubierto de vendas.

Había una enfermera a su lado ajustándole un goteo en la mano. La sala estaba llena de máquinas. Al menos los sonidos rítmicos y estables indicaban que Clay seguía vivo. La enfermera se giró hacia Pam.

—Usted no puede...

—Soy Pamela McCall. El coronel Carruthers... —comenzó, pero nada más decir ese nombre, la enfermera asintió y le indicó una silla.

—Se ha estabilizado ligeramente desde que lo han trasladado aquí. Sin embargo, está en coma. No hay forma de saber cuándo recuperará la conciencia, ni siquiera existe la seguridad de que eso suceda. Pero el coronel Carruthers ha conseguido un permiso para que usted pueda estar aquí.

—¿Cómo de grave...? —comenzó Pam, pero no pudo continuar de la angustia.

—Le dispararon varias veces. Lo operaron allí y sólo cuando se estabilizó lo trajeron a casa. Los daños son importantes y están muy extendidos. Sólo podemos esperar a ver qué sucede —le explicó la enfermera.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Pam.

La enfermera miró su reloj.

—Lo trajeron hace algo más de una hora.

Entonces, a Sam se lo habían notificado al instante y él había avisado a la familia en cuanto se había enterado. Y a ella. «Que Dios lo bendiga», pensó Pam mientras se acercaba a la camilla.

Incluso de cerca, Clay seguía estando irreconocible. Tenía la cara hinchada y descolorida, y la cabeza cubierta de vendas. Tenía los dos brazos y una pierna escayolados. Ella le tocó los dedos de la

mano que no tenía la vía.

Pam se sentó en la silla y tomó cuidadosamente la mano de él entre las suyas.

—¿Clay? Una vez oí que el oído es el último sentido que perdemos. Así que, aunque estés profundamente dormido, puedes oírme; sé que puedes.

Se detuvo y tomó aire.

—Estoy muy contenta de que Sam me haya avisado. Hay tantas cosas que quiero decirte... La más importante es que te amo. Todos estos meses separada de ti he pensado mucho: en ti, en mí, en nosotros... He tenido que enfrentarme a algunas verdades desagradables sobre mí misma. He tenido que contemplar largamente todos los muros que he construido a mi alrededor durante casi toda mi vida.

Volvió a respirar hondo y continuó.

—Tú siempre estuviste a mi lado, Clay, ¿lo recuerdas? Incluso cuando yo me sentía más sola, de alguna forma lograbas hacerme saber que tú estabas ahí. Durante mucho tiempo conseguiste meterte por dentro de esos muros y hacer que me sintiera amada y valorada. Tú y tu familia hicisteis que me sintiera especial, incluso cuando mi propio padre parecía olvidarse de que yo existía. Tú hacías que el amar a alguien pareciera tan fácil y natural... Y yo descubrí que amarte a ti era fácil, demasiado fácil para mi paz mental. Sentir tanto amor por alguien me asustó, Clay. Temí que me consumiera si le permitía que tomara las riendas de mi vida. Así que huí de ti. Huí de nuestros planes de boda; usé la excusa de que tenía que ser independiente y libre para poder levantar mis muros de nuevo y esa vez contigo fuera.

Pam advirtió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras hablaba. Se las enjugó con el dorso de la mano, pero otras ocuparon su lugar rápidamente.

—El asunto, Clay, es que descubrí mi error después de este último tiempo contigo en Texas. Entonces me obligué por fin a afrontar la prisión que había construido para mí misma, siempre en nombre de mi necesidad de libertad e independencia. Fue entonces cuando me di cuenta de lo cobarde que había sido. Me asustaba demasiado que se me partiera el corazón, volver a sentirme abandonada. Me resultaba más fácil estar sola que arriesgarme a

perder a otra persona.

Se secó las lágrimas de nuevo y respiró profundamente.

—Te he estado buscando en las últimas semanas para contarte lo que había descubierto de mí misma, pero no lograba encontrarte. Mantengo contacto con tu madre, pero ella tampoco sabía dónde estabas. Clay, hay tantas cosas que quiero decirte, tantas cosas que quiero compartir contigo... No sabes cuánto siento que hayamos perdido un tiempo precioso que podríamos haber estado juntos. Te prometo que nunca más me apartaré de tu lado.

Se le quebró la voz. Le acarició la mano hasta que recuperó la compostura.

—Regresa a mí, Clay. Comencemos de cero. Esta vez lo haremos mejor, lo haremos de otra forma. No se me ocurre nada que prefiera más que casarme contigo. Nos casaremos donde sea, cuando sea, puede ser una boda a lo grande o casarnos a escondidas. Sólo quiero ser parte de tu vida. Y quiero que tú seas parte de la mía. Por favor, amor, resiste. Por mí, por nosotros, por todos esos hijos que decíamos que íbamos a tener. Todos estamos aquí esperándote. Dale una oportunidad a tu cuerpo de que se sane. Permite que tu mente se ajuste a esta tremenda conmoción a tu sistema. Y cuando estés preparado para afrontar el dolor, yo estaré aquí, a tu lado, esperándote cuando abras los ojos.

Se inclinó y le besó cuidadosamente el dorso de la mano.

—Te amo, Clay.

Horas más tarde, Pam oyó que se abría la puerta que estaba a su espalda. Se giró y vio a Carina y a Cody. Pam se acercó a ellos y se fundieron en un abrazo. Luego los tres se acercaron a la camilla.

—Hemos hablado con las enfermeras —murmuró Cody—. Dicen que está estable, signifique eso lo que signifique.

—No ha empeorado —comentó Pam—. Y eso es una buena señal.

Carina estaba al lado de Clay con las mejillas inundadas de lágrimas. Le había tomado la mano y le hablaba suavemente.

Cody estaba demacrado.

—Esto es demasiado. Nunca intenté convencerlo para que dejara el ejército. Los dos sabíamos que había peligro, pero era su elección. ¡Maldita sea! No quiero volver a pasar por esto. ¡En cuanto se recupere, él y yo vamos a tener una conversación muy seria sobre

su futuro como militar!

Pam sonrió entre lágrimas. Era evidente que Cody no podía soportar la sensación de impotencia al ver a su hijo casi sin vida en una cama de hospital. Pero al hablar del futuro de Clay lo hacía más real, de alguna forma. Clay se recuperaría. Tenía que hacerlo.

Las horas pasaban lentamente. Los turnos cambiaban, las enfermeras entraban y salían de la habitación. Los tres visitantes de Clay establecieron turnos para ir a comer y a casa de Pam a darse una ducha y cambiarse de ropa, pero siempre había uno de ellos junto a Clay. Cuando él abriera los ojos, querían que viera a un ser querido a su lado.

Pam perdió la noción del tiempo, ya no sabía ni siquiera qué día era. Cuando estaba a solas con Clay, se sentaba a su lado y le hablaba. Le contaba historias del tiempo que habían compartido cuando niños y le recordaba todo lo que habían hecho juntos: las travesuras que él les gastaba a sus hermanas, las que ellas le gastaban a él... Le habló de las fiestas, de las vacaciones, de las actividades del colegio en las que habían coincidido.

Y sobre todo, le habló de lo mucho que lo amaba, que lo echaba de menos y que lo necesitaba.

Para cuando le llegaba el relevo cada día, Pam estaba afónica. Ella sabía que Carina y Cody también le hablaban y se aseguraban de que él sabía que no estaba solo.

Pam ya no sabía cuánto tiempo llevaba encerrada entre la habitación del hospital, la ruta a su casa, a la ducha y a dormir. Recordaba vagamente que había avisado a su supervisor de que se tomaba un tiempo indefinido sin trabajar.

Pam agradecía mucho que Carina y ella hubieran retomado el contacto en los últimos meses. Se comprendían muy bien. Esa vez, ella la veía desde la perspectiva de adulta, no de niña. Advertía sus puntos débiles al igual que sus puntos fuertes. La veía como mujer y madre que sufría por su hijo herido.

El dolor que vivían las dos, así como la fuerza que ambas tenían, las unió como nunca.

Los tres continuaron la vigilia junto a la cama de Clay, reforzándose los unos a los otros en la creencia de que él recuperaría la consciencia.

Pasaron varios días sin que hubiera grandes cambios.

Una tarde, Pam acababa de salir de la ducha cuando oyó que sonaba el teléfono.

Estuvo a punto de dejar que respondiera el contestador porque estaba harta de vendedores telefónicos, pero siempre cabía la posibilidad de que fueran noticias sobre Clay. Descolgó.

—¿Diga?

—¿Pam? —preguntó Carina—. Se ha movido. Hay movimiento ocular y ha aumentado su ritmo cardíaco. El doctor está de camino.

—Yo también —aseguró ella, colgó y fue corriendo a vestirse.

Capítulo Dieciocho

Dos meses después

—Katie, estás preciosa —dijo Allison separándose de su hija para admirarla mejor.

Se hizo a un lado y dejó que su hija se contemplara en el espejo. Katie se miró y sonrió. Últimamente se sentía hermosa; Sam tenía ese efecto sobre ella.

El vestido verde pálido que había elegido para esa tarde resaltaba el color de sus ojos y de su pelo. Se giró hacia su madre y la abrazó.

—Soy tan feliz... —susurró.

Allison asintió.

—Ya veo. Eres la que está más tranquila de por aquí. No parece ni que estés nerviosa por casarte.

—¿Has visto a Sam hoy?

Allison se echó a reír.

—De hecho, tu padre ha llamado para decir que lo traería a tiempo para la boda, pero tampoco demasiado pronto. Sam está más nervioso que todos los demás juntos.

Katie asintió.

—Teme no saber ser un buen padre para las niñas ni un buen marido.

—Son preocupaciones muy loables, creo yo.

—Lo hará bien, mamá. Las niñas lo quieren con locura. De hecho, están molestas porque tienen que quedarse aquí contigo en lugar de ir con nosotros a St. Croix.

Allison sonrió.

—Lo sé. No creerías las promesas que he tenido que hacerles para mantenerlas entretenidas. Estarán malcriadas para cuando los dos regreséis.

—Como si no lo estuvieran ya —dijo Katie en tono de broma y se retocó el peinado—.

¿De veras crees que estoy bien?

Katie todavía no podía creerse que Sam Carruthers quisiera casarse con ella. Podía comprender perfectamente los nervios de él: iba a casarse por primera vez y además se convertiría en padrastro

de dos niñas.

—Estás maravillosa —contestó Allison—. Mira, ya han llegado. Bajemos para que él no tenga que esperar más de lo necesario.

Allison se irguió y miró a Katie.

—Cariño, tú sólo fíjate en la expresión de Sam cuando te vea y sabrás que estás resplandeciente. Y ahora, andando.

Katie y su madre estaban a mitad de las escaleras cuando Cole abrió la puerta y condujo al pastor al interior de la casa, seguido de Sam. Katie sólo tenía ojos para Sam. El estaba escuchando al pastor, asintiendo solemnemente a lo que decía.

Entonces Sam captó movimiento en la escalera y miró hacia allí. Se quedó paralizado cuando sus miradas se encontraron.

Katie oyó a lo lejos que su padre le decía al pastor:

—Será mejor que los casemos antes de que a Sam le dé un infarto y tenga que pasar la luna de miel en el hospital.

Katie y Sam rieron al mismo tiempo, rompiendo así la tensión. Katie bajó las escaleras y se agarró del brazo de Sam. Él no la besó, pero la sujetó como si fuera lo más preciado en el mundo para él.

Cole carraspeó y Sam soltó a Katie a regañadientes. Sólo mantuvo sujeta su mano mientras seguían al pastor a la sala de estar, que se había dispuesto para acoger a los invitados.

Katie le había pedido a su prima Trisha que fuera su dama de honor. Las niñas esperaban impacientes con sus vestidos a juego. La habitación estaba a rebosar, lo cual era fácil con lo numerosa que era la familia Callaway. Katie divisó a Pamela McCall, que tenía un aspecto muy sofisticado con un vestido azul marino.

Sam le había pedido a Clay que fuera su padrino, pero Clay se había negado en un principio. Ya no estaba en el hospital, sino que vivía con sus padres e iba a fisioterapia todos los días en la base militar, pero todavía iba en silla de ruedas. El pronóstico final no había sabido decir si podría volver a caminar.

Pero Sam lo había convencido. Katie sonrió al ver a Clay en su silla de ruedas junto a la chimenea, donde el pastor esperaba junto a Trisha. Cuando Katie cruzó su mirada con la de Clay, le sonrió ampliamente; a cambio, él esbozó una medio sonrisa. Estaba tan delgado y tan pálido… Por lo que a ella le habían dicho, tenían suerte de que hubiera sobrevivido. Katie agradeció que Sam hubiera insistido en que Clay acudiera al enlace.

Entonces alguien hizo sonar la música y Sam y ella se acercaron de la mano al altar y se detuvieron delante del pastor para pronunciar sus votos.

Pam se había sentado en la última fila de sillas plegables sintiéndose fuera de lugar.

Ella quería estar allí, por supuesto, pero al mirar alrededor había descubierto que ella era la única invitada que no era una Callaway.

Y si Clay seguía como hasta entonces, ella nunca formaría parte de esa familia.

Pam recordó lo aliviada y emocionada que se había sentido cuando él había recuperado la consciencia. Él se había sorprendido de haberla visto allí y había hablado muy poco con ella. Lo único que quería saber era qué les había sucedido a los otros miembros de su equipo. Cuando el médico se lo había contado, Clay se había retraído dentro de sí mismo y sólo respondía a las preguntas del personal médico.

Había ignorado la presencia de sus padres y de Pam. El médico les había explicado que no era algo extraño, dadas las circunstancias. Clay tenía que enfrentarse a la conmoción de haber perdido a tantos compañeros y a la culpa por haber sido el único superviviente. Lo único positivo que el médico había podido decirle a Clay fue que habían cumplido con éxito su misión. Habían sido atacados cuando se marchaban de la zona de guerra. El médico y los Callaway esperaban que eso aliviara algo el sufrimiento de Clay.

A Pam no la sorprendió que los padres de Clay consiguieran que lo trasladaran a un hospital militar en San Antonio para su recuperación y la fisioterapia.

Ella intentó hablar con él antes del traslado, pero él dejó muy claro que no tenían nada de qué hablar. Ella era parte de su pasado. Y él quería que siguiera así.

Cuando los Callaway se hubieron marchado a Texas, Pam regresó a su trabajo. ¿Qué otra cosa le quedaba? No había forma de convencer a Clay de que había estado intentando dar con él al poco de que se marchara de Texas. Por alguna razón, él insistía en creer que la única razón por la que ella había acudido al hospital era por lástima, y él no quería la lástima de nadie.

Pam siguió en contacto con Carina, que la mantenía al día de los progresos de Clay.

Carina fue quien le sugirió que esperara un poco antes de ir a visitar a Clay, que él necesitaba un tiempo para adaptarse a la nueva situación.

Por muy bien que se recuperara, la carrera militar de Clay había terminado. Carina le contó a Pam que Cody y Clay habían hablado sobre qué haría Clay si optaba por una baja médica del ejército y se pasaba a la vida civil. Su decisión dependía de cuánta movilidad ganara en el futuro.

En aquel momento, Clay estaba muy erguido en su silla de ruedas, junto a Sam, escuchando las maravillosas palabras del pastor que unían a Katie y a Sam. Al menos, pensó Pam, ellos dos habían encontrado la felicidad juntos. Katie estaba entusiasmada con la idea de mudarse y comenzar una nueva vida.

Katie le había contado a Pam unos días antes que había convencido a Sam de que no se molestara con ella por tener dinero para comprar una buena casa en Georgia. A ella le había gustado mucho que él no hubiera hecho un problema de eso, a esas alturas de su relación.

Ella había admitido que no le parecía bien obligar a su familia a que vivieran sólo con su sueldo. Katie y él ya habían hablado de eso antes de que él le propusiera matrimonio. Los dos sabían que él no se casaba con ella por su dinero, y lo que pensaran los demás les daba igual.

Pam pensó que, si Clay y ella hubieran logrado tener una buena relación antes de que él resultara herido, quizá estarían ya casados. Ella había perdido la cuenta del número de veces que había revivido en su cabeza el momento en el que él entraba en su habitación para hablar de su relación.

Oh, daría lo que fuera por poder viajar atrás en el tiempo y cambiar la respuesta que le había dado.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —anunció el pastor.

Sam se giró hacia Katie. Pam nunca había visto tanto amor en la cara de una persona como en aquel momento. Sam se inclinó sobre Katie y la besó dulcemente.

—Os presento al teniente coronel Sam Carruthers y señora.

Pam observó que Clay se apartaba casi sin ser visto hacia la chimenea para no estorbar en su camino a todos los que se

acercaban a la pareja a darles la enhorabuena. Las niñas se abalanzaron sobre ellos riendo.

Pam rodeó el grupo hasta que llegó a Clay. Sin decir nada, empujó su silla hacia el jardín.

La gente con la que se encontraban se hacían a un lado entre sonrisas y felicitaciones.

Pero Clay no respondió a ninguna.

Pam lo llevó al jardín, donde se había preparado el banquete. Todavía estaba tranquilo, salvo por los camareros y los músicos, que daban los últimos toques para que todo estuviera perfecto.

Pam detuvo la silla junto a una de las mesas.

—Papá, gracias por rescatarme de la masa —dijo Clay amargamente.

El giró la cabeza y ella se colocó delante de él. Clay se quedó paralizado.

—Lo siento. Creía que eras mi padre.

Pam se sentó en una silla.

—Espero que no te importe que sea yo —dijo alegremente, sonriéndole.

El no cambió su expresión. Contempló el jardín.

—Han hecho un buen trabajo aquí hoy, ¿verdad? Qué bien que no llueva.

—La lluvia no osaría aparecer en una boda de los Callaway. No está permitido.

—Ni que los Callaway tuvieran tanta influencia como para dominar el tiempo...

—Me alegro de verte, Clay. Tu madre me cuenta que estás progresando mucho gracias a la terapia.

—Eso te cuenta, ¿eh? No sabía que te informaba de mi estado.

Pam decidió aguantar el mal carácter de Clay.

—De hecho, hemos mantenido una relación estrecha desde que estuve allí la pasada primavera.

El miró alrededor de nuevo.

—Bueno, al menos se han casado antes de que haga frío. Esta noche se estará muy bien aquí. Las luces son muy bonitas, ¿no te parece?

—¿Sabes que intenté de todas las formas posibles ponerme en contacto contigo después de que termináramos la misión?

El la miró por fin.

—¿Por qué? —le preguntó con brusquedad.

—Para decirte lo idiota que había sido.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a nosotros. Quería decirte que por fin me había dado cuenta de lo cobarde que había sido por no querer admitir lo mucho que te amaba, lo mucho que deseaba ser parte de tu vida.

—Pues entonces tuviste suerte.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si me hubieras encontrado, yo podría haber sido tan estúpido de pedirte que te casaras conmigo. Y entonces, dime, ¿qué sería de ti?

—Lo que más deseo: estar contigo.

—Ya lo entiendo. Lo que más deseas en el mundo es jugar a ser mi enfermera. Vamos, cuéntame otro chiste.

—Lo que estoy diciéndote es que quiero que me des otra oportunidad.

—No.

—Clay...

—¿Cómo tengo que decirlo para que te enteres, Pam? No te quiero a mi lado. Y no voy a proponerte matrimonio. Y puedo asegurarte que no voy a casarme contigo.

¿Podemos cambiar ya de tema?

—Sé que las cosas para ti ahora mismo están siendo duras y...

—Y no necesito que estés a mi alrededor intentando arreglarlo todo. Voy a levantarme de esta maldita silla, voy a caminar de nuevo, voy a construirme otra profesión y voy a salir de ésta, Pam. Yo solo.

—Pero no tienes por qué hacerlo solo.

El sonrió pero a Pam se le heló la sangre en las venas. Era una sonrisa gélida.

—Entonces seré directo: no quiero hacerlo contigo. Y ahora, si me disculpas, voy a celebrar la boda de mi prima pidiéndome una copa en el bar. Y no, antes de que me lo preguntes, no necesito que me la traigas tú. Adiós, Pam. Que te vaya bien.

Él hizo girar la silla de ruedas y se alejó de Pam con la espalda y el cuello rígidos.

Pam sintió el impulso de tirarlo a la piscina. Era lo que, se

merecía ese estúpido. Así que él creía que ella sentía lastima de él, ¿eh? Por nada del mundo. Ella sabía que él volvería a caminar porque no iba a aceptar nada menos.

Así que le concedería su tiempo, porque esa vez no iba a permitir que Clay Callaway volviera a apartarse de ella.

Capítulo Diecinueve

Seis meses después.

Pam estaba en su despacho cuando sonó el teléfono. Por el tipo de trabajo que hacía en la oficina, apenas recibía llamadas del exterior.

—Al habla Pam McCall —saludó, prestando más atención al informe que estaba estudiando que a la llamada.

—Hola, Pam. Soy Carina.

Pam se quedó paralizada.

—¿Ha ocurrido algo?

Carina rió alegremente.

—Nada de eso. Perdóname por molestarte en el trabajo, pero ha surgido una oportunidad para ti, creo.

—Cuéntame —respondió Pam lentamente y esperó.

—Allison y Cole nos han invitado a Cody y a mí a visitar a Katie y a Sam. Quieren salir esta misma tarde. Así que quería comentarte que Clay va a quedarse solo en casa, aparte de la asistenta del hogar, por si acaso querías pasarte por aquí.

—¿Pasarme por allí? Volar desde Washington a San Antonio no es lo que se dice

«pasarse por allí».

—¿Te parece que no lo es? Bueno, claro, si no puedes escaparte… —comenzó Carina.

—Yo no he dicho eso, Carina, y lo sabes. Sigues jugando a la casamentera, ¿verdad?

—Odio ver a mi único hijo en el estado de tristeza en el que se encuentra. Creo que verte de nuevo puede ser justo lo que necesita.

—¿Sigue deprimido?

—No, sólo está frustrado. Ahora que ya camina, lo irrita seguir necesitando el bastón, incluso aunque los médicos le han dicho que si sigue mejorando como hasta ahora, en unos meses estará casi como nuevo.

—¿Sabe él que me has llamado?

—Ni en broma. Me haría trizas si sospechara que tú y yo seguimos en contacto.

—No sé qué hacer, Carina. Él me dejó muy claro que no quiere

tener nada que ver conmigo.

—Sí, eso dijo. ¿Y tú lo creíste?

—Bueno, fue muy convincente.

Carina suspiró.

—Una cosa que sé de mi hijo es que es profundamente leal. Nunca he visto que cambie sus sentimientos hacia nadie. Sé que te amaba con el corazón y el alma entera. De hecho, me lo admitió la última vez que estuvo en casa antes del accidente. No creo que sus sentimientos hayan cambiado… tan sólo son diferentes sus circunstancias.

Está muy irascible al respecto. Mirando la situación desde su punto de vista, puedo comprender por qué siente que no tiene mucho que ofrecerte.

—Su lesión no ha hecho que disminuyan mis sentimientos hacia él.

—Entonces, quizá quieras aprovechar esta oportunidad de convencerlo. La asistenta se marcha hacia las siete de la tarde. Ya sabes dónde está el dormitorio de Clay y dónde escondemos la llave extra de la casa. Sólo pásate por allí cuando quieras.

Seguramente Cody y yo te veremos cuando regresemos de Georgia.

Y diciendo eso, Carina colgó el teléfono, como si el hecho de que la estuviera invitando a seducir a su hijo fuera lo más normal.

Y en realidad, ¿qué tenía que perder?, se preguntó Pam. Aparte de su dignidad y el poco orgullo que había logrado conservar después del último encuentro con Clay en la boda de Katie.

Miró el informe que tenía delante sin verlo en realidad. Ya no podía seguir con ello.

Gimió y fue a buscar a su superior. Necesitaba tomarse unos días libres, a partir de ese mismo momento.

Aquélla no era forma de labrarse una carrera con esperanzas de futuro. Pero a Pam ya no le importaba. Haría lo que fuera necesario para convencer a aquel hombre tan tozudo de que estaban hechos el uno para el otro… aunque a ella le hubiera llevado muchos años darse cuenta de ello.

Clay apagó la televisión y se dirigió a su habitación lentamente. Había sido una sorpresa regresar a casa de su sesión de fisioterapia y encontrar una nota en la cocina en la que su madre le decía que

se iban a Georgia a ver a Katie y a Sam.

A Clay le parecía perfecta la visita. Allison y Cole solían volar en el avión de la corporación una vez a la semana o así. Sam ya debía de haberse dado cuenta de que, quien se casaba con un miembro de la familia Callaway, se casaba con todos. Y esa vez también estarían con ellos Carina y Cody. Clay sonrió y deseó haber ido, sólo para ver la expresión del rostro de Sam cuando llegara a casa esa tarde.

Según Katie, Sam caminaba últimamente como embobado, sobre todo después de que ella le anunciara unas semanas antes que iba a ser padre; a los cuarenta y tres.

A Clay le resultaba difícil de creer que el mes siguiente se cumpliría un año desde la fiesta benéfica de Dallas que los había unido. Habían sucedido muchas cosas en ese año. Arthur había intentado todo lo que había podido con las autoridades, pero seguía cumpliendo condena en una cárcel federal, donde Clay esperaba que se quedara bastante tiempo más.

El coronel Carruthers se había convertido en parte de la familia Callaway, algo que Clay no hubiera ni imaginado mientras recibía la instrucción de él. Y Clay ya no estaba en el ejército.

De hecho, llevaba unos días sopesando ofertas de empleo de varias agencias de inteligencia, lo que lo obligaría a dejar Texas de nuevo y trasladarse a Washington D.C.

Donde vivía Pam.

Él no quería que sus pensamientos fueran en esa dirección. Se negaba a pensar en ella, a preguntarse qué estaría haciendo, con quién estaría saliendo. Pero ella lo visitaba cada noche en cuanto se quedaba dormido. Debería haberse acostumbrado ya.

Clay se metió en la bañera y se dio una larga ducha sintiendo cómo el agua caliente relajaba su cuerpo agotado. Le dolía cada músculo, pero no se quejaba. Aún tenía pesadillas de la noche en que su equipo había sido descubierto; aún oía los disparos, sentía las balas rasgar su cuerpo. Su sargento le había salvado la vida sin saberlo al caerse encima de él, protegiéndolo con su cuerpo de más balazos. Les habían dado por muertos. La única razón por la cual él había sobrevivido había sido porque unos simpatizantes habían advertido que estaba vivo y lo habían cruzado la frontera hasta llegar a territorio amigo.

Había noches en las que se despertaba oliendo el humo de la

munición, oliendo la sangre, la suya propia y la sus compañeros... Entonces creía que estaba allí de nuevo.

Esas pesadillas cada vez se repetían menos, mientras que los sueños sobre Pam cada vez lo visitaban con más frecuencia. Conforme su cuerpo se recuperaba, su mente quería recrear la unión física que los dos habían disfrutado meses atrás.

Casi un año atrás.

Él había sido un maleducado la última vez que la había visto. Encontrársela en la boda había sido una conmoción para él. Comprendía perfectamente que Katie y Sam la hubieran invitado, teniendo en cuenta que ella había sido testigo de su romance, así que se merecía estar en su culminación.

Si él hubiera sabido que ella iba a ir, no hubiera acudido. Sospechaba que Sam no se lo había avisado a propósito. Clay había intentado zafarse de ser su padrino, pero Sam había insistido mucho y él había preferido ceder que discutir. Era la primera vez que hacía vida social desde el accidente. Hasta entonces no se había sentido preparado para soportar las miradas de la gente. Sam le había recordado que aquéllos eran su familia.

Pam se había quedado toda la celebración, pero no había vuelto a acercarse a él.

Había bailado con todos los primos de Clay, había hablado con sus esposas y sus amigas y se había comportado como si él no estuviera. Que era justo lo que él quería, por supuesto.

El agua comenzó a enfriarse y Clay apagó la ducha. Los espejos estaban cubiertos de vaho. Para cuando terminó de secarse, la niebla se estaba disipando y pudo ver su reflejo.

Su cuerpo no estaba tan fornido como antes. Tenía cicatrices en los hombros, el pecho, las piernas y los brazos. Pero había recuperado su peso y lo había convertido en músculo. No tenía mucho más que hacer en todo el día que hacer ejercicio. Su pierna por fin estaba recuperando la masa muscular. Seguramente la cojera le quedaría para siempre, pero si aceptaba el trabajo que le habían ofrecido, eso no sería relevante.

Seguramente aceptaría el empleo. Empezaba a aburrirse de no hacer nada en todo el día. Y eso significaba que tenía que buscarse un alojamiento cerca de Washington D.C. Quizá se comprara una casa, ¿quién sabía? Había cosas peores que ser propietario de una

casa.

Quizá sorprendiera a Pam llamándola por teléfono… quizá la invitara a cenar.

Esperaría hasta llevarla a su casa para anunciarle que se había mudado por la zona.

¿Cómo reaccionaría ella? Clay sonrió al imaginárselo.

Su cuerpo se puso en tensión y él frunció el ceño. ¿No podía ni siquiera pensar en la mujer sin excitarse? Era evidente que no, pensó molesto.

Dejó la toalla en el baño, fue cojeando hasta el dormitorio y se metió en la cama. Sí que estaba cansado… Al poco de haberse tumbado se quedó dormido profundamente.

En algún momento durante la noche, Clay fue consciente de que Pam había invadido sus sueños una vez más. Esa noche él la necesitaba, ansiaba poseerla.

Ella pareció comprender. Se arrodilló a su lado y comenzó a besarlo y acariciarlo, pasando suavemente los dedos y la boca por cada cicatriz para explorar después la siguiente.

Cuando ella se detuvo en la que tenía en el muslo, él se movió ligeramente, indicando que quería más que aquellas suaves caricias. Lo que quería era… oh, sí.

Quería que ella lo amara como lo estaba haciendo en aquel preciso momento, con la punta de la lengua y su boca suave y carnosa lamiéndolo, succionándolo, llevándolo casi al clímax.

El alargó los brazos hacia ella y ella se apoyó en ellos y envolvió el sexo de Clay de la forma más íntima con un movimiento fluido; comenzó a moverse con él dentro en un ritmo que lo hizo explotar en millones de partículas de placer y descarga.

Cuando ella intentó separarse de él, él la apretó fuertemente contra su pecho y buscó su boca, besándola con una pasión desenfrenada y aliviado al comprobar que ella le devolvía el beso con igual ardor.

Era tan agradable tenerla entre sus brazos, ella parecía tan real… Clay se dijo que no quería despertarse de ese sueño. Después de un rato besándose, él quiso poseerla de nuevo. Elevó sus caderas ligeramente y ella acompañó su movimiento.

Como si bromearan el uno con el otro, se unieron lenta y sinuosamente y luego se movieron hasta casi separarse, para volver

a unirse íntimamente. Siempre habían sabido cómo dar placer al otro. Siempre habían encajado a la perfección.

Clay tuvo un momento de claridad en el que agradeció que su cuerpo se hubiera curado lo suficiente para poder darle a ella tanto placer como ella estaba dándole a él. Se movían como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

—En aquel estado de ensoñación, Clay disfrutó feliz de Pam sabiendo que, cuando despertara, una vez más estaría solo.

Pam se había sentido como un ladrón al entrar a escondidas en la casa de madrugada. Menos mal que Carina la había avisado de que tuviera cuidado con el sistema de alarma. Seguro que Clay lo había activado antes de irse a dormir. Y lo último que ella necesitaba era que la alarma comenzara a sonar mientras ella se colaba en la casa.

Una vez dentro de la casa, Pam se dispuso a encontrar el dormitorio de Clay. En el avión a San Antonio había recordado otro momento, hacía casi un año, en que había sido él quien se había colado en su cama una noche. Y entonces ella decidió que no tenía que sentirse mal por lo que iba a hacer.

Así quedarían empatados.

Había una lucecita encendida en el pasillo que la ayudó a identificar las puertas.

Localizó la habitación que Carina le había indicado y abrió la puerta.

Clay estaba tumbado boca arriba sobre las sábanas. La tenue luz le permitió a Pam ver lo mucho que su cuerpo se había recuperado. Además debía de haber pasado bastante tiempo al sol, porque estaba más moreno que nunca, con un tono tostado que a ella siempre le había resultado muy atractivo.

Su musculatura también estaba más definida. Era evidente que estaba haciendo mucho ejercicio. Estaba muy guapo…

Pam se quitó la ropa con cuidado, la dejó en una silla y se quedó junto a la cama esperando que él se despertara. Pero él seguía dormido.

«Así que ésas tenemos… Vamos a ver qué hace falta para que te despiertes», pensó ella. Entonces se arrodilló junto a él y comenzó a besar y acariciar las cicatrices que ella no había visto nunca.

Clay se despertó a la mañana siguiente con el sonido apagado de

una aspiradora en alguna parte de la casa. Se quedó tumbado con los ojos cerrados y se dio cuenta de que, por primera vez desde el accidente, no se despertaba con dolores en el cuerpo.

Se sentía como si flotara en una nube después de soñar con Pam.

Sonrió para sus adentros. Esa vez el sueño había sido más vívido que nunca. Aún podía oler el aroma de ella, sentir su cabello rozándole la mejilla. Quizá aún estaba soñando. Ni siquiera en sueños había experimentado tantas sensaciones. Le había hecho el amor a Pam; bueno, en realidad ella se lo había hecho a él, de forma nueva y diferente.

Se estiró elevando los brazos al cielo y luego los bajó y tropezó... con la suave piel de alguien a su lado en la cama.

Clay abrió los ojos atónito y miró a la mujer que estaba junto a él profundamente dormida. Su pelo rubio cubría parcialmente su rostro y parte del hombro de él.

Así que lo de la noche anterior no había sido un sueño. ¿Cómo había podido creer, por un segundo, que lo era?

¿Cómo había sabido que él estaría solo en casa? ¿Acaso su madre la habría avisado de que Cody y ella...? Pero no, su madre era demasiado íntegra para eso.

Quizá Pam había puesto cámaras o micrófonos en su habitación. Después de todo, era una agente del FBI. Él sonrió ante lo ridículo de la idea. No le importaba por qué estaba ella allí, sólo estaba encantado de que lo estuviera.

Clay se apoyó sobre un codo y apartó el cabello del rostro de ella. Ella no se movió.

Él se inclinó y la besó en la mejilla. Ella parpadeó ligeramente y luego siguió inmóvil.

Ninguno de los dos se había cubierto con la sábana. De hecho, él vio que la tela estaba en el suelo cerca de él. No la habían necesitado porque la temperatura en la habitación era muy agradable. Y si la memoria no le fallaba, la noche anterior habían elevado unos grados más la temperatura...

El colocó una mano sobre un seno de ella y acercó su boca al pezón. Ella movió ligeramente las piernas, inquieta, y él supo que estaba encendiéndola. Y por eso, él también estaba excitándose. Su sexo ya se estaba endureciendo, como si llevara meses sin una mujer en lugar de horas, unas horas maravillosas llenas de amor.

Pam había regresado a él. A pesar de lo brusco que había sido con ella, a pesar de lo enfadado y resentido que se había mostrado con ella. Ella había regresado. Esa vez, él se aseguraría por todos los medios de que ella no volvía a dejarlo.

Clay jugueteó un poco más fuerte con el pezón y luego deslizó su mano por el costado de ella hasta su cadera y la tumbó boca arriba. Se colocó sobre ella y se arrodilló entre sus piernas, encontrando todo tipo de placeres para explorar.

Ella se despertó de un respingo.

—¿Qué...?

Él le dio unos golpecitos en el vientre sin dejar de acariciarle sus pliegues más íntimos con la lengua.

—Shh... No pretendía despertarte... vuelve a dormirte —le susurró él entre caricias.

—¡Clay! —gimió ella y le agarró la cabeza con las manos.

—Me alegro de que me hayas reconocido —comentó él, recreándose en la mirada maravillada de ella—. Uno nunca sabe al lado de quién se levanta en estos días, por muy cuidadoso que se sea.

No hablaron más. Él la amó hasta que ella alcanzó el clímax con un grito, que él ahogó antes de que la asistenta decidiera comprobar a quién estaba él torturando en su habitación. El esperó hasta que las convulsiones íntimas de ella se apaciguaron un poco y entonces la penetró, recreándose en sentir su cálido abrazo.

Esa vez él la acompañó cuando ella alcanzó de nuevo la cumbre y sonrió para sí mismo mientras la abrazaba fuertemente apretando los senos de ella contra su pecho bañado en sudor.

Luego debió de quedarse dormido. Lo próximo que supo fue que Pam estaba empujándolo suavemente.

—¿Clay?

—¿Sí? —preguntó él completamente relajado.

—Me muero de hambre. ¿Qué te parece si nos levantamos?

Él abrió un ojo y comprobó la hora. Eran poco más de las dos de la tarde. El sol se filtraba tenuemente a través de las persianas. Él había faltado a su sesión de fisioterapia. Maldición.

Clay se estiró.

—Me parece bien.

—¿No tienes hambre?

—Un poco.

Ella salió de la cama y fue al cuarto de baño. Clay esperó un poco y luego se metió con ella en la ducha.

Para cuando salieron y se secaron, a los dos les temblaban las piernas.

—Eres insaciable —murmuró ella envolviéndose en una toalla y saliendo al dormitorio.

—Bueno, quizá me he excedido un poco —admitió él cojeando más que antes—. Pero supongo que, si esto es un sueño, quiero disfrutar de ti al máximo antes de despertarme.

Ella comenzó a vestirse. El se puso unos shorts, calcetines y una camiseta, y luego buscó un par de vaqueros desgastados y también se los puso. Levantó la vista y se dio cuenta de que Pam lo contemplaba embelesada.

—¿Qué sucede? —le preguntó él.

—Tienes un aspecto estupendo, ¿lo sabías?

El se miró el cuerpo como si lo viera por primera vez en meses.

—¿De veras? —le preguntó y se frotó la tripa—. ¿No crees que estoy ganando demasiado peso?

Ella negó con la cabeza.

—Sabes que no. Esos abdominales que tienes harían volver la vista a más de una.

¿Aún tienes dolores?

Él sonrió.

—Cariño, en este preciso momento, no siento nada de dolor.

Él advirtió que ella se había puesto seria y él no estaba seguro de querer ponerse demasiado serio en aquel momento. Pam y él siempre habían tenido una maravillosa conexión a nivel físico. Cuando intentaban ponerles palabras a sus sentimientos era cuando todo se fastidiaba.

—En serio, estoy bien, cada vez mejor. La rodilla sigue estando un poco rígida, aunque no lo parezca a juzgar por cómo me he comportado contigo. Uso el bastón como ayuda para mantener el equilibrio, pero por lo demás el resto de las heridas están ya curadas. Tuve suerte de que el primer cirujano que se ocupó de mí al otro lado del océano hiciera tan buen trabajo.

Ella fue a la puerta y la abrió.

—Voy a preparar algo de comer —anunció sin girarse y se

marchó por el pasillo.

Clay la observó alejarse inquieto. Había hecho o dicho algo que la había molestado y no tenía ni idea de qué era.

¿Qué más novedades había?

Para cuando él terminó de vestirse y fue a la cocina, Pam estaba friendo beicon, preparando café, pendiente de unas tostadas y batiendo unos huevos en un cuenco.

—¿Quieres contarme dónde está el problema? —le preguntó él al entrar en la cocina.

Ella lo miró un segundo.

—No hay ningún problema. Ya te lo he dicho, tengo hambre.

El se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo y se acercó a la cafetera, que acababa de terminar.

Sirvió dos tazas de café y le acercó una a Pam. Luego sacó platos y cubiertos de los armarios y puso la mesa.

Observó a Pam preparar los huevos revueltos, escurrir la grasa del beicon, extender mantequilla sobre las tostadas y colocarlo todo en la mesa entre los dos.

—Muchas gracias —le dijo él educadamente.

—De nada —contestó ella igual de educadamente.

Desayunaron en silencio.

Clay esperó hasta que hubieron terminado de comer para hablar.

—¿Y tú qué estas haciendo por aquí? —le preguntó.

—Creo que es bastante evidente... —contestó ella después de unos instantes.

—Digamos que necesito que me lo expliques, aunque sea obvio.

Ella lo miró por encima de su taza.

—¿Sabes que la última vez que te vi estuve a punto de empujarte a la piscina con silla de ruedas y todo? —dijo ella y bebió un sorbo de café.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Seguramente me lo merecía —admitió.

—Desde luego que te lo merecías.

—¿Serviría de algo si te pido perdón?

Ella se pensó la pregunta largamente.

—¿Qué tal si me humillo? —sugirió él.

Ella asintió.

—Me gusta la idea.

—De acuerdo —dijo él y pasaron unos minutos en silencio—. Me comporté como un tremendo estúpido y lo siento. No te merecías que te tratara así, ni yo ni nadie. Mi madre me dijo que estuviste yendo a visitarme todo el tiempo que estuve en coma, que hablabas conmigo y me animabas a que me recuperara, que me dabas amor.

Siento muchísimo la forma en que te traté después de todo lo que habías hecho por mí. No existe excusa para mi comportamiento.

Ella se recostó en el respaldo de la silla y lo miró evaluándolo.

—Estoy impresionada. Eres muy bueno humillándote —le dijo en tono de broma y se inclinó hacia él—. ¿Recuerdas algo de cuando estabas en coma?

Él negó con la cabeza.

—Mis recuerdos sobre la noche del ataque eran muy confusos. Gracias a varias personas pude rellenar huecos que no recordaba. Y algunos vacíos existirán siempre.

Lo siguiente que recuerdo es cuando os vi a ti y a mis padres junto a mi cama del hospital. Me pregunté cómo me habíais encontrado en Europa.

—Fueron tiempos difíciles, Clay, llenos de preocupación.

—Es lo que mis padres no dejan de repetirme, una y otra vez.

—Tu madre me ha dicho que te han dado una baja permanente del ejército.

—Ella te mantiene informada de todo, ¿verdad?

—Sabe lo mucho que me preocupo por ti.

—¿Así que te preocupas por mí? —repitió él lentamente, saboreando las palabras.

—De acuerdo, ella sabe lo mucho que te amo —corrigió ella molesta—. ¿Así te gusta más?

Él sonrió. Le encantaba la forma en que sus ojos centelleaban cuando se enfadaba.

Clay se preguntó si alguna vez no la hacía enfadar para verla así.

Se inclinó hacia delante y tomó la mano de ella.

—Creo que es una coincidencia importante, porque yo también te amo a ti.

Ella lo miró insegura.

—¿Me amas? —le preguntó.

Él puso los ojos en blanco.

—Como si eso fuera una sorpresa para ti.

—Bueno, no estaba segura después de cómo me habías tratado.

—Ya te he pedido perdón por cómo me comporté en la boda. Y además creo que anoche te traté mucho mejor... y esta mañana también... —dijo y sonrió al verla ruborizarse—. ¿Realmente intentaste hablar conmigo después de que acabáramos la misión?

—Sí.

—Me alegra mucho saberlo. Y si te estás planteando casarte, acepto —comentó él

«¿Y ahora, qué?», se preguntó al ver que a Pam se le llenaban los ojos de lágrimas.

¿Esperaba ella que él la rechazara?

—Clay, temía que fueras a negarte. No me atrevía a esperar que pudieras perdonarme lo suficiente como para casarte conmigo.

—¡Que me negara! Al contrario, creo que ya es hora de que hagas un hombre honesto de mí. Quiero decir, ¿qué pensarían mis padres si entraran ahora y te encontraran en mi cama? No sabes la suerte que has tenido de que estén fuera de la ciudad.

—Eso es cierto —contestó ella con recato con la vista clavada en sus manos.

—¿Cuál de los dos te avisó de que iban a marcharse fuera? Sólo por curiosidad.

Ella lo miró un instante y volvió a concentrarse en sus manos.

—Tu madre.

—¿Fue idea suya que te metieras en mi cama a escondidas? —preguntó él intrigado.

—No, por supuesto que no.

—Menos mal. No me gustaría pensar que la abuela de nuestros hijos está perdiendo su sentido de la moral.

Eso hizo que ella lo mirara. Clay sonrió.

—¿De verdad quieres hijos? —le preguntó ella.

—Ya hablamos de eso hace años. Por supuesto que quiero tener hijos.

—Pero yo creía que... bueno, que después de tanto tiempo... que quizá habías cambiado de opinión.

Él se puso en pie, hizo levantarse a Pam y la abrazó.

—En mi corazón no ha cambiado nada respecto a ti desde que yo tenía ocho años. Y

francamente, me estoy cansando de esperar nuestro final feliz. Así que ¿cuándo vas a casarte conmigo?

Ella rió y le rodeó el cuello con los brazos.

—Cuando creas que puedes mantenernos a mí y a mis hijos, hombretón. Creo que ahora mismo estás desempleado, ¿no?

—Supongo que ya es hora de que conozcas mis planes de futuro, señorita McCall.

Capítulo Veinte

Pam fijó la mirada en la mano hábil y fuerte de Clay agarrada al volante del coche.

Sólo quería pensar en él y en el hecho de que, después de todo, volvían a estar juntos.

¿Qué podía ser más importante que su decisión de casarse con Clay Callaway?, se dijo.

Y la respuesta estaba clara: nada. Absolutamente nada.

Él apagó el motor.

—Ya hemos llegado —le dijo alegremente girándose hacia ella con una sonrisa.

Pam se obligó a mirar fuera del recinto acogedor que suponía el coche para ella en aquel momento. Conocía de sobra aquel jardín perfectamente cuidado, donde no sobresalía ni una brizna de hierba por encima de las demás.

Habían detenido el coche delante una enorme casa de ladrillo rojo.

—¿Vamos a quedarnos dentro del coche toda la visita, o salimos y llamamos a la puerta? —le preguntó él suavemente.

Ella respiró hondo y puso la mano en el picaporte.

—Estamos aquí, así que será mejor que vayamos a hablar con él.

Clay la tomó de la mano según subían las escaleras del porche.

—Todo va a ir bien, Pam. Ya lo verás.

—Si te trata mal, te juro que me levantaré y me marcharé en ese mismo instante.

—No seas tonta. Eres su única hija. ¿Por qué iba a tratar mal al hombre con el que vas a casarte?

Ella lo miró enarcando una ceja.

—Estás de broma, ¿verdad? A mi padre no le importan nada mis sentimientos —dijo mientras pulsaba el timbre.

—No tenemos que pedirle permiso para casarnos, Pam —le recordó Clay.

—¡Ya lo sé! —exclamó ella, consciente de que estaba insoportable pero sin poder detener sus sentimientos revueltos.

La puerta se abrió y apareció un mayordomo. En cuanto reconoció a Pam, sonrió.

—Bienvenida a Havenhurst, señorita McCall. Me alegro de verla de nuevo.

Fuertemente agarrada de la mano de Clay, Pam entró en la casa.

—Buenas tardes, Forrest. Creo que mi padre me está esperando.

—Sí. Está en el estudio. Les llevaré café en unos minutos.

—Gracias —contestó ella y se dirigió segura al fondo del vestíbulo.

La puerta del estudio estaba abierta. Pam entró y se detuvo en la entrada mientras sentía la reconfortante presencia de Clay a su espalda.

—Hola, padre —saludó Pam.

El hombre alto, delgado y de pelo canoso que había junto a la chimenea apagada se giró al oír su voz. Pam tenía que admitir que tenía un aspecto muy distinguido con su chaqueta de sport de ante y sus pantalones claros.

—Me alegro de verte, Pamela —saludó él acercándose a ella y tomándola de la mano.

Si en el camino se sorprendió al ver a Clay, lo disimuló perfectamente.

—Forrest traerá café enseguida. Sentaos, por favor —dijo y apretó suavemente la mano de ella—. Usted es Clay Callaway, ¿no es así? Es la viva imagen de su padre a su edad.

Si no, no lo hubiera reconocido.

El hombre alargó la mano hacia Clay y Pam respiró. Parecía que todo iba a ir bien, después de todo.

—Y bien, ¿qué os trae por aquí? —preguntó Jason indicándoles que se sentaran.

Pam escogió un sofá doble para que Clay estuviera cerca de ella. Sabía que estaba siendo ridícula, pero lo cierto era que ella no estaría allí si Clay y su madre no hubieran insistido en que fuera a ver a su padre.

Así que allí estaban… y los dos hombres la estaban mirando como si ella tuviera que decir algo… ¡Ah, sí, tenía que responder a la pregunta de su padre!

—Hace tiempo que no venía por aquí y… —comenzó ella.

—Desde Navidad, para ser exactos —apuntó su padre suavemente.

Ella asintió como embobada.

—Cierto, desde Navidad. Así que he pensado que…

Se le quedó la mente en blanco. No era capaz de pensar en nada. Miró a Clay con desesperación. Él tomó su mano entre las suyas para darle la seguridad necesaria para calmar sus nervios.

—Lo que Pam intenta decir, señor, es que ella y yo estamos comprometidos y vamos a casarnos. Queríamos que usted conociera la noticia por nosotros antes que por otro lado.

Jason estaba sentado frente a ellos. Como era un político consumado, no había forma de saber lo que estaba pensando o sintiendo acerca de esa noticia.

—Ya veo —dijo por fin.

Justo en ese momento entró Forrest con café y pastas y Jason pareció aliviado.

—Déjelo sobre la mesa, por favor —le ordenó.

«Como si el hombre no supiera lo que tiene que hacer», pensó Pam con irritación. Y

de pronto, se le ocurrió que quizá su padre estaba tan nervioso acerca de esa reunión como ellos. Eso daba a todo una nueva perspectiva. Pam se apoyó en el respaldo del sofá y sintió el brazo de Clay descansando allí. Ella se obligó a relajarse mientras Forrest servía café y pastas a cada uno.

Cuando el mayordomo se hubo marchado, Jason sonrió y habló.

—No voy a fingir que tus palabras no me han sorprendido, Pamela. No sabía que Clay y tú habíais mantenido el contacto todos estos años.

—Lo cierto es que no habíamos vuelto a hablar hasta el año pasado. Nos encontramos en la cena benéfica que los Callaway ofrecieron en Dallas.

—¿Y fue amor a primera vista de nuevo?

Clay se rió por lo bajo, por lo que Pam casi le tira el café encima.

—No exactamente, padre. Como tú has dicho, había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto. Y cada uno había estado muy centrado en su propia carrera. Ninguno de los dos nos habíamos planteado nada de matrimonio hasta hace poco.

Jason miró a Clay.

—¿Exactamente a qué te dedicas, Clay?

—Trabajo para una agencia de inteligencia.

—¿Para el FBI?

—No, ahí hay un familiar mío y pensé que no era buena idea que hubiera dos Callaway juntos.

—Me preguntaba si me conducirías al altar en la boda, padre... —le espetó Pam de pronto, centrándose en el objeto de la visita.

Jason se la quedó mirando sin preocuparse de disfrazar su perplejidad. Luego sonrió.

—Por supuesto, Pam. Será un honor conducirte al altar. Gracias por pedírmelo.

La repentina calidez de él y su inesperada respuesta dejaron atónita a Pam.

—Qué bien. No estaba segura de si... —comenzó, pero se detuvo.

No tenía sentido seguir por ese camino. Jason apoyó los codos sobre las rodillas.

—No hay nada que me haga más feliz que ver que te casas con el hombre al que amas.

Aunque habías conseguido convencerme de que Clay nunca sería ese hombre, deduzco que has cambiado de opinión.

—Tú nunca me perdonaste por haber roto nuestro compromiso, lo sé.

—No era una cuestión de perdonarte o no. Yo no comprendía, ni entonces ni ahora, qué querías en la vida, qué te hacía feliz y qué podía hacer yo para que tu vida fuera más agradable, más fácil —dijo y se levantó para prepararse una pipa—. No recuerdo ni un momento de tu vida en el cual yo no me sintiera completamente incompetente y desesperado como padre. Había pasado muy poco tiempo con niños y desde luego no sabía nada de niñas.

Regresó a su silla y se sentó.

—Me resultaba muy difícil verte crecer, cada vez te parecías más a tu madre. Para mí, eras un recordatorio constante de la mujer a la que tanto había amado y a la que había perdido demasiado pronto. Mis amigos de confianza me sugirieron que me casara de nuevo para proporcionarte una madre, pero yo no pude hacerlo. No hubiera sido justo para la mujer que intentara llenar el vacío que había dejado tu madre en mi corazón.

Pam miró a su padre sin creer lo que oía. En toda su vida, nunca lo había oído hablar de su madre, ni una sola vez. Él se había

comportado como si ella nunca hubiera existido, como si siempre hubieran estado solos Pam y él.

Ella había interpretado ese comportamiento como que a él nunca le había importado mucho su esposa. Pero en ese momento estaba descubriendo que lo que sucedía era que le importaba demasiado y se había quedado destrozado tras su muerte.

En un impulso, Pam se acercó a su padre y se arrodilló junto a su silla.

—Lo siento. Yo no lo comprendía.

Él la miró desconcertado.

—¿No comprendías el qué?

—Lo mucho que la amabas y la echabas de menos, igual que yo. Cuando era pequeña, me parecía que estabas tan ocupado que la olvidarías pronto.

—Eso nunca ha sucedido ni sucederá. No podía hablar de ella sin derrumbarme. No podía soportar tanto dolor.

Pam abrazó a su padre. No lograba recordar cuándo lo había abrazado por última vez o le había dicho que lo quería. Cuando él respondió a su abrazo, Pam dejó de contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos y lloró en silencio.

De alguna forma, al encontrar a Clay, había encontrado también a su padre, pensó Pam.

Tres meses más tarde, Pam y su padre esperaban en la antesala de la iglesia la señal para caminar hacia el altar.

—Te pareces a tu madre el día de nuestra boda —le comentó su padre emocionado—.

Estás preciosa.

—Gracias por haber conservado el vestido para mí, papá —respondió ella llamándolo como cuando era pequeña—. No sabía que lo tenías guardado.

—En la primera boda que planeasteis Clay y tú, estaba demasiado enfadado para dártelo. No me parecía que merecieras llevar el vestido, así que no te dije que lo tenía. Ahora, al mirar atrás, me doy cuenta de que yo también tuve culpa en permitirte demasiada libertad y que quisieras compartir toda tu vida con él tan pronto. Creo que estaba intentando castigarte al obligarte a casarte tan joven. No pensé, sólo reaccioné. Mi pequeña había crecido mientras yo no estaba. No supe cómo manejar la situación y lo hice

todo muy mal.

Ella se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Eso ya lo hemos superado. Hoy comenzamos un nuevo capítulo en nuestras vidas.

Hemos esperado mucho tiempo para estar juntos, Clay y yo. Y estamos pensando tener familia lo antes posible. ¿Crees que serás un buen abuelo?

Jason rió.

—Estoy deseando probarlo. Lo único que he deseado siempre es tu felicidad, pequeña.

Y por la expresión de tu rostro, la has encontrado en el hombre que está esperándote en el altar.

Ella asintió.

—Y tú también formas parte de esa felicidad, papá. Gracias por compartir conmigo tantos recuerdos en estos dos últimos meses. Me siento como si me hubieras devuelto a mi madre.

—También ha sido bueno para mí. Después de todo este tiempo, me he dado cuenta de lo importante que es mantenerla viva en nuestros recuerdos y en nuestros corazones. Ella siempre será parte de nosotros.

Comenzó a sonar la música de entrada.

—Es hora de empezar —dijo Pam.

Jason abrió la puerta y la condujo al vestíbulo de la iglesia. Vieron entrar en la sala a las damas de honor. Kerry le guiñó un ojo a Pam cuando pasó a su lado.

Y entonces fue el turno de Pam y su padre. En breve, Pam y Clay podrían comenzar una vida juntos.

Ella había aprendido mucho sobre sí misma y sus seres queridos desde que había admitido que amaba a Clay, años atrás. Esperaba que con sus nuevos conocimientos también adquiriría sabiduría.

Antes, ella había sido demasiado joven para comprender que, a veces, el amor no es suficiente para completar a una persona. Una vez que ella había cubierto sus propios vacíos, el amor que compartían Clay y ella duraría toda la vida.

Con la vista clavada en los ojos de Clay, Pam recorrió la alfombra roja hacia su futuro con un corazón firme, decidida a expresar su amor cada día al hombre de su vida.

Epílogo

Dallas, Texas, 21 de junio

El acontecimiento social de la temporada tuvo lugar ayer en Dallas, Texas, cuando dos de las familias más importante del estado celebraron la boda de sus hijos.

El senador, Jason McCall condujo a su hija, la señorita Pamela McCall, al altar, donde esperaba el señor Clay Callaway, único hijo varón de Carina y Cody Callaway de San Antonio, Texas. La boda fue tan suntuosa que se hablará de ella durante mucho tiempo.

La novia vistió un elegante modelo parisino adornado con exquisitos encajes y satén, con perlas naturales cosidas a mano en las mangas, el escote y la cola del vestido.

La primera dama de honor fue la hermana del novio, Kerry Callaway Malone. El padrino del novio fue el coronel Sam Carruthers, de Georgia. Las niñas que llevaron las arras fueron las gemelas hijas de la prima del novio, la señora de Sam Carruthers, Kathleen.

La amplia iglesia se llenó a rebosar de amigos y familiares de los McCall y los Callaway. El senador McCall habló brevemente con los periodistas después de la boda y explicó que la pareja habían sido novios de niños y que estaban fortaleciendo la unión entre las dos familias, unión que existe desde hace años.

El banquete de bodas se celebró en el hotel Anatole. Recibieron multitud de regalos de boda.

Después de un viaje de tres semanas por Escocia como luna de miel, la pareja regresará a su casa en Virginia.

Fin.